



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores Amador de los Ríos, Alarcón, Arce, Sra. Avelaneda, Sres. Asquerino, Anton (Marqués de), Alvarez (M. de los Santos), Arnó, Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Anchorena, A. Irujo, Ariza, Arrieta, Balaguer, Baralt, Barzanalana (marqués de), Becerra, Benavides, Bona, Borao, Borroero, Bueno, Bremon, Briton de los Herreros (Manuel), Blasco, Calvo, A. Asensio (D. Pedro), Campomar, Camus, Canalejas, Canete, Castelar, Castro y Blanc, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Calvo y Martín, Cazorro, Cervino, Cheste (conde de), Collado, Cortina, Corradi, Colmeiro, Correa, Guesta, Cuelo, Sra. Coronado, Sres. Calvo Asensio, (D. Gonzalo), Cañamaque, Dacarrete, Diaz José María, Durán, Duque de Rivas, Echevarría (J. A.), Espin y Guillen, Estrada, Echegaray, Equiz, Ecosura, Estrella, Eulate, Fabié, Ferrer del Río, Fernandez y Gonzalez, Fernandez Guerra, Fernandez de los Ríos, Fermín Toro, Flores, Figuerola, Figueras (Augusto Suarez de), García Gutiérrez, Gayangos, Gálvez de Molina (D. Javier), Graells, Gimenez Serrano, Giron, Gomez Marin, Góñi y Renté, Güelvenza, Guerrero, Incenga, Hortensiusch, Iriarte, Zapata, Janer, Labra, Larrá, Larrañaga, Lasala, Lezama, Lopez Guizarro, Lorenzana, Lorente, Lafuente, Macanaz, Marios, Mata (D. Guillermo), Mata (D. Pedro), Mañé y Flaquer, Merelo, Montesinos, Molins, Marques de, Muñoz del Monte, Ochoa, Olavarría, Orgáz, Ortiz de Pinedo, Olózaga, Palacio, Pasaron y Lastra, Pascual D. Agustín, Perez Galdós, Perez Lirio, Pi y Margall, Poey, Reinoso, Retes, Revilla, Rios y Rosas, Rivera, Rivero, Romero Ortiz, Rodriguez y Muñoz, Rodriguez (G.), Ross y Gonzalez, Ros de Olano, Rossell, Ruiz Aguilera, Sagarmínaga, Sanz Perez, Sanz, Salvador de Salvador, Salmeron, Sanromá, Selgas, Segovia, Serrano Alcazar, Selles, Tamayo, Trueba, Tubino, Ulloa, Valera, Velez de Medrano, Vega (Ventura de la), Vidart, Wilson (baronesa de), Zapata, Zobel, Zaragoza, Zorrilla.

PRECIO DE SUSCRICION.
 España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francos por año.—Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.
 PRECIO DE LOS ANUNCIOS.
 España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs. sencillos línea.—Reclamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 8 de Julio de 1881.

La suscripción en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo, letras, ó sellos de Comunicaciones; optando por este medio deberá hacerse bajo certificado.
 Redaccion y Administracion, Jacometrezo, 65.

SUMARIO.

Revista general, por D. Miguel Moya.—Del trabajo como fin principal de la vida, por D. Tristan Mellina.—El socialismo de cátedra, por D. Gabriel Rodríguez.—Repúblicas americanas, por D. Héctor Florencio Varela.—Las ciencias positivas en Calderon de la Barca, por D. José Grinda.—La literatura rusa, por D. Eusebio Asquerino.—Vanidad y envidia, por D. Manuel Antonio Hernandez.—Sobre el significado de los modos adverbiales a priori y a posteriori, por D. Rafael Angel de la Peña.—El cometa, por D. Camilo Flammarion.—Secuestro de dos súbditos ingleses, por D. Julian Zugastí.—Al marqués viudo de Medina en la muerte de su esposa, por D. Eugenio de Olavarría y Huarte.—Balada, por D. Manuel Reina.—Las grandes dudas, por D. Luis Vidart.—A la muerte del inspirado poeta D. Ventura Ruiz Aguilera, por D. C. Rodríguez Pinilla.—Tu alma, por D. José Selgas.—Nostalgia, por D. Plácido Langlé.—Anuncios.

REVISTA GENERAL.

Vivimos de noche. De día el calor convierte a Madrid en un inmenso cementerio por el que no se pasean más que los hombres de negocios. Las casas están silenciosas como nichos. Hace falta que el sol se vaya y que al termómetro se le bajen los humos para que la gente se decida a salir a la calle. Ya en ella no hay más caminos que emprender que el del Prado, paseo en tinieblas donde no se notan ni los sonidos de los trages ni la pintura de los rostros; el del Buen Retiro para oír gallos y dar vueltas al rededor del templete de la música como por la pista de un hipódromo, y el del Circo de Price para reír gracias que no la tienen y llorar por la suerte de los animales aun sin ser de la sociedad protectora de ellos.

En las tristes y desempedradas calles de los pueblos, durante las noches del estío, se ven por todas partes novios entretendidos en dulce coloquio a través de una reja; luego la ventana se cierra, y al poco rato suena en la calle la alegre algarabía de una serenata popular: son los mozos del pueblo, rondadores nocturnos que con sus guitarras y bandurrias vienen a festejar a la enamorada doncella. Esa es la noche del amor, noche feliz, cuyo recuerdo vivirá siempre en nuestro corazón sin que basten a borrarle ni los desengaños ni el tiempo. Bendita sea.

Ruiz Aguilera, el poeta delicadísimo y tierno, que arrancó de su lira notas incomparables para cantar a Dios, al amor de la patria y a la naturaleza, por la que tanta admiración sentía, ha muerto. Baja a la tumba el autor de *La leyenda de Noche Buena*, de los *Ecos nacionales*, de las *Elegías* y los *Cantares*, despues de una vida laboriosísima en la que, si no la falta de amistad de las musas, siempre fieles a su cariño, ha tenido que llorar las inconstancias de la dicha. A la desgracia debe una

de sus mejores obras. Muerta su hija, el amor de padre y la inspiracion del poeta fundidas en una lágrima dieron las elegías.

Con tanta admiracion como al poeta, se recordará en él al hombre bueno. Sus cantares no morirán jamás. Aguilera ha bajado al sepulcro con el consuelo de esta profecía. El ha dicho:

Cantar que del alma sale
 es pájaro que no muere;
 volando de boca en boca
 Dios manda que viva siempre.

Cuatro meses hace que el general Garfield tomaba posesion de la República de los Estados Unidos. Hoy está al borde del sepulcro. La mano de un asesino es la que ha hecho que quien llegó al puesto más alto que la república norte-americana ofrece a sus hijos ilustres, baje de él harto pronto para acercarse a la soledad eterna de la tumba. Garfield no es un hombre extraordinario. De familia modestísima, de carácter íntegro, abogado y militar, diputado en distintas legislaturas, fué elegido para la presidencia por su honradez y su energía y por las conveniencias de partido, que hacen muchas veces jefe a un hombre de méritos no extraordinarios para evitar que los que los tienen se disputen la jefatura. Si Garfield muere esta vez es la cuarta, desde la fundacion de la República, en que el vicepresidente sustituye al pre-idente.

El atentado contra Garfield, cuando aun vive en el recuerdo de todos el de que fué víctima el Czar de Rusia, ha dado motivo a estas comparaciones. En Rusia, la muerte de Alejandro II parece que produjo una especie de parálisis en el corazón del Estado. En la República norte-americana el atentado contra Garfield ha producido indignacion extraordinaria, pero el Estado no se siente conmovido en ninguno de sus fundamentos. En Rusia la mano del nihilismo cerró violentamente la puerta a todas las reformas liberales con un asesinato; en los Estados Unidos ninguna reforma proyectada se interrumpe. En Rusia, a la muerte del emperador, siguen las persecuciones, los procesos terribles, los crímenes misteriosos; en los Estados Unidos a Garfield, si muere, le sucederá el vicepresidente, Chester Arthua. ¿A cuántas consideraciones no se presta este paralelo? Pero suprimámoslas. Cuanto nosotros pudiésemos decir lo han pensado ya nuestros lectores.

Protestamos contra los que quieren hacer a la civilizacion cómplice de estos asesinatos. No es la falta de creencias la causa de estos hechos; ni hay que remontarse tanto para encontrarla. Cor-

responde perseguirla no a los pensadores sino a los jueces. Asesinos contra los jefes de los Estados los ha habido en todos los tiempos. Han salido de las filas de la iglesia y de las tinieblas del fanatismo revolucionario. Pero ahora se trata de un crimen aislado. ¿Qué toca hacer? A la conciencia pública rechazar el crimen, a los tribunales condenar al culpable.

El Consejo nacional de Suiza ha encargado al Consejo federal que entable negociaciones con los distintos Estados europeos para el establecimiento de una legislación uniforme que regulará el trabajo en las fábricas y protegerá a las mujeres y a los niños. Esta invitacion fué aprobada a propuesta del consejero nacional Mr. Fírel. Las negociaciones no han tenido resultado satisfactorio. Francia y Alemania se han negado a tomar parte en las conferencias; Inglaterra no ha contestado; Italia ha pedido explicaciones... Esperemos.

Para influir en el resultado de las próximas elecciones, Bismarck ha declarado a Leipzig en estado de sitio.

Ahora comprendemos que Cánovas quiera compararse a Bismarck.

Para ganar unas elecciones, los conservadores serian capaces de declarar a España en estado de sitio.

Los explotadores del sentimiento público, los que hacen del patriotismo mezquina cuestion política, los que aprovechan todas las desgracias nacionales para servir intereses de la reaccion, se han equivocado lastimosamente si creyeron que era posible y fácil comprometer nuestra tranquilidad presente y nuestras aspiraciones para lo futuro en ciegas y desatentadas campañas militares. Sus deseos de guerra y de conquista no prevalecerán. Enfrente del cálculo frio que razona está el sentimiento del país que conoce lo que su honra de pueblo generoso y noble interesa, y sabe que los sucesos de la Argelia deben provocar una cuestion de Gobierno a Gobierno, pero nunca un conflicto de nacion a nacion. Ni podemos ni debemos dejarnos arrastrar por sensiblerías anacrónicas en esta época de severo racionalismo para favorecer la raza germánica atacando a Francia nuestra hermana, raza y baluarte indestructible de la libertad latina, que ha habido criminal indolencia, ó manifiesta cobardía en las autoridades militares de Argel, ¿quién lo niega? Que las desdichas, los horrores, los actos de cruel y feroz salvajismo de que han sido víctimas nuestros compatriotas, llenan el alma de tristeza, ¿quién no lo siente? Que los milagros de la caridad son precisos para reme-

diar en lo posible tantas desventuras; ¿quién no lo cree? Pero de esto á decir que sólo por el expediente de los cañones puede resolverse esta cuestión dignamente para nosotros, va lo que hay de la libertad y la democracia á la reaccion y el oscurantismo. En la justicia de una indemnización, á los infelices españoles que han padecido en sus haciendas y en sus personas, todos convienen. De que se comprometa á nuestro país en locas aventuras para satisfacer delirios insensatos, todos, menos los conservadores, protestan.

Las razones de esto nos excusa de darlas un notabilísimo artículo, modelo de lenguaje, lleno de admirables pensamientos que *El Liberal* ha publicado. Es verdad. El pueblo francés tiende los brazos para socorrer á nuestros hermanos. Cuarenta periódicos han abierto suscripciones. Los franceses todos son hombres de materia ligera, menos el corazón, que es de oro...

«Sólo por la razón medida y pesada, dice *El Liberal*; no discutible y contradicha provocan hoy las naciones guerras armadas. La guerra entre países civilizados es un fratricidio. Hoy se pelea por realizar un ideal... ¿Qué ideales nos animan contra Francia?»

Sólo aquellos que representan las ideas de la reaccion desean este conflicto nacional. Francia, sin la amistad de España, quedaría en absoluto aislamiento... ¿Cuánto tiempo podría sostener entonces Francia su gran república? ¿Cuánto tardarían ellos en ser llamados al poder llegada la hora de esa concentración de autoridad que recaman los grandes acontecimientos?

¿Qué les importaría que nosotros también quedáramos aislados... aun con la llega de Portugal en el costado, con una montaña de odio en frente, con el grillete de Gibraltar en el pie, con los moros á la espalda?»

Esta cuestión de Orán debe además ser mirada bajo otro punto de vista. Los grandes castigos despiertan á los pueblos perezosos de los grandes sueños. Hoy que la sangre de las víctimas sacrificadas en Saida por la barbarie de Bou-Amema, parece como que salpica y enrojece la frente de la patria, piensan todos en que si el hambre no forzara á la emigración millares de infelices, no habría que lamentar catástrofe tan horrenda.

Así sucede siempre. Es necesario que haya víctimas para que se piense en los remedios de las grandes desventuras nacionales. La eterna pereza de nuestros gobernantes sólo acomete la corrección de nuestros errores sociales y económicos, cuando la sangre avisa que ha llegado la hora en que no puede ya consentirse más tiempo la ignominia de tan temerosa indolencia.

¡Quiera Dios que los españoles muertos en Saida sean el último castigo de nuestra proverbial pereza en el asunto capitalísimo y doloroso de la emigración! ¡Quiera Dios que se corte para siempre esa triste corriente de lágrimas que á través de los mares Mediterráneo y Atlántico, enlaza á nuestras costas con otras playas siempre inhospitalarias para nuestros compatriotas!

Y sin embargo, en Africa debe cumplirse uno de los ideales de la raza latina; Víctor Hugo lo ha dicho:

¡Marchad, pueblos! Apoderaos de aquella tierra; tomadla. ¿A quién? A nadie, tomad aquella tierra á Dios. Tomadla. Allí, donde los déspotas llevarían la guerra, llevad vosotros la concordia. Tomadla, no por medio del cañón, sino por medio del arado; no por el sable, sino por el comercio; no por la batalla, sino por la industria; no por la conquista, sino por la fraternidad. Llevad el exceso de vuestra población al Africa, y de una vez resolveréis vuestras cuestiones sociales; cambiad vuestros proletarios en propietarios. ¡Id! ¡trabajad, construid caminos, puertos, ciudades; no descanséis en cultivar, en colonizar, en multiplicar; y que en aquella tierra el espíritu divino se afirme por la paz, y el espíritu humano por la libertad.»

Decididamente, los conservadores no sirven para gobernar porque agostan la libertad al mismo tiempo que hacen florecer las irregularidades y los secuestros; ni para profetas, porque se equivocan ciento una vez por cada cien profecías hechas. Predijeron que se hundirían las montañas, que perdería su luz el sol, que las cataratas del cielo serían abiertas cuando el decreto de disolución de Cortes se publicase, y aunque las Cortes se han disuelto, y los presupuestos van á regir por autorización y la mayor parte de los canovistas se retiran forzosamente á la vida privada, el Gobierno sigue formando listas de candidatos ministeriales, más terribles para algunos que las de proscripción de Mario y Sila; los canovistas van casa por casa pidiendo firmas para los interventores, como quien pide limosna para los pobres de San Bernardino, ó dos cuartos para la Cruz de Mayo; la Union Católica se agrupa en vano; Nocedal prepara su candidatura por acumulación; Cucala escribe, y los demócratas, en presencia de tales preparativos, se disponen á luchar noble y valientemente en todas partes y á triunfar donde puedan.

Las elecciones futuras serán cortadas por el mismo patron que todas las de España. La libertad que se ha pregonado que las acompañaría, las abandonó antes de que el decreto de convocatoria las anunciara al país oficialmente, y no hay esperanza de que vuelva.

La benevolencia no impide la tiranía de los gobernadores ni acaba con los compromisos del Go-

bierno. Se dispone de los distritos como de las credenciales de poco sueldo. Es cosa de ver cómo los periódicos ministeriales hacen cálculos para decir cuántos representantes tendrán en el próximo Congreso los distintos partidos. La sinceridad electoral se aviene mal con que el país sepa dos meses antes de las elecciones que va á haber tantos diputados del posibilismo como neo-católicos. Pero no protestemos de este sistema eternamente empleado por todos los ministros. La culpa no es tanto del Gobierno como del cuerpo electoral. Ligan á éste siempre, con el partido que ocupa el poder, la adulación y el miedo. El miedo de la Administración llena de inmoralidades; la adulación, que es siempre mayordomo mayor del dios éxito. El ideal de la raza latina es la democracia; el ideal de España un ministro de la Gobernación que pierda las elecciones. Dejaría de ser ministro y empezaría á ser un hombre glorioso.

La actitud de la prensa conservadora después de la disolución, es tan violenta, que las suspensiones lloverían diariamente sobre ella si ahora se aplicase la ley de imprenta con gozo igual al que los canovistas la aplicaban.

El rey, cuya historia conocen mejor esos periódicos, es Carlos I.

¡Erudición peligrosa!

El *meeting* con que la Asociación para la reforma de los aranceles de aduanas ha terminado sus trabajos, fué brillantísimo. Cuando la nueva y valiosa campaña de la Sociedad libre-cambista dió comienzo, no era raro ver en sus reuniones públicas comerciantes ilustrados, oradores del Ateneo, escritores distinguidos, cuantos conculgan en la noble y redentora religión de la ciencia y del trabajo. Las señoras estaban entonces en lastimosa minoría. Pero ahora ya es distinto. La costumbre de los *meetings* se ha generalizado; la prensa concede con justicia á estas manifestaciones influencia extraordinaria en la opinión pública; además de la utilidad que necesitan las grandes enseñanzas que allí se aprenden, el arte hermosísimo de la palabra recibe de continuo culto ferviente, y no es raro que las señoras se disputen asistir á los que bien pudiéramos llamar certámenes de la justicia y de la elocuencia.

El *meeting*, celebrado en la Zarzuela, lo fué como pocos. En el *Diccionario* de la Academia no encontramos suficiente surtido de adjetivos para elegir de entre ellos los muchos que necesitaríamos si de elogiar hubiésemos los elocuentes discursos que se pronunciaron. El Sr. D. Gabriel Rodríguez, cuya fácil palabra embelesa; el Sr. Alonso de Beraza, de competencia grandísima en las cuestiones arancelarias; el Sr. Aguilera, acerado y enérgico; el Sr. Pedregal, profundo, sincero y elocuente; el Sr. Costa, de imaginación brillante; el Sr. Figuerola, con vigorosa frase, y el Sr. Moret, con aquella elocuencia admirable que nos hace pensar en Fox y en Chatan, en Vergniaud y Lamartine, arrancaron tantos aplausos que aun nos parece que resuenan en nuestros oídos. Algo, sin embargo, tenemos que oponer. En la redacción del tema, objeto del *meeting*, fueron modestos. La reforma arancelaria no es urgente, es inevitable.

Leopoldo Alas acaba de publicar, coleccionados en un libro, algunos de sus más notables artículos críticos Juzgar al Sr. Alas, es como alabar al sol; y no lo tome todo á elogio el sabio orador del Ateneo, porque con esto solo quiero decir que siendo él crítico verdaderamente temible de la literatura contemporánea, asombra la sola idea de criticarle. Sálvame de este peligro, recordar que al libro del Sr. Alas le ha puesto un prólogo el eminente autor de *El gran Galeoto*. Cedo, pues, la palabra á Echegaray:

«¿Para qué necesita el Sr. Alas de mis elogios? ¿Ni qué provecho pudiera reportar de ellos? ¿Ni qué habian de aumentar á su buen nombre en la república de las letras unas cuantas encomiásticas frases, por justas que fuesen, que sí lo serían? ¿Quién no conoce á mi buen amigo? ¿Quién no ha oído su *clarín* de guerra, ya en son de batalla, ya entonando marcha triunfal? ¿Quién no sabe que don Leopoldo Alas es escritor á la vez elegante y profundo, ya severo y preciso, ya agudo y epigramático y siempre de levantado pensamiento, amante de la ciencia y noble en sus propósitos? Nadie que circule por las plazas ó callejuelas de la literatura moderna lo ignora, que en los sitios principales de la ciudad del arte se habrá encontrado con mi buen amigo; pero si alguien, por acaso, lo ignora, con reparar el libro que á este prólogo sigue, saldria de su reprehensible ignorancia y ahorraríase mis noticias y advertencias.

A mi juicio, la serie de críticos que empieza en Larra y concluye en Balart, está pidiendo con necesidad y urgencia, gente que la continúe y amplíe, y el Sr. Alas no debe contentarse con menos que con ser uno de los herederos de aquellos insignes críticos.»

En *Solos de Clarín*, además de los artículos críticos en que se dá noticia de nuestros autores dramáticos, de nuestros novelistas y de nuestros poetas, hay un precioso capítulo que se titula «Cavilaciones.»

Veán ustedes algunas de las cavilaciones de Clarín:

Conozco amores que pueden definirse: un sueño entre dos.

Uno duerme y otro sueña.

Fé, es creer lo que no vimos. Está bien. Pero muchos añaden: como si lo hubiéramos visto. Este es el error de la fé.

Un poeta que se queja del hastío que le causa la existencia y escribe sin ortografía, es desgraciado porque quiere. ¿Por qué no llena ese vacío que siente estudiando Gramática castellana?

Es mucho más fácil aprender el buen tono de los salones y dirigir bien un *cotillon* entre príncipes, que admirar dignamente una puesta del sol.

Mucho más grande que no admirar nada, es no despreciar nada.

Una de las mayores amarguras del crítico, es tener que estar muchas veces de acuerdo con los envidiosos.

Los imitadores en literatura, son imágenes del maestro, reflejadas en espejos convexos.

Cuanto más se acerca al espejo, más deforme es la imagen.

El matrimonio es una gran institución, pero se celebra al revés. La ceremonia debía dejarse para el último día de la union en la tierra. Al morir uno de los esposos, la Iglesia y el Estado, previa declaración de las partes, podrían decir con conocimiento de causa: este fué un matrimonio. Todo lo demás es prejuizar la cuestión.

—¿No salen Vds. este verano de Madrid?
—No señor. Un terrible suceso me lo impide.
—¿Las desgracias de Orán?
—El cometa... ¿No ha oído Vd. que anuncia el fin del mundo para el 15 de Noviembre?... Pues bien, temo que de aquí á allá me falte tiempo para dejar en orden mis papeles.

En una horchatería.
—¿Con barquillos?
—Con lo que tú quieras, chiquilla, que tienes tú más canela que todos los barquillos del mundo.

MIGUEL MOYA.

DEL TRABAJO

COMO FIN PRINCIPAL DE LA VIDA.

A un maestro obrero de la calle de Tudescos.

Soy discípulo,—de ninguna manera simple aficionado ó *dilientanti*,—discípulo fiel hasta ahora, y presumo que he de serlo aun por largo tiempo, en ese oficio, por varios conceptos de los más fructuosos, en que Vd. figura ya dignísimamente como autoridad y maestro consumado. La mejor prueba, mi señor maestro, que puedo dar á Vd. de fidelidad y de amor á la clase y de gratitud por lo que me ha enseñado, y de alta estima por su talento y virtudes, dedicados al progreso y decoro del oficio, que los dos respetamos igualmente; pienso que será, quiero que sea la buena voluntad con que pongo al servicio de dicho arte, oficio de Vd., los resultados de mi experiencia en este y en otros asuntos, como tambien los de mis viajes, y sobre todo, la necesidad y costumbre de emplear mi pluma, lo mismo que mi palabra, en bien de la patria y en provecho de todo lo que, aun bajo las más modestas apariencias, redunda en pró de su grandeza y soberanía. Usted es un buen obrero, un hijo del trabajo, un patricio práctico. A la circunstancia valiosa de ser Vd. obrero declaro deber la simpatía que nos une. Mecomplazco en recordarlo Parecieronme tan bien construidos los útiles que le encomendé, años atrás, me hiciese para prepararme yo solo mi café diario, en mi mesilla de noche, á la cabecera de mi cama; tan fielmente se propuso Vd. observar las reglas que le dí para que, unidas á las suyas propias, la obra correspondiese á mis necesidades y costumbres, á las exigencias de mis achaques habituales; tanta fué la afabilidad que Vd. puso, con modestia superior á todo elogio, en la aceptación de mis observaciones, que otro tal vez hubiera tildado de caprichosas cuando no de absurdas; con tanta educación, en fin, educación de industrial honrado, me sirvió usted en aquella y en otras ocasiones siguientes, que desde luego decidí nos uniesen vínculos mucho más cordiales y permanentes que los de un simple contrato de compra-venta. Usted no vende nunca sin dar algo más que no se paga con ninguna clase de moneda. Así nos hicimos fácilmente amigos, quedamos hermanos, y yo muy obligado á utilizar mi modesta y aun tímida pluma de periodista, auxiliando, cuando no con mis consejos, con mis alabanzas, el trabajo, el sacerdocio del trabajo, á que Vd. debe su honrosa subsistencia y la de su familia.

Entre Vd. hoy en mi tienda, y ya sabe que tengo mi tienda, mi bazar, en donde mismo se eleva el templo de mi conciencia, en lo más alto del corazón. Razonemos un poco sobre el trabajo, meditemos en él. No haré más que apuntar algunas ideas generales convenientes á la educación del obrero, bases de la cartilla del aprendiz, ideas que Vd. con su pintoresco lenguaje familiar realizará ó

vivificará, convirtiéndolas en asuntos de conversacion, de conferencias, de consejos á los que le rodean en su empresa cotidiana.

Digame Vd.: ¿se les ha ocurrido, maestro mio, á todos los discípulos y oficiales de su taller, preguntarse qué son como obreros, y cuál sea el objeto de su vida de cada uno como verdadero hombre, aún prescindiendo del oficio á que se dedican? Explíquelas Vd. con la simpática sencillez que Vd. sabe, cómo nos hallamos todos los hombres, con rarísimas excepciones, dominados interiormente por ciertos apetitos las más de las veces desordenados; y conjuntamente por ciertas fuerzas poderosas, las más de las veces desconocidas. Esto conviene mucho que lo sepa, antes que otra cosa, el buen trabajador.—Todos tenemos seguramente, por el solo auxilio de nuestra razon, algunas ideas vagas de que nuestras aptitudes nos han sido suministradas para que podamos buscar la racional y adecuada satisfaccion de aquellos apetitos ó bien de aquellas necesidades. Si, mejor es decir desde luego necesidades, que no lo otro; porque de los apetitos se ha abusado y abusa tanto, que ya no es indispensable calificarlos de desordenados para reconocerlos casi siempre tales, por solo ser apetitos; al paso que las necesidades, apreciadas por nuestra razon, no pueden ser sino urgentes en mayor ó menor grado, como condiciones de nuestra existencia.

Digo, pues, que todos sabemos por instinto para qué sirve lo que más valor tiene en cada uno de nosotros. Y todos sabemos tambien, sin haberlo leído en ningun manual, estos dos importantes aforismos:

Hay que comer para vivir.—Hay que vivir para gozar de la vida.

Estas verdades, no hay inconveniente en decir que se derivan de la verdad religiosa que nos legaron nuestros mayores como respuesta á aquella pregunta del catecismo y de la conciencia que lo inspiró:—«¿Para qué fin fué el hombre creado?—Para amar á Dios, servirle y gozarle.»

Aplicando lógicamente á la vida actual el estudio religioso sobre el fin del hombre, podemos afirmar que hemos nacido en este globo para amarle primeramente como inicial revelacion de Dios y de la vida, y luego compadeciéndole, porque muchas señales hay en él de que está caído como enfermo, y podemos levantarle cada vez más hasta sanarle del todo. Hemos nacido en la tierra para transfigurarla por el trabajo y gozar mejor de la vida desde este adecuado pedestal, que cada día puede ser más alto ó más celeste, segun nuestra voluntad. El que no aprende á gozar de la vida presente que poseemos, ¿cómo acertará á gozar de, ni á aspirar á la vida prometida? ¿Cómo es posible creer en lo invisible, y menos apetecerlo, conociendo mal y despreciando lo inmediato?—El absurdo mortal de los primeros milenarios procedió del desconocimiento de estas sencillísimas verdades.

Hay, pues, que comer, hay que disfrutar de la vida.

Para ambas cosas hay que poner en juego las fuerzas con que contamos, hay que trabajar.

Trabajar es, por consecuencia, emplear dignamente las fuerzas que const tuyen la dignidad del hombre. No trabajar, ó negarse al trabajo, es fatalizar estas fuerzas corriendo el peligro de emplearlas en contra de nuestra vida, de nuestra salud, de nuestra alegría esencial, en contra de nuestros semejantes, en contra del humano destino. La sola anulacion de dichas fuerzas en la ociosidad es ya un triple crimen, suicidio, homicidio, deicidio.

En este concepto, vivir y trabajar son sinónimos.

Los animales que tienen un cerebro infinitamente reducido, mucho más escaso que el del hombre más negado; los animales mismos de tercer orden, que no cuentan con cerebro alguno ni con resorte que lo aparente, todos tienen, sin embargo, igualmente un fin en su vida, fin tan elevado como el nuestro bajo el punto de vista del trabajo.

¿Qué arquitectos, qué albañiles, qué artistas estéticos, qué mágicos prodigiosos fueron los que levantaron esos grandiosos paraísos que componen todo el continente del la Australia?—¿Quiénes han construido las curiosísimas montañas que embellecen el país de Gales y algunas islas esbeltas que sirven de corona á los mares americanos?—Pues no fueron otros los edificantes que esos seres diminutos, esas vidas fragmentarias, esas partículas de gelatina al parecer inconsistentes, eso que el vulgo llama insecto de coral. La ciencia ha descubierto el honor, la significacion, la grandeza de estos bichitos diminutos, que son como las arañas de los abismos oceánicos.—Trabajan en lo profundo lo mismo que las arañas en las cornisas y rincones de los palacios de la tierra. Pero la diferencia de los resultados entre una y otra tarea, la del menospreciado insecto de nuestra atmósfera y la del quetrabaja sumergido en el fondo de las aguas, es tan grande como la que media entre la inmensidad velada del mar y la mezquindad fastuosa de un alcázar. El coralito viviente, allá en los fondos inconmensurables, vive sacando de sus propias entrañas la sustancia sutilísima con que fabrica primeramente graciosos árboles de coral, y luego, conchas, cuevas, montículos, casas afiligranadas mil variadas construcciones, que fueron las que despertaron en la antigüedad la creencia en las náyades, en las ondinas y en las juguetonas hijas de Nereo.—Y el insecto que tal hace no

concluye su obra, no da por terminada su vida al llegar a flor de agua, porque aquí emprenden otra obra, comienza su segunda vida, sigue otra carrera sube más, y sube siempre hasta construir las montañas del país de Gales, las otras más bellas del Atlántico y el vasto continente australiano. Un fragmento imperceptible de coral trabajador fué la primera semilla de un mundo como Europa, con todos los elementos de vida que palpitan en sus entrañas.—Así se construyeron los primores todo de la Polynesia.

Las particularidades características de estos insectos, titanes por la intensidad de su vida, son dignas del profundo estudio que la ciencia hace de ellos. Cada insecto de los que vitalizan aquellos abismos de muerte para el hombre, fabrica su celdilla, por esto empieza, como fabrica la araña su roseton devanándose los sesos; pero más pensador y amante de su obra que la araña, más fiel á su hogar que el hombre, al morir cierra herméticamente su celdilla y la convierte en un sepulcro perpétuo, impenetrable.—Y sobre la losa de la madre edifican á su vez los hijos sus respectivas viviendas, trezando así en interminables trabajos de joyería las leyes hermanas de la vida y de la muerte sin ninguna interrupcion é inconsecuencia. Esto lo que lee diariamente el microscopio en aquellos génesis sublimes.

Yo preguntaría á un obrero pensador.—¿Para qué y por qué piensas, amigo, que viven esos seres vivientes de indecible pequeñez? ¿Para divertirse, para gozar de una vida que como goce es más incoercible que la pequeñez misma de cada uno de ellos? ¿Para ganar y merecer su vida nada más? No, ni aun esta consideracion, tratándose de ellos, dejaria de ser más menguada que su pequeñez. Sólo podemos decir que en parte viven para gozar de la vida, y en parte para mucho más, para engrandecer la vida, para agrandar el mundo, para colaborar con el Creador, para trabajar.

Su fin se parece al nuestro. El hombre no puede ser grande, sin empezar por hacer lo mismo que el insecto.—Y negarse á esta ley es ser infinitamente más insecto que el que trabaja en los abismos oscuros, por lo mismo que el hombre tiene el privilegio de conocer sus fines; de tener conciencia de su valor, de saber para qué vive, de poder definir su vida.

Hay obreros que se creen poseedores de un gran principio de virtud cuando dicen con toda seguridad de conciencia:—«No, yo no vivo ciertamente para sólo comer y gozar; lo que hago es comer para vivir.»

La expresion parece al pronto excelente en su intachable sencillez. Pero meditada resulta incompleta y ya no puede ser un principio, ni una norma de conducta.

Es insuficiente la afirmacion de que *no se vive para comer*, porque la cuestion que la provoca, juntamente con otras consideraciones, queda en pié.—Si el objeto y fin racional del trabajo es vivir, el objeto del vivir cuál debe ser?

A esto suelen responder con mucho aplomo los que parecen haber ahondado más pacientemente en semejante estudio:—«El objeto más racional de la vida, para el trabajador, es sin duda ganar, ganar mucho, ganar lo más que pueda con el fin de independizarse algun día, lo antes posible, de la ley del trabajo, de modo que se llegue á vivir sin trabajar, ó lo que es lo mismo, á vivir para sólo gozar y comer.»

Pero esto es un absurdo, un contrasentido, la negacion del primer aforismo sobre la vida racional. Con esto se comete la inconsecuencia de aplazar para el porvenir la misma proposicion que rechazamos hoy.—«Yo vivo para sólo comer,»—no es proposicion más innoble ni más repulsiva que la otra:—«Espero vivir algun día para comer sin necesidad de trabajar.»

Es preferible, por tanto, elevar á norma y razon de nuestra conducta y de nuestra apreciacion de la vida, esta otra expresion más sencilla y profunda:—«Yo no trabajo para vivir, vivo para trabajar.»—La nocion de la vida, lo mismo que la nocion del trabajo, adquieren en esta afirmacion una grandeza moral más filosófica, más estóica, más digna del hombre.

Yo preguntaría al obrero que tiene el gran capital y la gran base de ser creyente:—¿Qué piensas, amigo, que se propuso que hicieras con las fuerzas con que te ves armado; aquella fuerza creadora, desconocida, que te hizo tal cual eres y te colocó en el mundo y te preparó la situacion en que te hallas? ¿Piensas que se propuso hacerte *vivir* únicamente? Pero esto seria pensar el absurdo con relacion á Dios; una manera hipócrita de negar la mente suprema. Vivir por vivir y para vivir, es inadmisibile. Si te han dado fuerzas habrá sido para emplearlas en algo, para una conquista, para un objetivo superior. Si te han dado una vida habrá sido para que busques otra, tomando parte en los trabajos complementarios de la creacion. La tierra ha sido sometida á nuestro dominio para que disfrutemos de su bondad pródiga, para que la trabajáramos, haciéndola más pródiga y más buena, más humana y más redentora. La tierra es cielo por nuestra presencia racional. Depende que sea un astro de que nosotros queramos ser rayos de vida, *Boanergues*, como dice una página sagrada.

Acaso algunos seres vivientes de esta nuestra morada contribuyen poquísimos, casi nada, al supremo fin de la vida visible. Pero tengamos en cuenta, al erigirnos en jueces ó críticos sobre este

punto, que nuestra vision es aun sumamente limitada. Los insectitos imperceptibles del coral, hace millones de millones de años, pensaban poco, poquísimos, casi nada en el soberbio paraíso que ellos mismos con su lento y pausado trabajo estaban edificando. Pero eso no les impedia trabajar y seguir trabajando, de modo que resultara necesariamente lo que no podia ménos de resultar algun día, una isla de la Polynesia, un continente fecundísimo al Sur del Asia. Los insectos, pues, hicieron lo que les tocaba hacer, trabajaron lo que pudieron y el tiempo completó la obra.

Si un filósofo, ingenioso fabulista, hiciera de este génesis un apólogo, su moraleja seria la deducion de que el trabajo es la base y la condicion más vital de la vida; tan esencial á todas las fuerzas de nuestro organismo, como la luz á nuestra capacidad visual, como el aire á nuestros centros respiratorios. Y esto no seria más que considerar el asunto desde el punto de vista ménos elevado, desde el cual lo consideran pensadores que sientan que seria mejor evitar el morir prescindiendo de trabajar. La idea es degradante, y coloca á los que hacen un principio de vida de este *mejor fuera*, ó de un *valiera más*, en rangos mucho más inferiores que el de los insectos inútiles.

Poseemos corazones más anchos y almas infinitamente más elevadas que todos los millones de vidas que descubrimos alrededor nuestro, y es privilegio de los hombres, por lo tanto, poder estimar el trabajo desde un punto de vista más grandioso, en armonía con el espectáculo de la creacion universal.

En este caso resultará ser una gran verdad que el trabajo no es ya solo necesidad imperiosa de la vida, sino un propósito suyo de ella para ser cada vez más vida, más alta y más creadora. De este modo y no de otro, es como nos corresponde examinar una cuestion que tanto nos importa, y que incluye en definitiva la última, y acaso más alta definicion del hombre con relacion á su fin supremo.

Pensando así, lo preferible seria la preocupacion del obrero por hacer mejor su trabajo y tarea de cada día, sin subordinar esta preocupacion á las otras que tienen en cuenta, exclusivamente, el salario inmediato que la obra le proporcionará á la caída de la tarde ó al fin de la semana. Antes esto que ver al hombre del trabajo calculando incessantemente sobre el tanto más cuanto de sus ganancias, sin que le importe gran cosa la calidad del trabajo, la perfeccion de sus obras. Mucho se ha vociferado por los aduladores interesados de las clases productoras, contra los mil inconvenientes inhumanos que rodean al trabajador y acaban por atrofiarle y herirle de muerte: pero es muy raro que entre tantos filántropos compasivos no haya habido uno sólo que reconociese como el primer elemento de bajeza y degradacion del obrero, el desamor mismo con que éste trata su oficio, su indiferencia por la perfeccion, el desconocimiento de estas facultades nobilísimas de todo hombre que le llevan á buscar el progreso, la correccion, la mejora, la belleza y la novedad atractiva, en todas las cosas que salen de sus manos.

El artesano, por regla general, tiene tan poco de sano en sus motores internos, como de arte en la parte mecánica de su trabajo. El artesano desconocido mantiene al arte enfermo. Mucho tememos que los de esta clase inferior sean los más numerosos, por desgracia para todos, para el obrero y su honradez, para las manufacturas que en su perfeccion original contribuyen al prestigio de las clases productoras y al de la patria; para el consumidor, para la moral de la industria, y para el trabajo mismo, que corre el peligro de ser considerado, no como lo que es realmente, una gimnástica, un despertador de los instintos más bellos y de las facultades más activas y heroicas del hombre, sino como una forma de esclavitud que engendra los hastíos peligrosos por la accion, por la vida, por la sociedad. El trabajador hace hoy muy mal su obra por que lo importante para él no es ciertamente ganar su salario, sino arrancarlo al capital aunque sea con engaño y apelando á las peores astucias, á las malas artes. Los soldados de la guerra sufren ménos en su dignidad; y su vida de sacrificio no les mata el honor. ¡Qué anomalía tan inexplicable es la que resulta con los soldados de la paz! El combate del trabajo tiene en su contra hoy una gran desgracia impuesta por la desidia humana, la propiedad de hacer más víctimas que las armas de la guerra. Los útiles del trabajador que deshonor su oficio, que solo reconocen en él un medio, y un *medio cualquiera* para vivir, un *medio bueno á falta de otro*, un *intertanto* (y estos términos son sacramentales en la jerga de los ramplones), tienen más propiedades odiosas que los cañones rayados y los torpedos. Son armas de mala muerte bajo el oleaje de aparente vida civilizada que produce la espuma riente de las modernas industrias. La primera víctima del manejo de estas armas es el obrero educado en tales escuelas que enseñan solo á trabajar de cualquier modo para vivir al día, trabajar á toda prisa para vivir á toda costa, sin excluir la agenda.

¡Si pudiéramos enumerar las consecuencias homicidas de este hábito de hacer obras malas á sabiendas, una vez perdido el pudor que aparta de lo feo! El hombre acaba por despreciarse á sí mismo, reconociéndose inepto para toda obra y para toda accion que merezcan calificativos de nobleza.—Y como nos es ingénito el deseo de progresar en la vía que escogemos, los que empezaron por degra-

dar el trabajo acaban por amar la degradación en sí mismos, en su lenguaje, en sus pensamientos, en sus propósitos, en su conducta con la familia, con los amigos y con la sociedad.—El robo en grande escala, la habilidad del murgallero, la sutileza del timo, el cinismo de las diversas especies de ratería que deshonran hoy nuestras costumbres, han tenido sus orígenes y ensayos en los comercios e industrias fraudulentos, y en el trabajo profanado.

En todos los talleres se oye pronunciar con frecuencia, las pocas veces que se trata allí de estos particulares, el título consagrado de *honrados aguadores*, y el de *British-workman* (obrero británico), que suena lo mismo en Inglaterra. Elemento del trabajo del aguador, al menos hasta ahora, limpiaba y purificaba, como un bautismo infalible, al hombre consagrado a la más penosa y menos remunerada de las tareas por la vida. Pero lo que nos parece más admirable es que el tipo de honradez en el trabajo aristocrático deba la tradición de menosprecio que sobre él pesa, a aquella misma honradez y fidelidad que lo caracteriza, considerada como candidez necia por los obreros, tramposos, maculistas del trabajo. El título de *British-workman* goza de los mismos privilegios y oprobios en toda la Inglaterra, según quienes sean los que se fijen en su honradez proverbial, bien los obreros que se estiman en algo como hijos de sus obras, ó los fundadores de las huelgas y del trabajo a la malicia.

Los dignos de anatema son los hombres cuya preocupación constante es hacer que su trabajo les dure lo más posible y perder el tiempo más precioso en preparar su obra, de tal manera que acabada sea indispensable volver a trabajar en ella. Esto es construir la ganza para robar un salario, que podía más bien ganarse con la llave de oro de la probidad. El hecho es de cada día y de cada taller, y nos recuerda en este instante el dicho del oficial de obra prima, muy corriente en Madrid hace muchos años, para expresar la mala gana con que se trabaja entre nosotros y el cinismo con que se declara esta voluntad pésima al hacer todo lo que nos es forzoso para ganar la vida:—«Maestro, ya he acabado de hacer el par de botas; ¿le parece á Vd. bien que empiece á remendarlas?»

Pues si así es como se trata la vida del trabajo, la vida en sus condiciones esenciales cuanto honrosas; si tal es el espíritu que los obreros deciden por reflexión que debe llevarse á la tarea diaria, insistamos en afirmar, como lo hacemos, que el menor mal resultante de esta vergonzosa ignominia es la mala calidad y la imperfección á que el hombre condena sus propias obras. Pero el peor y más temible, pero el más seguro también, es el efecto de incurable depravación en nuestros propios caracteres como seres sociales, y la costumbre que se hace cada día más inveterada de degradar el hombre la obra de sus manos, su brazo, su mente, sus horas, por vicio y mala fé, por las cobardías de la pereza y por desamor á la condición más alta de la vida.

Y si tal es la idea que sustentais, obreros de todos los talleres y de todas las categorías, acerca de vuestros servicios y trabajos, ya podeis clamar en todos los tonos contra la tiranía de los capitales, y blasfemar falsificando doctrinas de equidad contra las clases acomodadas; siempre resultará que vuestra conducta es infamante, que sois suicidas de vuestro honor, empezando por emponzoñar las fuentes de la vida fecunda.

—¿Y eso qué?—fué lo único que obtuve de cierto obrero á palos, después de media hora, ó como decía él mismo, de media libra de observaciones sobre el asunto, al pagarle religiosamente el par de botas nuevas que acababa de remendarme, que no de hacerme.

—¿Cómo es eso! ¿No le duele á Vd. hacer de su oficio un puñal sin mango ó de dos puntas contra-puestas como la lengua de los maldicientes que no hieren á la víctima, que no clava en nadie una de las puntas emponzoñadas sin hundirse la otra en las propias entrañas?

—No quiero ser esclavo del público,—replicó.—Prefiero proceder como mi padre, que no vacilaba,—(y esto lo repetía diariamente),—que no vacilaba en perder los dos ojos con tal de sacarle uno á todo parroquiano antipático. Esto divierte.

—¿Eso es bárbaro!

—Mi señor padre fué el que originó el soberbio dicho vulgar, que me hace sonreír cada vez que lo digo, queja corriente de los compradores distraídos cuando averiguan que dieron por tal ó cual artefacto mucho más de lo que valía:—«Cóstome un ojo de la cara.»

—Pues mi señor padre,—añadí yo,—sabía qué clase de puntapié podía sustituirse muy bien á esa expresión y á esa enemiga contra los ojos inocentes que nada tienen que ver con la brutalidad de los malos trabajadores.

Nada de lo que hemos apuntado significa que en nuestro sentir sea mala la preocupación del salario en los límites que la misma equidad determina indefectiblemente. Ni es malo tampoco que se procure el aumento de salario en las proporciones que marcan diversas circunstancias. Pero entendemos, desde luego, que el medio más adecuado de buscar lo mejor en la ganancia es promover y cumplir lo mejor en la obra encomendada á la honradez diligente. Y en definitiva, nunca será bueno, nunca será salvador para nadie que la cuestión del salario usurpe el primer lugar en el pensamiento del trabajador.

Si queremos que todas las artes sean bellas artes, estudiemos las virtudes de abnegación que ennoblecen á los pintores de primer orden, á los grandes músicos, á los poetas, guías de pueblos envidiables. Todos estos hijos predilectos del trabajo deben la educación del alma, la delicadeza que los distingue, al amor y veneración por el arte que trabajan, amor que no les consiente nunca tasar sus obras ni considerar mercantilmente lo que puede valerles el magisterio á que aspiran.

El primer pensamiento hay que reservarlo para el trabajo en sí mismo, para la inspiración edificante que levantó los monumentos impercederos de la Edad-Media y el Renacimiento, para el culto, en fin, al hecho condicional de la vida. Pero si seguimos rehusando colocar esta preocupación del trabajo acabado sobre la del salario crecido, el obrero tendrá todavía por muchos años dentro de sí propio á su peor enemigo, mil veces más enemigo é inhumano que todos los otros opresores que se designan con los nombres de capital, riquezas, clases acomodadas, gobiernos, partidos y algunos otros más. Y para completar nuestro pensamiento sobre las inspiraciones no contaminadas por el interés, preocupación exclusiva de los que se dedican al cultivo de las Bellas Artes, añadiremos que no puede ser un óbice á la imitación de estas virtudes ejemplares la consideración vulgar, llena de errores, de que los grandes talentos son necesariamente pobres, que la indigencia de bolsillo va vinculada con la riqueza intelectual del poeta, que los géneos superiores pueden crear obras y épocas gloriosas pero no familias. Esto no es verdad. Los causales de la penuria del poeta, por ejemplo, no están ni pueden estar en sus virtudes, ni en el arte divino que adoran, sino en defectos simultáneos, contradictorios, en faltas ó vicios propios, pero más frecuentemente en los vicios y faltas de la sociedad y de la generación á que pertenecen. En los pueblos en donde mayorías de trabajadores apelan al engaño, á la estafa y á la falsificación del trabajo para lucrar sobre seguro, los hombres del trabajo sano y providente serán siempre lo que han sido los poetas en las sociedades corrompidas. El día en que el comercio sea un arte moral, la moral en práctica constante, de modo que el vocablo *comercio* pierda todas las significaciones degradantes con que han venido corrompiéndole todos sus seides, empezando por sus dioses, Hermes y Mercurio, ese día lejano á los trabajadores de las Bellas Artes no les faltará el talento complementario de hacer valer sus obras en la plaza, porque entonces la grangería no será prostitución del géneo, ni esta expresión antigua, *comercio de las almas*, será expresión antitética.

Corren ideas cada vez más estrambóticas con opiniones por extremo risibles, entre los obreros más formales sobre la noción y las prácticas del trabajo. Lo corriente en esta mayoría es pensar cada uno cuánto más fácil y fructuoso le sería hacer el trabajo de otro, cumplir las obligaciones de los demás, pareciéndole esto más hacedero que la aceptación del trabajo exclusivo suyo con todos los deberes que le impone. Así desprecian peligrosamente algunos lo que les corresponde hacer; tienen la llaneza de vociferar que sus dones ó talentos distintivos están desatendidos y desperdiciados, acabando por afligirse hasta las lágrimas en la mesa del café, ó ante el mostrador de la vauca, ó cosa parecida, con la ilusión vanagloriosa de lo mucho que pierden las familias y la sociedad entera por aquella mala colocación dada á sus aptitudes sin par, á sus destinos desconocidos. Con todo lo cual los hombres del trabajo no hacen más que gastar, ¡tristísimo consuelo de niños, que se vengan golpeándose la cabeza contra el suelo porque no les permiten romper un juguete contra los muebles!—gastar fuerzas, energía, dignidad en lamentaciones grotescas, en vez de hacer con gusto y buena voluntad un trabajo posible. El que se viene á las manos, el que nunca puede faltar, ya se deba á la elección libre, ya á las necesidades razonadas del momento.

Algunos tienen por averiguado que el único trabajo digno del obrero es el vaiven de las propagandas políticas, el periodismo auxiliado, el de la predicación de ideas nuevas ó de ideas demasiado antiguas. Errores así, procedentes del menosprecio del trabajo legítimo, poblaron la España de conventos cuando se preocupaban todos del cielo, guardándose de añadir que era el de la boca. Hoy se puebla la patria de partidos por la misma sinrazón. Opinamos, como religiosos y como políticos, que el hombre que hace buen pan y no engaña al venderlo está sirviendo á su familia, á su patria, á su ideal y á su Dios tanto y tan magistrosamente como el que redacta un buen periódico, como el que escribe un libro por cualquier título apreciable, como el que predica sermones ó doctrinas de redención y alivio á los menesterosos, como todos los que peleamos y queremos seguir peleando buenos combates con armas legales por una bandera honrosa.—De todo trabajo útil se puede decir que es santo hasta con la santidad del martirio, si resulta bien hecho, á conciencia y con horas de suprema abnegación; resultando, además, gloriosísimo título de nobleza para la clase á que el obrero pertenece. Pero el trabajo de mala gana, la obra de pacotilla, el sacerdocio de la vida laboriosa, á palos; cualesquiera que sean el tiempo y los esfuerzos empleados, ya promulgando leyes, ya escribiendo libros y periódicos oportunos, ya cocinando pan, ó ya cosiendo zapatos, todo esto es

deshonor para los obreros de todas las clases, para las familias todas, y para la patria en suma.

No hay ganancia pingüe, no hay respetabilidad, no hay voga, ni auge, ni renombre que equivaigan á la honradez saboreada interiormente, inspiradora de buenos recursos para ganar la vida y no caer en la muerte de los pueblos riquísimos en pordioseros, y que acaban por ser naciones que viven también de limosna como tales naciones. No hay grado de humildad en el trabajo que consiga quitar al trabajo mismo la honradez que le es inherente, ni su dignidad, ni su carácter de virtud, ni la corona sagrada que á toda virtud espera.

El hombre, querido maestro, posee un talento divino que desempeña el papel más augusto en la actividad humana y en los embellecimientos de la civilización. No hay otro para esto superior al maravilloso instrumento que se llama la mano. ¡La mano del hombre es el cetro real de la humanidad! Por eso las tiranías empezaron la serie de los oprobios humanos inventando las esposas para esclavizar la mano que bendice la tierra por medio del trabajo. ¡Qué útil más admirable! Así como una llama basta á dar millones de llamas sin agotar su tesoro, así la mano del hombre es el útil de que proceden todos los útiles posibles para escalar el cielo, transparentar la tierra, domar el Océano.—Las manos del hombre son las alas del globo que habitamos. Jesucristo no pudo tolerar ni un segundo la vista de aquel enfermo que tenía una mano seca y le gritó,—*¡extiéndela!* como Dios dijo *fiat*, para dar al universo su corona de luz. ¡Qué belleza tan delicada en la mujer este instrumento tan perfecto, tan sutil, tan flexible, tan ingenioso, tan acariciador! Por eso todos los deidades se preocupan de clavarlo en una cruz ignominiosa.—Pues bien, la mano es un capital. El capital único que poseen muchos obreros, el único que poseerán toda su vida.—Mas para que sea capital fecundo, y no capital de avaro, hay que hacerle producir, trabajar, armarle de un martillo, de un cincel, de una aguja, de una pluma, de uno de los forceps inventados por las supremas necesidades de la vida. El creador, el arquitecto, el escultor divino, ha dado ese capital á su hechura, esa belleza á su estatura. Algunos, sin embargo, lo inutilizan, sepultándolo, para valernos de una expresión del maestro de los maestros, sepultándolo... en los bolsillos.—¡Y cuántas manos vemos además en nuestra patria que no trabajan sino en el bolsillo ageno!—Lástima grande, un talento que no produce nada, un capital perdido. La antigüedad sagrada tenía un verbo para conjurar este daño:—«La mano quieta esteriliza al mundo, la mano diligente llegará á abrir hasta las puertas de los cielos.» Nos inclinamos ante la mano que empuña un cetro de virtud, una espada protectora; besamos dignamente la mano que nos bendice, pero la mano del obrero que se consagra al trabajo, merece que todo hombre honrado la estreche entre la suya, y la apoye sobre su corazón. ¡Qué hace, pues, el obrero que profana esa mano dedicándola á la falsificación del trabajo, y alargándola al salario inmerecido!

¡La mano del hombre! Consideremos lo que es con relación al mal en todas sus fases, especialmente al suicidio abominable que la historia, la medicina y la moral deploran en los capítulos de la ociosidad del *crimen solitario*; y veremos con doloroso asombro que el primer útil transfigurador de la vida puede ser agente antígenérico del globo inhabitado, de la vida contra sí misma, de la extinción del linaje humano.—Consideremos luego, como corolario, cuán otras han de ser las consecuencias de la mano preciosa en relación exclusiva con el bien y el trabajo, por la misma ley de correlación invariable entre la cualidad de las causas y la de sus efectos.

Las verdades sencillísimas que apunto podrían servir de base á confidencias excelentes, á conversaciones sostenidas entre usted y sus obreros durante las horas de un trabajo que como el que ustedes practican, no imposibilita el uso moderado de la palabra, antes pide el aliento y la música de pensamientos casi cantados así, como una melodía flotante sobre la avasalladora armonía de los martillos sobre los yunques.—De otra clase de enseñanzas, de otras conferencias y discursos no quiero hablar, aun reconociendo la eficacia de sus trabajos elocuentes en ciertas ocasiones. Pero yo creo, yo veo que nuestra sociedad parece saturada ya de palabras aisladas, de discursos y lecciones solemnes, de doctrinas lejos de la práctica; y pide, más bien que sermones, ejemplos y experiencias muy visibles en todas las esferas de la vida.

En los Ateneos y Academias parece que se ha perdido,—esperamos que momentáneamente, lo mismo que en las iglesias y en los cuerpos colegisladores,—el arte de oír con atención y avidez. De doscientas personas que oyen una conferencia ó una discusión sobre las materias más importantes, sobre la economía misma de la vida racional, apenas dos oyen como los conferenciantes ó los controversistas quisieran ser oídos.—Oyen las voces, sí, pero los más no perciben aquella armonía, ni aquel ritmo interior que busca las inteligencias para sorprenderlas en su soledad y en su indigencia de pensamientos. Esto, francamente, no debe asombrarnos mucho cuando recordamos las inconsecuencias hartamente conocidas de algunos maestros y oradores; y cuando tenemos en cuenta cómo se ha tratado el oído toda la semana con el tráfago

de los negocios, los gritos de Bolsa, los reclamos de los que venden y de los que se venden, el crujir de las máquinas, la barahunda del café, el conjeturar de la taberna, las somnolencias de ciertas oraciones, ó lo que es peor, las querellas cotidianas del hogar doméstico. Para oír algo que enseñe, impresione y aliente, hay que prepararse, debemos acallar primero las voces mezquinas que nos saturan de la vida corriente. Un oído templado de esta suerte jamás oyó discurso malo, ni conferencia inútil en esta tierra de los oradores disertos y entusiastas. Pero es indudable que una gran parte de la elocuencia eficaz reside en el oído del que sabe oír, así como la belleza plástica, muchísimas veces reside más bien en el ojo del que contempla la obra privilegiada. «Cleon,—dijo alguno en Grecia,—no oye nunca el *anthein* de los espíritus ni en las aguas ni en los aires. Para mí la naturaleza toda tiene que decirme, puesto que yo me propongo oír con la mayor atención.»

La atención es un atributo exclusivo de los géneos eminentes y de los pueblos civilizados. Los africanos no prestan atención ¡oh! ¡si la prestaran! Oír bien, es la primera preparación segura para el éxito de una conferencia, cualquiera que sea la materia en cuestión y el estilo del orador. Así cuando el filósofo dijo con modestia:—«Se me figura que soy yo quien presta más atención que todos los demás.»—lo que hizo con esta misma modestia fué enunciar un mundo de ciencia y de filosofía. Lo general, sin embargo, es decir, que el modo de hablar ó enseñar entra por mucho en la atención de tales ó cuales concursos; pero olvidamos que la disposición á oír con sinceridad y buen deseo, es tan esencial como la sinceridad en el conferenciante que expone ó defiende una doctrina.—Los grandes libros que iniciaron la civilización cristiana, se denominan *testamentos* unos, y otros *epistolos* ó *cartas*; designaciones que provocan aquella atención profundísima, interesada, que acordamos á los que hemos perdido por la muerte ó por la ausencia. Y efectivamente, aún estudiando el hecho en su caricatura más grotesca, recordemos que ningún distraído oyó con desatención la lectura aún trapajosa é insípida del testamento en que le dejaban algo. Esta atención de los distraídos en momentos dados, es la que hace falta en todos los centros de enseñanza, muy más que los aplausos estrepitosos. Algunas personas, algunos discípulos, escuchan críticamente, otros con prevención, otros con reserva, los más con indiferencia si el orador obliga á pensar, ó si lo que dice no se puede aplaudir. Para estos la palabra del hombre noble, apóstol de una idea, sacerdote de la educación de su país, es lo que decía San Pablo, *mero cymbalo vibrante*. Estos no ven el esfuerzo, el sacrificio, el pensamiento, la revelación del alma docente. Y al campaneó del que hable sólo, responde la cencerrada de los que aplauden.

Maestro amigo. Hable Ud. á los suyos, preparándolos con esta excelente insinuación:—«El que tenga oídos, no por lucir sólo las orejas, sino oídos para oír, oiga. Y entiéndase que los que oyen bien, son factores de los discursos buenos y de las palabras que salvan y crean.»

TRISTAN MEDINA.

EL SOCIALISMO DE CÁTEDRA.

II

Dada esta idea de la antigua escuela de economía política, vengamos á la nueva, á la de los economistas autoritarios, ó socialistas de cátedra.

Empezaremos diciendo algo de los antecedentes de este socialismo.

La economía política tiene contra sí desde su nacimiento, enemigos poderosos que han combatido y combaten sus doctrinas y tendencias con gran energía. Todas las escuelas que niegan más ó menos fundamentalmente la libertad individual; las escuelas que no admiten la existencia de leyes naturales sociales; las que consideran el mal como elemento fatalmente preponderante en la vida de las sociedades humanas; los intereses y privilegios creados artificialmente por el antiguo estado político, constituyen otros tantos importantes elementos de oposición á la doctrina de los economistas; elementos que se han manifestado siempre y se manifiestan hoy de muy diversas maneras. Los partidarios de la división fatal de la humanidad en clases, con distintos derechos; del derecho divino; de la necesidad de inventar fórmulas artificiales para organizar la sociedad; de la idea de nacionalidad como base del organismo económico, y de otros errores que durante muchos siglos se han disputado el dominio de los pueblos, han visto en la economía política un enemigo, cuyos progresos les era preciso impedir á toda costa.

Alemania es el país que mayor resistencia ha opuesto siempre á la constitución de la ciencia económica. El concepto de esta como ciencia general humana, independiente de la moral y del derecho, no ha sido admitido nunca de un modo completo en Alemania, y si bien algunos filósofos y economistas han comprendido y afirmado aquel concepto, la mayor parte de los *especialistas* del orden económico, salvo contadas excepciones, sólo han visto en este conocimiento, un estudio de mera aplicación, subordinado á las ciencias políti-

cas, una especie de rama de la administración y gobierno de los pueblos.

En los libros de los economistas alemanes, se vé desde hace mucho tiempo preponderar dos ideas completamente falsas; el particularismo económico nacional, negación de las leyes generales humanas, y la posibilidad de organizar y dirigir toda la vida social por el Estado. Estas dos ideas han sido favorecidas en Alemania, por las circunstancias especialísimas en que aquél país se ha encontrado durante los últimos setenta años. La aspiración á constituir una gran nacionalidad germánica bajo un solo Estado, debía necesariamente producir una opinión favorable á la concentración gubernamental de fuerzas, y una política comprensiva y general respecto de los diversos pueblos en que Alemania estaba dividida, pero particularista respecto de las demás naciones. En el movimiento intelectual y científico alemán, como en las reformas políticas y económicas del último período histórico, se vé claramente influir y manifestarse aquella aspiración, que ha impuesto á los esfuerzos una dirección determinada é interesada, incompatible con la pura investigación científica, la cual no debe proponerse más objeto que la verdad.

El famoso *Sistema nacional de economía política*, de Federico List, publicado en 1841, es la manifestación más vigorosa del particularismo económico alemán, y puede afirmarse que constituye uno de los principales antecedentes del actual *socialismo de cátedra*. Pero no es el único. Este socialismo es además, y no podía menos de ser, legítimo descendiente de la doctrina socialista general, que tanta importancia llegó á adquirir en el movimiento intelectual de Europa durante la primera mitad de este siglo, hasta que en la revolución francesa de 1848 dió la medida de su impotencia.

El socialismo anterior á 1848 presentaba fórmulas diversas, pero que entrañaban siempre un principio común; la organización y la dirección de toda la vida económica por el Estado. La sociedad humana, para los sectarios de Owen, de Fourier, de Saint-Simon, de Cabet, de Luis Blanc, era materia tan flexible, tan manejable, tan indiferente en sí misma á la forma, que se le podía dar por la fuerza del Estado la organización que se quisiera.

Lo preciso para curar de una vez los males sociales, era inventar una buena organización, que en teniéndola, el Estado la aplicaría, y la tierra podría volver á ser para la hoy desgraciada humanidad un delicioso paraíso.

El socialismo novísimo, que tiene su más importante manifestación en las doctrinas de la sociedad Internacional de trabajadores, comete los mismos errores de fondo que vemos en los sistemas anteriores á 1848; está inspirado por el mismo espíritu anti-liberal y comunista, y adolece de la misma falta de sentido científico, pero se diferencia de su antecesor en que aspira á realizar las reformas sociales, no por medio de la acción del Estado, sino por la acción y la fuerza directas de las clases, á quienes se supone perjudicadas é injustamente explotadas con la organización existente.

No cabe en esta conferencia una explicación de los errores comunes al socialismo autoritario y al posterior á 1848, que podemos calificar de anárquico, supuesto que uno de sus principios es la supresión de lo que hasta aquí se ha entendido por Estado, y los socialistas de hoy llaman Estado histórico. Basta á mi propósito indicar que entre uno y otro socialismo y las doctrinas de la *economía nacional* de List y de sus discípulos, hay una íntima relación y un lógico enlace, que explican cómo en los últimos treinta años el socialismo, al mismo tiempo que perdía el crédito en la opinión ilustrada y científica de Europa, ha ido ganando terreno en Alemania, donde ha encontrado á la opinión general falta de buena doctrina económica y bien preparada para admitirlo, por los errores de la escuela proteccionista y autoritaria. Y se observa en Alemania que, á la vez que el socialismo de la organización del trabajo por el Estado, se implanta en las clases medias y llega á dominar en las Universidades, el socialismo internacionalista se apodera de las clases inferiores y se desarrolla y extiende con extraordinaria rapidez, formándose dos grandes corrientes ó tendencias que tienen su origen en los mismos errores, pero que siguen direcciones diferentes, la de los hombres científicos que al Estado quieren dar todas las fuerzas, y que del Estado esperan los remedios á los males sociales, y la de las clases trabajadoras que pretenden realizar por sí las reformas y no dejar nada en pie de la organización jurídica y política existente.

A la primera tendencia corresponden los trabajos que después del famoso libro de List han visto la luz pública en Alemania, inspirados por la idea del particularismo, y que alejándose cada vez más de la ciencia económica, constituyen lo que se llama el socialismo de cátedra; á la segunda tendencia los escritos y la propaganda de Carlos Marx, de Lasalle y de los actuales jefes del socialismo internacionalista.

Después de estos preliminares, que abrevio para no dar inusitada extensión á este artículo podemos ya detener la atención en las doctrinas actuales del socialismo de cátedra, fijándonos solamente en sus principios y rasgos más fundamentales y característicos.

Para esto me valdré, con gran ventaja del lector,

de un trabajo muy reciente hecho por el ilustre economista Dameth. En este trabajo (1) se resume con tanta exactitud como concisión y claridad, la doctrina socialista, en cuyo exámen nos estamos ocupando. Dice así este resumen:

«La creencia en leyes naturales y universales, en materia de economía social, carece de todo fundamento, y es una concepción quimérica desmentida por la observación de los hechos. Cada pueblo y cada época tienen su organización económica, derivada del carácter, de la historia y de las necesidades nacionales, y esa organización no tiene en sí misma nada constante ni autonómico, porque á cada momento se modifica por el ascendiente ó por el impulso de los resortes morales del hombre.

Las cuestiones generales y especiales del orden económico tienen así en cada país su esencia particular y local, y no se relacionan por lazo alguno de unidad de principios con las cuestiones análogas de los otros países. Para resolver, pues, los problemas sociales, hay que buscar los datos necesarios en las instituciones, en la historia y en la estadística nacional, y de los elementos combinados de la civilización política, religión, moral, etc., resumidos en el Estado, han de venir las soluciones.

Estos principios filosóficos sociales se deducen de la infinita variedad que ofrecen al observador el plan y la marcha de la economía social en la historia, según los tiempos y lugares. ¿Qué relación de semejanza puede encontrarse entre los pueblos primitivos y los modernos, y aún tomando la misma época, entre un pueblo y otro pueblo? Instituciones, leyes, costumbres, derechos, todo es diferente, y para hallar semejanzas hay que reducir la sociedad humana á términos tan vagos, que ésta pierde todo lo que caracteriza su naturaleza propia: la inteligencia, la voluntad, la libertad, etc.

No existen más órdenes naturales y comunes que el del universo físico, en el que todo es fatal, y el del mundo animal en que reina la lucha de todos contra todos; lucha de que el hombre se emancipa por la educación que recibe poco á poco en el cuadro social. No hay, pues, derechos, como no hay leyes naturales. El hombre, primero es una béstia que se mueve por los impulsos de su egoísmo, y permanecería siempre en tal estado, sin la violencia saludable que sobre él ejercen la ley escrita, la moral, la religión y el Estado.

La hipótesis de las leyes y derechos naturales es el fundamento de la escuela de Adam Smith, que cree ver una armonía innata entre los intereses. Corresponde esta idea á la utopía de «un estado natural», imaginado por algunos filósofos franceses del siglo XVIII. La doctrina económica nació bajo los auspicios de esa utopía. Por eso proclama la libertad industrial completa, sin otra regla que la competencia de los intereses mismos entre sí. Según los economistas, la competencia libre realiza la más justa distribución de los productos del trabajo, y eleva el bienestar general á su máximo. Pero es evidente que la doctrina economista, resumida en su máxima: *dejad hacer, dejad pasar*, es falsa, porque la competencia somete á los débiles á la explotación de los fuertes, y no hace más que consagrar y legitimar los efectos del antagonismo real de los intereses. La libertad, lejos de establecer el orden y la paz, la justicia y la propiedad en el mundo económico, produce precisamente resultados contrarios. La libertad es el reinado del materialismo, de la iniquidad y de la miseria de las multitudes humanas.

En vez de tender á desarmar al Estado como pretende la escuela antigua, es preciso ampliar y fortalecer las facultades del Estado, que no sólo es el órgano del orden público, sino el agente más poderoso de la civilización. Al Estado incumbe dirigir la economía social, interviniendo, según sea necesario en cada caso particular, en la arena de la industria para proteger y conciliar y equilibrar sabiamente la producción y la distribución, y para defender á la industria nacional contra la competencia extranjera y á cada elemento de la industria nacional contra los demás elementos de la misma.»

En este resumen, cuya perfecta exactitud me atrevo á garantizar, porque no hay en él una sola idea que no esté, ó textualmente tomada de los libros más importantes publicados por el socialismo de cátedra, ó deducida inmediata y rigurosamente de las afirmaciones hechas en esos libros, se ve que la llamada nueva escuela de economía política, no trae á la discusión científica nada nuevo, ni dice nada que no sea repetición, con más ó menos aparato, de cosas dichas antes por las escuelas socialistas. Todo ese movimiento intelectual, dirigido por hombres de talento innegable y de gran instrucción, pero ofuscados por ciertas tendencias dominantes en Alemania y extraviados por la falta de sólidos estudios de la ciencia económica; movimiento que ha tenido eco, y pretende formar escuela en Italia con Luzzati y otros, en Francia con De Laveleye, y en España con personas dignísimas, algunas para mí muy respetables y queridas, se reduce á una especie de renacimiento del antiguo socialismo autoritario, en el cual ha tomado el de cátedra toda la parte crítica contra los principios de la ciencia económica, y los dos errores fundamentales de la necesidad de crear artificialmente leyes de organización, supuesto que no las hay naturales, y de confiar á la institución *Estado* la dirección y la iniciativa en la vida social. En los libros de los grandes maestros de la nueva escuela Hillebrand, Knies, Schmoller, Scheel, Roesler, Rumelin, Vagner, Lange y otros, en los discursos pronunciados en la Sociedad de *política social*, desde su primera reunión celebrada en Eisenach, en Octubre de 1872, hay algunas diferencias de detalle, más ó menos pasión, más ó menos claridad, más ó mé-

(1) *Journal des économistes*.—Número de Noviembre de 1877.

nos resolución para sacar las últimas consecuencias de los principios admitidos; pero el fondo es siempre el mismo, la doctrina es siempre la conocida y mil veces refutada del antiguo socialismo. Sólo se distingue de éste el de la cátedra, en que el último no se atreve á presentar afirmaciones concretas, ni á proponer formas determinadas de organización social, limitándose, por ahora, á invocar de un modo general la intervención del Estado para conseguir la armonía de los intereses económicos, que supone incompatible con la libertad.

Ya hemos visto que el socialismo de cátedra parte del supuesto de que no existen leyes naturales económicas y funda en este supuesto la necesidad de organizar y dirigir á la sociedad humana, por medio del Estado. ¿Podrá prevalecer en la ciencia y en la vida contemporánea esta doctrina? Para mí es evidente que no. Todo espíritu que no se halle ofuscado por prejuicios, á poco que observe el organismo social de una manera desinteresada y verdaderamente científica, ha de reconocer que en ese organismo hay algunas leyes naturales y necesarias. Fijándonos en el orden económico, es imposible negar tales caracteres, por ejemplo, á la sociabilidad, á la división del trabajo. Es imposible negar que la producción, el cambio, el precio, obedecen á relaciones constantes que existen entre estos fenómenos, y entre los mismos y sus causas. Es imposible negar que el hombre aspira á la satisfacción; que el medio para obtener esta es la actividad; que en la naturaleza humana existe la tendencia á obtener la mayor cantidad posible de satisfacción con el menor esfuerzo posible. Y si partiendo de estas bases inquebrantables, se deduce lógicamente la existencia de un organismo natural, en el que todas las fuerzas y energías funcionan tanto más armónica y ordenadamente, y todos los bienes económicos se distribuyen y difunden, tanto más proporcionadamente á los esfuerzos hechos para crearlos, cuanto mayor es la libertad de acción que las instituciones positivo-sociales aseguran al individuo, bien podemos afirmar que la ciencia y la verdad están con los antiguos economistas, y que toda escuela que para el conocimiento y la mejora de la sociedad humana, no sólo prescinda, sino que reniegue como lo hace el socialismo de cátedra, de los trabajos de aquellos, ha de conducir necesariamente al error y á la injusticia.

¿Qué absurdas consecuencias se deducen, en efecto, lógicamente de los principios proclamados por el socialismo de cátedra y por todos los socialistas? La humanidad no existe para los economistas de la nueva escuela, como organismo natural. No hay más que grupos humanos sujetos á distintas y particulares leyes de evolución. El principio de vida para cada grupo se funda en la destrucción de los demás; la ley internacional es la lucha por la vida, igual en la esencia, si diferente en la forma, á la lucha por la vida entre las familias de seres inferiores. El problema general sociológico no se propone armonizar todas las energías de la humanidad en su vida sobre la tierra, ni esto sería posible faltando las leyes naturales; se limita á determinar lo que conviene á cada grupo nacional, y para esto estudia, no al hombre, en general, sino al hombre alemán, ó inglés, ó francés, buscando en el desarrollo y evolución histórica de cada grupo particular, reglas efímeras, contingentes, variables con el lugar y el tiempo, que son las únicas que pueden existir para los modernos socialistas.

Si consideramos la doctrina fundamental del socialismo de cátedra desde el punto de vista de la vida individual, deduciremos también notables absurdos.

El principio de libertad, tan poderoso y enérgico en nuestros días, es absolutamente incompatible con la negación de las leyes naturales sociales. Si estas leyes no existen, la libertad individual carece de base firme y permanente. El derecho desaparece como ciencia y como principio fundamental de organización para las sociedades. En estas nada queda de sustancial y permanente más que el Estado, que señalará y hará guardar á cada energía individual su puesto y su misión para la vida colectiva. Y este puesto y esta misión podrán cambiar á voluntad del Estado, ante el cual el individuo será una mera fuerza, de la que aquél puede disponer como quiera. Dentro de tal régimen no hay cabida para las finalidades ni para las iniciativas individuales, y la inmediata consecuencia de la negación de las leyes naturales es la anulación del individuo.

No puedo detenerme á examinar la naturaleza ni la misión racional y científica del Estado. Basta para mi objeto hacer notar que tal como lo conciben los socialistas de cátedra, el Estado, planteado como se quiera, significa el antiguo despotismo con nuevas formas. Bástame llamar además la atención sobre otro punto relativo al Estado de los socialistas alemanes, que prueba evidentemente lo absurdo de la doctrina de la escuela y la imposibilidad de que por el camino que esa escuela sigue se llegue á ningún resultado científico. Dicen los socialistas que faltando leyes naturales es preciso que el Estado dirija la vida toda de la sociedad; que el Estado es el supremo agente de la civilización. Supongamos que esto sea cierto, y aceptándolo, vemos que se nos presenta inmediatamente un problema que podemos formular preguntando: ¿qué es lo que debe hacer el Estado para desempeñar esa inmensa función de di-

rector de la vida? ¿Hay algunas leyes sociales naturales, necesarias, permanentes que deba el Estado observar y cumplir? Si las hay queda destruida por su base toda la doctrina del socialismo de cátedra. Si no las hay, es imposible contestar en general á la pregunta. Podrá contestarse para circunstancias especiales de tal pueblo, en tal momento histórico, pero la contestación dada en un caso no servirá para otro caso, porque nunca se presentarán dos absolutamente iguales. En una palabra, no habrá ni podrá haber ciencia social ni económica; cuando más, se tendrá un arte de gobierno, sin bases ni reglas fijas, un arte empírico compuesto de tal ó cual miserable receta, conveniente hoy, perjudicial mañana.

Por eso las escuelas que niegan las leyes económicas, y con ellas la libertad, son ineficaces para crear nada definitivo. Por eso tienen siempre una vida efímera, y no arraigan en el terreno de la ciencia. La parte afirmativa de sus sistemas, siempre ha sido caprichosa y arbitraria, las organizaciones sociales que han propuesto meros productos de la fantasía, impracticables en la vida real. Desde la República de Platon hasta los novísimos sueños de la sociedad Internacional de trabajadores, el espíritu humano se ha enamorado millares de veces de fórmulas utópicas, erigidas todas sobre el error fundamental del socialismo; la negación de un orden natural social. ¿Qué ha quedado al poco tiempo de esas fórmulas en la ciencia y en la vida?

Los socialistas de cátedra no han llegado aún á la creación de su fórmula particular. Hasta ahora, que yo sepa, no han salido de la esfera de las negaciones, y lo poco afirmativo que de ellos conozco, en tal ó cual libro ó discurso, se refiere á medidas de mero detalle, que no tienen además novedad alguna, como el restablecimiento de los antiguos gremios industriales, la limitación del derecho de herencia, la tasa del salario, la organización del crédito por el Estado y algunas otras reformas del mismo género. Hasta ahora la escuela, que pretende acabar con la antigua economía política, se ha limitado á negarla. No ha presentado todavía una nueva concepción científica que justifique la arrogancia y el desprecio con que esa escuela se permite tratar á los economistas.

¿Podrá el socialismo de cátedra presentar una concepción científica en lo sucesivo? Me atrevo á decir que no, fundándome en lo que dejo manifestado. Partiendo de la negación *a priori* de la existencia de leyes sociales naturales, no es posible ir á ninguna parte. La escuela socialista alemana está condenada á desaparecer en breve bajo el peso de la crítica y abandonada por sus mismos sectarios, que siendo hombres de elevado talento, han de irse convenciendo, á medida que más estudien y observen, de la ineficacia de sus esfuerzos para llegar á constituir una doctrina científica. Las circunstancias particulares de Alemania, que favorecieron el nacimiento de la escuela y explican su rápido desarrollo, han cambiado ya notablemente. El socialismo anárquico ha de absorber al de cátedra, y la opinión de los hombres de ciencia volverá bien pronto en los estudios económicos á su cauce natural y propio. Si la falta de tiempo no me lo impidiese, podría llamar la atención sobre algunos síntomas que ya se observan, y que acusan este movimiento, al cual contribuirán poderosamente los esfuerzos de los verdaderos economistas alemanes, que no han dejado ni dejan un momento de luchar contra la tendencia socialista.

Peró ya es hora de concluir, y voy á hacerlo, resumiendo en brevísimas palabras mi juicio sobre el socialismo de cátedra. Este no constituye una nueva escuela de economía política. No representa una nueva tendencia nacida dentro del campo de la ciencia económica, ni por sus principios, ni por su método. Significa el abandono radical y absoluto de los trabajos y conquistas del espíritu humano en un siglo de investigaciones del orden económico y la negación de la posibilidad de una ciencia de este orden. Caracterízase esa escuela, por su sentido particularista y anticientífico, por su desconfianza de la libertad, por sus ilusiones respecto del Estado. Carece hasta hoy de soluciones concretas para las cuestiones sociales de nuestro tiempo, y por el vicio esencial de su doctrina, está incapacitada para formular soluciones generales. Su vida será poco duradera y no puede inspirar temor alguno para el porvenir de la ciencia económica, que seguirá su camino en todas partes, ganando cada vez mayor número de adeptos en la opinión general de los pueblos.

La escuela de los economistas, fundada por los fisiócratas franceses y por Adam Smith, está informada por el espíritu individualista moderno, y sus doctrinas se armonizan íntimamente con las tendencias jurídicas de nuestro tiempo, con la aspiración del individuo á la libertad y la de los pueblos á gobernarse á sí mismos. El socialismo de cátedra, sépanlo ó no sus partidarios, se funda en el error comunista, en los antiguos privilegios, en la anulación del individuo por el Estado, en la negación de la libertad. Podrá por algún tiempo servir su doctrina para dar fuerza á los elementos reaccionarios de todos géneros y prolongar esta grande y terrible lucha de nuestro siglo, en que la democracia aspira á la constitución de un Estado, en que se afiance de un modo definitivo la libertad humana. Pero el socialismo de cátedra pasará, como han pasado los otros socialismos históricos, y la ciencia y la libertad triunfarán en

la conciencia y en la vida, porque contra las aspiraciones del espíritu contemporáneo, que aún en sus más tímidas manifestaciones reclama la limitación de las facultades del Estado por las llamadas libertades necesarias, han de ser impotentes todos los esfuerzos de los errores antiguos, sea cual fuere la forma con que esos errores se revisitan para alucinar á los pueblos.

GABRIEL RODRIGUEZ

REPUBLICAS AMERICANAS.

Consideraciones de oportunidad. — Europa y América. — La prensa de aquella, con relación á esta. — Causas de la indiferencia. — Movimiento que se opera. — La República Argentina. — Discurso de su Presidente ante el Congreso. — Horizontes y porvenir. — Epoca de trabajo. — Telégrafo, ferrocarriles. — Educación. — Armonía de los dos Gobiernos. — República de Venezuela. — La obra de un hombre. — Varias consideraciones.

I

El importante diario *El Progreso*, que tanto honra la prensa española, ha tenido la bondad de poner una nota al pié de un artículo mío, al que galantemente brindó hospitalidad, hace poco citando unas palabras del Hércules de la prensa francesa, Emilio de Girardin, quien decía, «que con la propaganda que en París hice en favor de las Repúblicas Americanas, y sus hombres, dignos de ser conocidos, presté más servicios á unas y á otros, que todas las misiones diplomáticas de allá mandadas á Europa».

Días antes, el *Indicateur Général* había tenido la deferencia de escribir un artículo en el mismo sentido.

¿Por qué afirmó aquello el famoso polemista que no existe ya?

Conviene hacerlo saber, siquiera para defender á la prensa europea de cargos injustos que, por lo general, le hace la de mi patria, es decir, la de la América toda.

Si esta prensa nos ha desdenado y contemplado con indiferencia, ha sido precisamente porque de allá no nos hemos cuidado de darnos á conocer, privando á la Europa de aquellos datos y noticias que, en todo tiempo, habrían podido servir de base á esa prensa, para saber lo que en América ocurría, y en seguida, podernos juzgar, según la índole y el carácter de los acontecimientos que en cada República se desenvolvían.

Peró, ¿qué ha estado sucediendo hasta hace poco?

Tenia lugar una rebelión: caía un Gobierno; se asesinaba un Presidente, y entonces, como «suceso de sensación»—que hay que tomar la humanidad como ella es—el telegrafo transmitía la noticia, y en el acto venía al *Comentario de cliché*:

«Hé ahí lo que son las repúblicas americanas, incapaces de gobernarse: orgías permanentes, focos constantes de revoluciones, rebeldes á todo progreso, á todo acto de civilización!»

Y la prensa europea, que no conocía sino el hecho en sí, que ni veía levantarse ninguna voz para explicar lo sucedido en América, como podían explicarse en cada una de sus ciudades los millares de *pronunciamientos* que han tenido lugar en España, seguía creyendo de buena fé que las repúblicas americanas eran ingobernables, y en su mayoría habitadas por salvajes indignos de la consideración y simpatía de los pueblos civilizados.

Era, pues, una cuestión de mera ignorancia para estos diarios; pero no de mala voluntad, como equivocadamente se ha creído, pues no se puede exigir á nadie que hable concienzudamente de lo que no conoce; y la verdad es, que aquí hasta hace muy poco tiempo no se conocía la América, ni las transformaciones por que ha ido pasando, ni la manera cómo allí se comprenden y practican las instituciones, ni los progresos alcanzados en todo sentido, ni lo adelantado de su legislación, ni la liberalidad de sus leyes, ni la competencia, ilustración y talento de sus hombres públicos; nada, en fin, de lo que compone, en su grandioso conjunto, el espléndido cuadro que la América presenta en estas horas solemnes de su regeneración.

Apercibido de esta falta de datos en Europa, desde que llegué á su seno me propuse secundar la propaganda de un americano ilustre—el eminente Torres Caicedo—procurándome medios de publicidad, para proporcionar esos datos y dar á conocer la América, tal cual es, sin exageraciones que inspirasen desconfianza, ni pretensiones que infundiesen mala voluntad.

En esa tarea fué precisamente el señor Girardin uno de los que más me ayudó, y de aquí que pudiese hablar prácticamente, apreciando, como apreció, los datos y noticias que di entonces á la prensa francesa, y que hubiese podido decir las palabras citadas por *El Progreso*.

La cuestión, pues, se halla reducida á esto: que la América—ó las Repúblicas que en ello cifren interés—se den á conocer en Europa, teniendo en su seno hombres competentes, que, con verdadero

empeño, hagan propaganda, den datos, noticias, presenten hechos, cifras, documentos, todo, en fin, cuanto puedan citar en apoyo de lo que escriben.

Sin tener esa misión de nadie, yo me la he impuesto por patriotismo, y feliz me siento hoy de haberla iniciado en España, como antes la inicié en Francia, por el éxito que va alcanzando, y por la acogida, más que simpática, verdaderamente entusiasta que encuentra por doquier, como lo manifiesta la actitud de varios de los más importantes y periódicos de la Península.

Verdad es que en esto, la España, como país comercial, productor e industrial, tiene mucho que ganar, ensanchando las operaciones que hoy hace con varias de aquellas Repúblicas, y muy especialmente con la Argentina, con la que su comercio ha tomado proporciones colosales.

Si el espíritu de especulación—tan timorato siempre,—recelaba antes, por creer que no existía estabilidad en el país, hoy, conociendo su situación, sabiendo que el orden y la paz están allí garantidos, bajo la égida de una Constitución liberal, que vela un Gobierno libremente elegido y popular: que el trabajo abunda, y que todo se transforma en nombre del progreso, y de una vida de constante agitación y movimiento regenerador, hoy decía, ese espíritu de especulación, que es el *compás y la aguja* del comerciante, debe tomar por centro de sus expansiones a la república argentina, cuyas riquezas naturales, inmensos territorios, abundancia de ganados y extraordinario lujo en los consumos, le brindan ancho campo y éxitos brillantes.

Ya se vé, pues, si a España le convienen también conocer la situación real y positiva de aquellos países, y si su prensa, prestándose a la propaganda que con ese objeto se haga, no sirve también a los grandes intereses materiales de la nación.

Hechas estas ligeras explicaciones, que he creído del momento y oportunidad, voy ahora a seguir desempeñando la misión que me he impuesto.

Anunció oportunamente el telégrafo que se habían abierto las sesiones del Congreso de la república Argentina y que en esa ocasión, siempre grata para toda democracia constituida, el nuevo Presidente, general Roca, pronunció un discurso notable, no solo por su forma, sino por su fondo, es decir, por la importancia de su contenido.

Acabo de recibir ese documento, y como americano, como argentino, me enorgullezco de que haya llegado para mi patria un momento en su vida nacional, en el que le sea dado al jefe de sus destinos, poder hablar a sus conciudadanos en lenguaje semejante, lenguaje al que se mezcla la elevación del concepto, con la gloria de poder trazar una situación próspera, feliz, de paz, de trabajo, de progreso palpable, y sobre todo, de grandes esperanzas para el porvenir.

Al dirigirse al Congreso, el presidente Roca dice a los representantes de la nación.

«Vengo, por primera vez, á daros breve cuenta de los actos del Poder Ejecutivo realizados durante vuestro receso, y á tener al mismo tiempo el honor de presidir la apertura de vuestras sesiones.

Como habeis podido notar, la paz más profunda, el orden y la libertad más completas, con los signos de una larga duración, reinan en toda la República;—y nuestro crédito político y económico penetra en todos los pueblos y mercados europeos, que empiezan á creer, por fin, que hemos entrado en la época de la razón y de la edad madura.

A la incertidumbre en que hemos vivido constantemente, aún en los períodos en apariencia más tranquilos, ha sucedido una confianza sin límites en el porvenir.

La vida, el movimiento, el anhelo del progreso, el espíritu de empresas útiles y el amor al trabajo, se han despertado en todos los pueblos con vigor extraordinario.

Las Provincias no se preocupan ya de armarse para velar por su autonomía, ni sus gobiernos de garantizarse contra las asechanzas revolucionarias,—sino de su reorganización política, social y económica,—del perfeccionamiento de su administración,—de agricultura, irrigación, caminos, Bancos y todo aquello que represente un adelanto ó una mejora.

Cada uno de vosotros, que acaba de recorrer la República en distintas direcciones, puede comprobar estos hechos, y sabe cuán ardiente sed de orden y de progreso experimentan todos los argentinos, que miran en la paz, basada en el derecho y la libertad, y no en la producida por el cansancio de la lucha, la fuente más fecunda de su bienestar y del engrandecimiento nacional.

Es que la última y dura prueba de que ha salido triunfante la autoridad de la nación, robusteciéndose su prestigio y su poder en la conciencia pública, así como la solución de la cuestión capital que inútilmente hemos buscado por espacio de setenta años y que ha dado, al fin, un asiento permanente al Gobierno federal en la ciudad que le estaba designada por todos los antecedentes y conveniencias, han venido á disipar para siempre los gérmenes de la anarquía, que eran producidos más por la falta de organización definitiva, que por la mala voluntad y perversidad de los hombres.

El período legislativo que os espera es de suma laboriosidad y requiere toda vuestra constancia, honorables señores.

Parece que fuéramos un pueblo nacido recién á la vida nacional, pues teneis que legislar sobre todo aquello que constituye los atributos, los medios y el poder de la nación,—tan grande era la falta de una capital permanente para la República.

Ahora podeis dictar vuestras leyes con entera libertad y con la conciencia de que ellas serán fielmente obedecidas, sin consultar otra cosa que la razón, la justicia ó la oportu-

nidad, y sin temor de que ningún gobernador de provincia, rompiendo con todas las prácticas, venga á protestar en este recinto, tratando de violentar vuestras sanciones.

Es de urgente necesidad, ante todo, completar la federalización de esta ciudad, dando leyes sobre Administración de Justicia, Municipalidad y Educación común, y determinando el modo y forma de su representación en el Congreso.

En pos de éstas vendrán otras leyes, no ménos urgentes, sobre el ejército, la armada y la organización de la Guardia nacional, que tiene que ser el verdadero nervio de la República.

Ya era tiempo de que nos recogiéramos dentro de nosotros mismos y de que pensáramos en vigorizar por todos los medios nuestro organismo nacional, en establecer un Gobierno serio y regular que no necesite jamás la fuerza y la violencia para ser obedecido,—y en fundar una Administración inteligente, severa y económica.

No creo deber insinuaros cuánta previsión, energía y moderación al mismo tiempo necesitan pueblo, Gobierno y Congreso, no sólo para dirigir nuestros rápidos progresos y conservar nuestras libertades, sino también para evitar escollos y peligros que pueden venir de más allá de nuestras fronteras,—porque no hay en estos momentos un argentino á quien no se lo diga claramente el instinto del patriotismo.

No confiadas en los entusiasmos de la plaza pública ni en los arrebatos del momento, las naciones conservan su independencia é integridad,—sino con la paz interior, las virtudes cívicas del ciudadano, el respeto al principio de autoridad y el acatamiento á la Constitución y á las leyes.»

Ahí tienen los que me honran en España leyendo mis artículos y revistas, publicados en diferentes periódicos,—sobre las cosas y los hombres de América,—el lenguaje del magistrado argentino al abrir las sesiones del Congreso.

No hay frases retumbantes, ni de *rellumbrón*. No hay declamaciones huecas, ni arranques ridículos de vanidad.

Es la palabra de un hombre de bien que comprende la responsabilidad que sobre su frente pesa; que se da cuenta de la situación del país, que le conoce; que establece comparaciones emanadas de los hechos, de su alcance y lógica, y que, contando con los grandes elementos de prosperidad, de riqueza y trabajo que aquella tierra atesora, levanta los ojos arriba del presente, y dibujando el porvenir risueño que asoma en la distancia, anuncia á sus conciudadanos los días felices que les esperan.

Y el general Roca puede y debe ser creído, pues la seriedad de su carácter y la firmeza de sus convicciones durante la última campaña electoral, son prenda de la honradez y buena fe con que cumplirá todo cuanto asegura y promete.

Por otra parte, los primeros meses de su gobierno son ya una garantía de lo que ha de ser en adelante.

Fomento á la inmigración.
Leyes que la protejan y estimulen.
Prolongación de los ferro-carriles existentes.
Construcción de otros nuevos.
Aumento de las líneas telegráficas.
Reformas y mejoras en todos los ramos de la administración.

Protección á la educación común, multiplicando el número de escuelas y Universidades.

Organización científica del ejército y de la marina.

Construcción de nuevos templos y edificios nacionales, en distintos puntos de la República.

Apoyo eficaz á las colonias.

Aumento de las vías de comunicación, por medio de *caminos carreteros*, para facilitar el transporte de los productos desde los últimos confines al litoral.

Construcción de puertos y muelles que faciliten las operaciones del comercio, ahorrándole gastos que les obliga á recargar los precios de las mercancías introducidas, á la vez que gravan los productos del país.

Tales son algunos de los puntos á que se ha consagrado el Gobierno del Sr. Roca, desde el primer día en que la ley depositó el mando en sus manos, y tales son los que están absorbiendo su atención en la actualidad, creando una administración de trabajo constante, de laboriosidad fecunda, de iniciativa progresista, que coloca á la República Argentina á la cabeza de las demás del norte.

Verdad es, que para poder emprender todas estas tareas sin tropiezos, era necesario haber dado solución á la antigua y debatida *cuestión capital*, especie de espada de Damocles que, durante medio siglo, ha estado suspendida sobre la frente del pueblo argentino.

Hasta hace pocos meses, en virtud de una ley de *co-existencia*, los dos Gobiernos residían en la ciudad de Buenos-Aires, el nacional y el provincial.

A menos de existir la más perfecta armonía y cordialidad entre ambos, y desear uno y otro marchar de acuerdo, esa co-existencia era causa constante y latente de choques, disgustos, rencillas, y en la Administración pasada, hasta de un rompimiento sangriento entre los dos Gobiernos.

Feliz en todo el genero Roca, desde el día en que á mí mismo me cupo la suerte de ser el primero en proclamar su candidatura en la prensa de Buenos-Aires, ha tenido la fortuna de iniciar su período constitucional *encontrando resuelta la famosa cuestión capital*, lo que importa decir, que siendo él sólo quien ejerce jurisdicción legal en el Municipio de Buenos-Aires—declarada capital definitiva de la República—ya no tiene que te-

mer, para el futuro, ni choques, ni disputas, ni cuestiones, que, como las del año anterior, pudiesen degenerar en una lucha armada entre el Gobierno nacional y el de la provincia.

Hoy el camino le está allanado, y tanto más, cuanto que el nuevo gobernador *Porteño* ha sido elegido por los mismos que dieron su voto al presidente Roca, siendo, á más de su correligionario, su amigo particular, y el más entusiasta sostenedor de su autoridad.

Bajo tales auspicios ha iniciado su Gobierno, ha dirigido la palabra al Congreso, y sigue trabajando en el sentido de dar cumplimiento á todo lo prometido.

Pasemos ahora á Venezuela.
Estableciendo un paralelo entre el pasado de estos dos países durante los últimos veinte años, hay que reconocer y confesar, que los progresos y conquistas alcanzadas por Venezuela, tienen más mérito, en el sentido de que las dificultades con que allí ha sido preciso luchar para obtenerlas, han sido infinitamente superiores á las vencidas en su hermana la República Argentina.

Más aún.
En esta, todo ha sido la obra de un partido.
En aquella, ha sido la obra titánica de un hombre, de Guzman Blanco, que acaba de completarla dando una nueva organización política y administrativa á los Estados, tomando por modelo las adelantadas instituciones de la Suiza.

A la salida del último correo, quedaba funcionando el Congreso—cuyos miembros en su mayoría, los hombres más ilustrados de un país donde abundan los talentos brillantes—identificados con las miras administrativas del presidente, seguían sancionando todas aquellas reformas, que deben facilitar el ejercicio de las instituciones, bajo el imperio de la nueva Constitución que se acaba de levantar en Venezuela, como el faro de eterna luz que la conducirá á ver convertidas en hechos sus grandes y nobles esperanzas.

Las obras materiales seguían con gran actividad al calor de la paz fecunda que allí reina y del espíritu de progreso que vá ganando todos los espíritus.

El presidente Guzman Blanco había ido á la *Guaira*, visitando y activando personalmente los trabajos del camino de hierro que ha de unir ese puerto con la capital, *Caracas*, poniendo así en contacto puntos importantes de la República.

¡Para esa obra tenía en caja dos millones de duros!

¿Cómo hace estos milagros el presidente venezolano?

Es lo que muchos se preguntan, y lo que yo no ceso de admirar.

HÉCTOR F. VARELA.

LAS CIENCIAS POSITIVAS

EN CALDERON DE LA BARCA.

III

CONCEPTOS DE LA NATURALEZA Y DE SUS LEYES EN LAS OBRAS DE CALDERON.

Los hombres que tienen la fortuna de observar el mundo desde las elevadas regiones del génio, descubren con su mirada viva y penetrante puntos distintos á los que no llega la masa común de sus contemporáneos; y si por la brevedad de la vida humana no logran demostrar aquello que divisaron, las generaciones sucesivas se encargan de poner en toda claridad y evidencia cuan acertados andaban en sus opiniones. No de otra suerte el genovés de inmortal memoria, al descubrir un mundo, realizaba la especie de profecía que consignaba Séneca al escribir,

*venient annis
sacula seris, quibus Oceanus
vincula rerum laxet et ingens
pateat tellus. Tiphysque novos
delegat orbes, nec sit terris
ultima Thule. (1)*

y Foucault en los modernos tiempos al demostrar con el péndulo el movimiento de la tierra, ha proclamado para siempre el triunfo de la doctrina sostenida por Copérnico.

Ejemplos diversos pudiéramos citar de tan curioso fenómeno, pues Bacon en el siglo XIII anunciaba el invento de los telescopios realizado en la época de Galileo. Descartes expuso la teoría de las ondulaciones de la luz que sostenida por Huyghens, en contra de Newton, no ha sido un hecho confirmado hasta que Fresnel contó el número de vibraciones de la onda de cada rayo simple, y el dicho de Linneo, *initium foliorum et florum idem est*, se ha demostrado modernamente.

Y es aún más notable ésta como adivinación de futuros progresos, en los que, consagrándose al cultivo de la poesía y atentos principalmente á las inspiraciones de las musas, no siguieron con asiduidad el movimiento científico, en el que sin duda tuvieron alguna parte. Así se explica que el Fénix de los ingenios y padre de nuestro teatro, Lope de Vega, viese cruzar la palabra que instantáneamente atravesaba distancias inmensas, al decir

(1) *Medea*, Acto II, coro final.

«Veloz como el rayo
aquí la noticia vino,
y tal vez andando el tiempo
vendrá con el rayo mismo.»

Anuncio clarísimo del telégrafo. De igual modo el dramático Ruiz de Alarcón, predijo en el siglo XVII, la *enciclopedia* del siguiente.

Entre todos merece puesto distinguido D. Pedro Calderón de la Barca, por la afición que demuestra al saber, y á los que á sus diversas ramas se dedicaban en esta frase:

Que á los hombres ingeniosos
les soy muy aficionado, (1)

porque sabía que las ciencias alcanzan grandes cosas, sin que coharten su poderío los que no logran disfrutar de sus delicias, á quienes dirige la imprecación siguiente,

¿Quiéres tú con tu ignorancia
poner límite á las ciencias
que tanto poder alcanzan? (2)

aun cuando no desconocía, que no se abarcan en un momento:

Aun estudiándose una
mucho tiempo no se alcanza: (3)

pero debe consagrarse á su estudio quien no quiere incurrir en el anatema que lanza á quien las desprecia:

Esa es la ignorancia:
á la vista de las ciencias
no sabe aprovecharlas (4)

sin enorgullecerse

Que no sabe poco quien
sabe que no sabe nada, (5)

pero trabajando con entusiasmo, porque puede llegar tiempo en que se conviertan sus progresos en cosas tan útiles y convenientes, como es ser trasladado con rapidez asombrosa desde la capital de las Españas hasta las más lejanas tierras del Norte, siendo cosa verdaderamente admirable que se realice el deseo de quien extrañándose de la posibilidad de tan ventajoso viaje, ciertamente lo hubiera aprovechado á nacer dos siglos más tarde porque ¿habrá cosa más buena

que viéndome anochecer
en Madrid, amanecer
en medio de la montaña?
Este fuera buen estilo
aunque costara dineros,
por no tratar con venteros. (6)

No se crea que es aquí nuestro ánimo suponer que el poeta pudo imaginar el tren que cruza nuestros campos con penacho de vapor y estridente ruido; pero no parecerá extraño, si presumimos que sentía la necesidad de mejorar los medios de locomoción por cualquier traza. Esto es tanto más de admirar, cuanto que en pleno siglo XIX tropezamos todavía con sosegados señores que, sentados al amor de la lumbre, encomian las delicias de los felices tiempos en que muellemente recostados en una galera se hacían los viajes con tardanza suficiente para mudar de color el cabello, con la ventaja de disfrutar de las delicias del campo, y sobre todo con la seguridad de no estrellarse al saltar un río por férreo puente ó al oradar un monte por estrecho túnel con su medrosa oscuridad, sólo comparable para ellos con la tenebrosidad del infierno.

Si á alguien pareciera que forzábamos el sentido del autor, téngase en cuenta que solo de una manera incidental puede obligar á los personajes de sus dramas á hacerse eco de sus conocimientos científicos, de sus lucubraciones filosóficas, de las censuras para los rezagados y de las esperanzas que le alentaban para lo porvenir.

Parece en algunas ocasiones que Calderón vislumbra algo de las modernas teorías de las fuerzas físicas, en que el cambio de unas en otras produce diferentes fenómenos, porque vive

con ansia de ver si apura
el ingenio, que una causa
varios efectos produzca; (7).

así como

una antorcha y una hoguera
un mismo fuego las prende,
arden las dos en su abismo
y luego un suspiro mismo
una apaga y otra enciende (8).

No falta, sin embargo, uno que exclame:

¿Quién vió
en el vientre de una nube
tan monstruoso embrión
que aborte en un mismo parto
el granizo y el ardor? (9)

- (1) *El Astrólogo fingido*, Jornada II, Escena II.
- (2) *Idem id.*, Jornada II, Escena XV.
- (3) *El Mágico prodigioso*, Jornada I, Escena III.
- (4) *Idem id.*, Jornada I, Escena III.
- (5) *En esta vida todo es verdad y todo es mentira*, Jornada I, Escena VII.
- (6) *El Astrólogo fingido*, Jornada III, Escena XIX.
- (7) *La estatua de Prometeo*, Jornada I, Escena II.
- (8) *El galán fantasma*, Jornada III, Escena XIII.
- (9) *¿Quién hallará mujer fuerte?* Auto, Escena XXVIII.

Pero como el fenómeno es cierto, á pesar del calificativo de monstruoso, hay que buscarle explicación satisfactoria; lo cual no cuesta gran trabajo si nos dirigimos al poeta que habla así de los cuatro elementos;

Agua, tierra, fuego y aire
que contrariamente unidos
y unidamente contrarios
en lucha estais divididos, (1),

el mismo que piensa que de esa especie de contraposición puede resultar

armonía más perfecta,
bien como un bello jardín
en una rústica selva
más bello está, cuando está
de la oposición más cerca (2).

Puede decirse que esto no aparece con toda claridad, porque si bien con bellos versos expresa el concepto de que de una misma causa salgan variados fenómenos;

de un lisonjero clavel
que hermoso á la vista engaña,
una dulce, otra cruel
saca ponzoña la araña,
la abeja destila miel (3):

en algunos lugares afirma que solo lo semejante tiene verdadera relación y se confunde necesariamente, como en éste:

A sér vuestras cualidades
una, ¿no fuera preciso
con natural simpatía
uno en otro convertiros,
y que os mezcláredes juntos
para no durar distintos? (4)

porque,

un día llama á otro día
y así llama y encadena
llanto á llanto, pena á pena, (5)

lo cual no es cierto, pues vemos armonizarse en el fenómeno la contradicción de movimientos elementales, teniendo el concepto mejor expresión en la frase de un poeta contemporáneo,

atracción es lo distinto
y es lo semejante guerra (6).

Sin embargo, y aún con estas citas que parecen indicar en Calderón contradicciones, es lo cierto que no desconoció el correlativo enlace que podía haber entre sustancias contrapuestas cuando dijo:

Se redujo en cárcel breve
toda la esfera del fuego
solo á un átomo de nieve, (7)

bien ageno de que antes de dos siglos la industria había de producir hielo por medio de la acción del calor.

También pudiera juzgarse que conocía anticipadamente la posibilidad del curioso fenómeno, que citan algunos autores de grabar el rayo la imagen de próximo árbol ó de cercana roca, sobre el cuerpo de su víctima ó sobre otra superficie cualquiera; pues no de otra suerte tiene explicación el pasaje de aquella infortunada mujer que herida mortalmente, durante su parto que

había sido aquella tarde
al mismo pie de la Cruz, (8)

ocurriera lo que así refiere:

la niña que había parido,
dichosa con señas tales,
tenía en el pecho una cruz
labrada de fuego y sangre, (9)

fuego que no podría ser otro que el de rayo lanzado para completar el cuadro terrible de la indignación injusta del celoso marido. Pero, no nos atrevemos á dar importancia alguna á esta sospecha, porque el drama de que tratamos está lleno de cosas tan prodigiosas y sobrenaturales, que pudieran calificarse con razón nuestras apreciaciones tan sólo de sutilezas.

No así, si afirmamos que tenía el inspirado dramaturgo idea del infinito matemático que pudo recibir de sus estudios de Metafísica, ayudados tal vez con algún otro más directo y especial pues hizo decir á uno de sus personajes:

Ya sabéis que son las ciencias
que más curso y más estimo
matemáticas sutiles. (10)

Para expresar tan delicado concepto, tomando la más larga distancia que á la mente del vulgo se presenta, que es la del sol, la da como incomparable con las diminutas que acá en la tierra alcanzamos, y establece la indeterminada igualdad de to-

- (1) *La vida es sueño*, auto, Escena I.
- (2) *La hija del aire*, primera parte Jornada II, Escena VII.
- (3) *La cisma de Ingalaterra*, Jornada II, Escena IV.
- (4) *La vida es sueño*, Auto, Escena II.
- (5) *El príncipe Constante*, Jornada II, Escena IV.
- (6) *La esposa del vengador*, Acto I, Escena.
- (7) *Loa de los tres mayores prodigios*.
- (8) *La devoción de la cruz*, Jornada II, Escena VIII.
- (9) *La devoción de la cruz*, Jornada II, Escena VIII.
- (10) *La vida es sueño*, Jornada I, Escena VI.

das las distancias finitas con lo infinitamente grande al escribir:

cuando de la fortuna
huelles la cerviz suprema,
del sol no estarás, por eso,
ni más léjos ni más cerca. (1)

Sólo ayudado por las ciencias puede atreverse á penetrar en los insondables y oscuros misterios del mundo; pues con ellas podrán comprenderse con claridad esplendorosa,

que quien dá luz á las gentes
es quien dá á las gentes ciencia, (2)

no solo ayudados de los sentidos, que juzga falaces en extremo, en diversas ocasiones, como en este ejemplo:

que tal vez los ojos nuestros
se engañan, y representan
tan diferentes objetos
de lo que miran, que dejan
burlada el alma. ¿Qué más
razón, más verdad, más prueba
que el cielo azul que miramos?
¿Habrá alguno que no crea
vulgarmente que es zafiro
que hermosos rayos ostenta?
Pues, ni es cielo, ni es azul, (3)

y así, deberemos ántes beber sólidas doctrinas en todas las fuentes del saber, incluso aquellas en que brotan las ciencias exactas; pues no hubiera merecido puesto distinguido entre los sábios á no poder encarecer sus muchos conocimientos de esta ó de semejante manera:

no te digo que estudié
con generoso motivo
matemáticas, de quien
la filosofía principio,
fué... (4)

y así se puede caminar con paso firme

investigando ingeniosos
aquella causa primera
de todas las otras causas (5)

para saber cómo se formó el universo mundo.

Tan vasto y trascendental problema plantea Calderón cuando despues de haber dicho el Judaísmo

En el principio erió
Dios cielo y tierra
.....
«La tierra estaba vacía
entre las obscuridades
de las tinieblas: y sobre
la paz del abismo, el grande
espíritu de Dios era
llevado de los embates
de las aguas y...» (6)

se dirige á la gentilidad, preguntándole:

¿Cómo los *Metamorfóseos*
de tus errados anales
empiezan?

contestando ella

En el principio
la nada y el todo iguales,
un globo masa confusa
todo y nada eran, sin darse
prima materia, ni ser,
hasta que al embrión llegase
á dar el acaso forma
(de un caos en la obscura cárcel)
de aire, fuego, tierra y agua (7)

y lo resuelve en su opinión copiando casi á la letra los sagrados libros cuando afirma que

Estaba el mundo gozando
en tranquila edad segura
la pompa de su armonía,
la paz de su compostura,
considerando entre sí
que de una masa confusa
(que ha llamado la poesía
caos y *nada* la escritura
salió á ver la paz serena
del cielo desenvolviendo,
con lid rigurosa y dura
de las luces y las sombras
la vanidad con que se aunan
dividiendo y apartando
las cosas, que cada una
son un mucho de por sí
y eran nada todas juntas.
Consideraba que halló
la tierra, que antes inculta
é informe estuvo, cubierta
de flores que la dibujan:
el vago viento poblado
de las aves que le cruzan;
el agua hermosa habitada
de los peces que la surcan;
y el fuego con estas dos

- (1) *El hijo del Sol, Faeton*, Jornada II.
- (2) *La estatua de Prometeo*, Jornada I, Escena XI.
- (3) *Saber del mal y del bien*, Jornada III, Escena VI.
- (4) *El mayor encanto amor*, Jornada I, Escena VII.
- (5) *Darlo todo y no dar nada*, Jornada II, Escena III.
- (6) *El Sacro Parnaso*, Auto, Escena II.
- (7) *El Sacro Parnaso*, Auto, Escena II.

antorchas el sol y luna,
lámparas del día y la noche,
ya solar, y ya nocturna;
que se halló, en fin, con el hombre
que es de las bellas criaturas
que, Dios por mayor milagro,
hizo á semejanza suya. (1)

Al llegar aquí, séanos permitido interrumpir el razonamiento para pedir perdón al que esto leyere, por haber sido tal vez prolijos en trasladar versos calderonianos; pero en ellos resultan fielmente las ideas que dominaban en su tiempo sobre la formación del Cosmos y nos ahorran prolijos comentarios. Mas no se entienda que con afirmaciones tan terminantes se cierran las puertas á todo género de nuevo estudio,

que si la creación ha sido
atribución del poder,
lo es de la ciencia el arbitrio, (2)

y puede, por lo tanto, escudriñar cómo han ocurrido las transformaciones de que habla el poeta, hasta llegar el sublime momento en que el hombre extendiese su mirada sobre la tierra y alzase la frente para admirar las grandiosas bellezas de los cielos.

Presume que todas las estrellas se han desprendido del astro brillante que rige todo el sistema:

y del cadáver del sol
cenizas son las estrellas;
que en sus rayos derramado,
en sus luces dividido,
es un planeta partido,
es un dios multiplicado; (3)

fórmula á la cual se ajusta en cierto modo la moderna teoría de Laplace, anunciada por el filósofo Cam, en la que se afirma que todos los planetas de nuestro sistema han tenido su origen en anillos desprendidos del sol,

astro que noble é ilustre
corazon del cielo en todo
anima, engendra é influye; (4)

sin exceptuar de esa influencia al hombre, máquina la más perfecta del universo; y por eso dice Calderon:

Pues á ver el sol saldré;
que al fin es el que me alienta,
me anima y me vivifica; (5)

y cuya belleza le extasia cuando se remonta en la notable figura de Prometeo, hasta las elevadas regiones del firmamento, y exclama:

De cuanto he visto y de cuanto
he notado en sus esferas,
nada me suspende, nada
me admira, pasma y eleva
tanto, como el esplendor,
mirado desde tan cerca,
dese corazon del cielo,
dese aliento de la tierra,
que árbitro del día y la noche
monarca de los planetas, (6)

abarca con sus rayos la inmensidad del sistema por la enormidad de su tamaño, que sirve de comparación, cuando quiere expresarse lo más grande que la imaginación alcanza,

cuyo número excedió
á las arenas del mar,
y á los átomos del sol. (7)

Escusado es decir que cuantas veces habla de los astros, no lo hace con el criterio puramente científico, como si retirado del trato de las gentes viviera, cual Lisipo, dedicado exclusivamente á su observación y estudio, de tal manera, que no podría faltar decir de Calderon como de su padre.

Aquí, pues, sin más caudal,
más patria, casa, ni hacienda
que sus libros ó sus tablas,
sus orbes, globos y esferas,
astrolábios y cuadrantes. (8)

Si lejos de la sociedad en que vivía nuestro poeta, se hubiera dedicado al cultivo de las ciencias abstractas y á la contemplación de los astros, no hubiera podido llevar á la escena fieles imágenes de las pasiones humanas; y se hubiera visto precisado á exponer frios razonamientos de todo punto inoportunos y que el público no entendería, tanto más cuanto que el teatro nunca ha sido cátedra de ciencias físicas, y por eso, aún cuando consigne para el vulgo tan útiles enseñanzas como la de que la luna carece de luz propia,

porque hasta la luna misma
ocultó entre pardas sombras,
ó cruel ó vengativa,
aquella, ¡ay de mí! prestada
luz que del sol participa; (9)

- (1) *La cena del rey Baltasar*, Auto, Escena II.
- (2) *La vida es sueño*, Auto.
- (3) *La Puente de Mantible*, Jornada II, Escena XVI.
- (4) *El veneno y la Triaca*, Auto.
- (5) *Darlo todo y no dar nada*, Jornada II, Escena III.
- (6) *La estatua de Prometeo*, Jornada I, Escena XI.
- (7) *El purgatorio de San Patricio*, Jornada III, Escena VIII, y en *La gran Cenobia*, Jornada I, Escena X.
- (8) *En esta vida todo es verdad y todo es mentira*, Jornada I, Escena III.
- (9) *El alcalde de Zalamea*, Jornada III, Escena II.

y que existen estrellas que la deben también al astro del día,

Esos rasgos de luz, esas centellas
que cobran con amagos superiores
alimentos del sol en resplandores,
aquello viven que se duele de ellas.
Flores nocturnas son; aunque tan bellas,
efimeras padecen sus ardores;
pues si un día es el siglo de las flores,
una noche es la edad de las estrellas (1).

Aunque haga gala alguna vez de amontonar nombres que indiquen su conocimiento de los estudios astronómicos, como en los pasajes siguientes:

Si ya por astro celestial no dudo
que la cobren los cielos,
y entre líneas, coluros, paralelos,
la fijen por estrella,
como despojo de Floripes bella (2)

.....
y de los astros suave,
los círculos he medido (3)

.....
cumplí un lustro ó cinco edades
del sol que, en doradas vueltas
cinco veces ilustró
doce signos y una esfera, (4)

ello es, que al fin acaba por confesar con modestia escasos conocimientos en las esferas celestes con estas palabras:

—¿Cómo tengo de decir,
que en mi vida no he sabido
si son los planetas siete,
ni si son doce los signos
si el zodiaco guarnecen,
si anda el sol por su epiciclo
por la eclíptica ó por donde? (5).

Tras declaración tan terminante, deben leerse con alguna indulgencia aquellos períodos en que baraja el estudio formal de los astros, con la astrología, que de ellos se vale para malas artes; pero no se puede menos de censurar, que para expresar su sabiduría uno de los personajes de *El Mayor encanto amor*, lo haga de esta manera:

no te digo que al cielo
los dos movimientos mido,
natural y raptó siendo
ambos aun tiempo continuos.

.....
no te digo que los astros,
bien errantes ó bien fijos,
en ese papel azul
son mis letras; solo digo
que esto, aunque es estudio noble,
fué para mí ingenio indigno;
pues pasando á más empeños
la ambición de mi albedrío,
el canto entiendo á las aves
y á las fieras los bramidos,
siendo para mí patentes
agüeros y vaticinios (6);

dando mayor importancia al arte engañoso de acertar *agüeros* y *vaticinios* que á la pura astronomía. Para tal intento mejor es, sin duda, no entrar ni de pasado por el campo científico, y entendiéndolo así, es la verdad que casi siempre, atento solo á satisfacer al sentimiento estético, no pasa á mayor altura que la que alcanzan los espectadores, refiriendo los fenómenos físicos conforme con vulgares opiniones. Anhela poder interrumpir el curso al sol diciendo:

y yo quisiera poder
parar del sol rubicundo,
con estos brazos los ejes
de sus celestiales rumbos (7);

pero sabe cuán imposible es llegar á él, aunque muestre bríos tan fogosos que le hagan decir:

Escalar el sol intento,
y si me quiere ayudar
la luz, tengo de pasar
más allá del firmamento, (8)

y ha de conformarse con dirigirle un ruego por ver si repite el prodigio de Josué.

Detente, ¡oh mayor planeta
más tiempo en la espuma fría
del mar: deja que una vez
dilata la noche esquiva
su trémulo imperio: deja
que de tu deidad se diga;
atenta á mis ruegos, que es
voluntaria y no precisa! (9)

En todas sus obras, en trozos bellísimos de lirismo incomparable, se olvida de las doctrinas de Copérnico, divinando al luminar del día cuando se levanta sobre las crestas de las montañas,

pues que salís como el sol
de los senos de los montes, (10)

- (1) *El príncipe Constante*, Jornada II, Escena XIV.
- (2) *La Puente de Mantible*, Jornada I, Escena I.
- (3) *La Vida es sueño*, Jornada I, Escena.
- (4) *El Purgatorio de San Patricio*, Jornada I, Escena II.
- (5) *El Astrólogo fingido*, Jornada III, Escena X.
- (6) *El mayor encanto amor*, Jornada I, Escena VII.
- (7) *Judas Macabeo*, Jornada III, Escena VIII.
- (8) *La Devoción de la Cruz*, Jornada II, Escena X.
- (9) *El Alcalde de Zalamea*, Jornada III, Escena I.
- (10) *La vida es sueño*, Jornada II, Escena IV.

ó cuando declina entre horizontes movedizos, como por ejemplo:

Cuando el sol cayendo vaya
á sepultarse en las ondas,
que entre oscuras nubes pardas
al gran cadáver de oro
son monumentos de plata, (1)

y llegando con estos versos:

La fábrica de los cielos
sobre nosotros se hunde,
á cuyo estallido todos
los ejes del polo crujen, (2)

á considerar el espacio infinito, como sólida bóveda que pudiera amenazar ruina, bajo la cual estuviesen colocados los astros; como

hijo del sol, que fuera estrella errante
si por tachonón ó clavo
se viera puesto en el zenit octavo. (3)

No son de extrañar estos ejemplos, puesto que en el lenguaje literario de nuestros días con legítima razón, se expresan los poetas de manera semejante, y siendo indudable que en todas las artes hay mucho de convencional entre el artista y el que admira la obra, si el primero no marchara en consonancia con el segundo, la obra ni despertaría siquiera curiosidad, porque no lograría ser entendida. Bastábale á Calderon dejar en alguna parte consignado que conocía la verdad de la naturaleza, no sus apariencias; para seguir después al vulgo en sus concepciones, y usar las frases de la conversacion usual; porque sería insostenible quien aplicase á las letras las formas duras y escuetas de las ciencias.

JOSÉ GRINDA.

LA LITERATURA RUSA.

Pedro el Grande, después de haber dado á sus Estados la capital de San Petersburgo y un ejército y una flota que él creó, quiso también darles un idioma de su elección. La lengua oficial, de que se servían los czares sus predecesores, carecía de reglas bien establecidas y de gramática; cargada de idiotismos y de palabras en desuso, era incapaz de servir de intérprete á las ciencias de las naciones civilizadas. Pedro I reformó los tipos de impresión, según el modelo de la escritura latina, y el alfabeto así reformado fué grabado y fundido en una tipografía holandesa de Amsterdam. La primera publicación impresa con estos tipos fué un número del periódico *Védorriosti*, de Moscow, en 1765, y la segunda un tratado sobre las maniobras militares, titulado *El Libro Marcial*, en 1711. Algunos años más tarde, en 1721, se hizo construir una imprenta en San Petersburgo para los ukases.

Pedro I, en sus momentos felices, se expresaba en danés, era su idioma predilecto, la lengua oficial de su corte, así como el francés con el alemán se empleaba en la corte de Catalina II y de Alejandro I. La lengua nacional pudo quedar largo tiempo sin cultura, sin desarrollo, con los gustos muy poco patrióticos de los soberanos rusos; pero apareció Miguel Lomonogov, que sólo tenía quince ó diez y seis años, cuando murió Pedro el Grande. El era hijo de un pobre pescador que vivía en las costas del mar Blanco, cerca de Arcangel. En el rudo oficio de su padre adquirió cualidades que le distinguieron después, el valor moral, la fuerza física, el espíritu de observación y el sentimiento de la poesía. En una infancia de privaciones y de trabajos devoraba su alma la sed de la ciencia, y al fin logró entrar en la mejor escuela de Moscow y después en la Universidad de Kief, dirigida por profesores polacos, y se hizo notar por su extrema facilidad en aprender el griego, el latín y las lenguas modernas, y también las ciencias exactas, la química, la física y la metalurgia, porque en esta época existía en San Petersburgo una Academia de ciencias, instituida según el plan de Leibnitz; pero el rector Schumacher, alemán de nacimiento y de simpatía, y sus compatriotas hicieron de esta Academia una especie de granja explotada por ellos, con exclusión de los rusos y de los eslavos en general. Así Lomonogov recibió una acogida poco grata, porque se le temía á causa de su instrucción sólida y variada y por su patriotismo, y se le alejó de la capital con el pretexto de misiones científicas, y por no recibir exactamente su pensión; reducido casi á la miseria, abrumado de trabajos, llegó á sus oídos la noticia de una victoria alcanzada por los rusos contra los turcos, que perdieron la plaza fuerte de Khotina, en Besarabia, en el año 1739, y escribió con este motivo una oda, que envió á San Petersburgo, que produjo un entusiasmo inmenso.

Parece que más que las ideas, que no eran extraordinariamente bellas, hirieron la imaginación de todo el mundo el estilo, la armonía de los versos, la corrección esquisita y la varonil energía de las expresiones. Todo el mérito de Lomonogov consiste, según el juicio de un literato ruso, en haber rehabilitado, desprendiéndola de la mezcla de accesorios heterogéneos, la lengua eslava, para

- (1) *El mágico prodigioso*, Jornada I, Escena I.
- (2) *La hija del aire*, primera parte, Jornada III, Escena XIX.
- (3) *Peor está que estaba*, Jornada II, Escena VIII.

devolverla su pureza primitiva, porque habiendo aprendido á fondo el eslabon litúrgico en las escuelas de los monges del rito griego-eslavo, el polaco en Kiev, el tchéque en Bohemia, tuvo á su disposición las obras numerosas de estas tres lenguas hermanas de la suya, y con estos recursos auxiliares, agregados á los que le brindaba su conocimiento del griego, del latin, del alemán y del francés, ofreció sus producciones rusas, en prosa y en verso, como modelos de elocuencia nacional. La gramática rusa coronó la obra, y desde entonces la lengua elegida y depurada por Lomonogov, adquirió el derecho de ciudad en la república de las letras del mundo eslavo.

No puede ser más humilde el origen de esta lengua que hoy es soberana en el más vasto Estado del globo. Los eslavos la nombran *moscovita*, porque como lengua del pueblo iletrado no se extiende más allá de los límites del territorio de Moscow, Davijdorv, difunto presidente de la Academia de San Petersburgo, y autor de una gramática comparada de los idiomas rusos, hizo observar, que al Norte de la ciudad de Moscow, á algunas leguas de distancia solamente, el pueblo de los campos habla el dialecto de Novogorod; al Sur el dialecto de Razane; al Este el dialecto de Uladimiro, y al Oeste, el dialecto de Esmolensko, que todos difieren más ó ménos del moscovita. La diferencia estriba principalmente en la pronunciación de las consonantes; en Tver, todos estos matices se fusionan para formar un lenguaje misto.

El idioma moscovita parece que era entonces el más pobre en monumentos literarios, comparado con todos los idiomas eslavos, porque los Mongoles y sus sucesores no dejaron ninguna especie de bellas letras, sino algunos cánticos de iglesia y tratados religiosos revestidos de un carácter austero, sombrío y ascético. Los cuentos del pueblo inculco se consagraban sobre todo á exaltar el triunfo de la fuerza brutal.

Los dialectos de Kiev ó de Vilna, que hablaban los pequeños rusos, ó los ruthenos de las provincias polaco-lituanenses, eran más ricos en poesías y en crónicas; poseían elementos de literaturas, eminentemente nacionales, y un repertorio abundante de cantos y de relaciones especiales; pero no era posible conciliar entonces el régimen absoluto de la Rusia con las aspiraciones á la independencia, que son el alma de los caballeros de los poemas de la Okrania, ó con los sentimientos de mansedumbre y de justicia que caracterizan los héroes de las fábulas ruthenas.

Lomonogov, despues del éxito de su oda, fué recibido en la corte, nombrado consejero de Estado, condecorado y patrocinado por las czarinas que sucedieron á Pedro I. Profesor de química en la Academia de San Petersburgo, en los ocios que le dejaban la publicación de sus trabajos sobre la metalúrgia y la astronomía, se consagraba con ardor á la poesía y á la elocuencia panegírica. Hizo muchas odas enalteciendo á los príncipes y á las princesas de la dinastía de los Czares, imitador de la *Nennada* de Voltaire, dejó dos primeros cantos de una epopeya heroica, titulada *Pedro el Grande*, y dos tragedias, *Themira y Selim* y *Demofon*. Aun ejercen influencia estas obras, donde estudian la lengua las personas cultas. La literatura fué protegida en la corte, sobre todo por las mujeres que reinaron despues de Pedro I, Catalina I, Ana, Isabel, y, sobre todo, Catalina II. No se cuidaban estas emperatrices de instruir al pueblo, pero deseaban estar al corriente de los progresos, de las ciencias y de las letras de la Europa civilizada.

Pero los espíritus previsores adquirieron pronto la convicción de que, en el pensamiento de Pedro I y sus sucesores, la literatura y los sabios no son más que una pieza de las ruedas del Estado subordinada á los caprichos del Gobierno. Entonces tambien Dachkova, Galitsin, Tourgonier, y otros espíritus nobles y liberales, como en nuestros días Hertenzen y sus amigos políticos, se encontraron aislados, desterrados y perseguidos.

Este fué el principio de la literatura rusa, que comenzó por imitar los modelos extranjeros, y por esta razón quedó incomprendible para la mayoría del pueblo ruso. Ella gravitó, por decirlo así, toda entera al rededor de su centro, el trono de San Petersburgo, y alcanzó un notable grado de desarrollo hacia el fin del reinado de Catalina II.

Uno de los escritores más notables, segun la opinión de M. Chodzko, es el poeta lírico Derjavine; su estilo puro, y elegante con extremo, aunque en el fondo de sus composiciones se le juzga poco nacional, solo es ruso cuando se apasiona y olvida sus modelos extranjeros. El mismo crítico atribuye más originalidad á las comedias en prosa de von Viezen, aunque las bellezas de su estilo son inferiores á las odas de Derjavine, pero se encuentran ya huellas de este arte de castigar las costumbres, que más tarde, bajo la pluma de Griboiedor y de Gorgot merecerá tan bien de la moral pública.

Ved lo que dice un eminente publicista ruso: «La poesía iria y pomposa de los ditirambos y de los panegíricos calcados sobre el latin, el alemán y el francés, no podía ser popular.

Derjavine, muy apreciado en las altas escuelas, y entre el clero, era en la sociedad mucho más respetado que leído. El primer éxito profundo, serio pertenece á las comedias de von Viezen, escritas hacia el medio del reinado de Catalina II.

Habiendo pasado mucho tiempo en la emba-

jada rusa en París, von Viezen no podia contener su gracia satírica en el espectáculo de esta sociedad medio-bárbara afectando las apariencias de una sociedad refinada. Se asombraba de reir, viéndose ridiculizado. El éxito de su *Brigadier* fué inmenso. Su comedia posterior, *Nicrodott* (el Menor) vale más como cuadro de costumbres de la nobleza rusa reformada por Pedro I. Esta primera risa, porque las sátiras de Cantemir no eran más que imitaciones, resonó á lo léjos, y fué á despertar toda una falange de grandes cómicos que reían á través de las lágrimas, á las que la literatura debe sus más notables éxitos, y la más grande parte de su influencia en Rusia. La risa, esta flagelación de nosotros mismos, ha sido nuestra espacion, la sola protesta, la sola venganza posible, y esto en límites muy estrechos. El grito de la rabia tomó la máscara de la risa.»

La ironía rusa de von Viezen, tenia una fisonomía indígena. El poeta no tiene ninguna necesidad de recurrir á la ficción. No dejará de producir efecto, si él observa bien la estraña fantasmagoría de los personajes y de los hechos que se agitan á su rededor bajo el cielo de Rusia y que él los reproduce conservando á cada tipo su aspecto y su lenguaje. Se dice que Colovei, en los cuentos véliko-rusos, espanta al viajero imitando tan pronto el canto de un ruiseñor, como los silbidos de un vípero, ó los rugidos de un oso.

La época de Alejandro I fué la más rica de la literatura rusa. Su reinado comenzó en el momento supremo en que las ideas regeneradoras [del 89 y las victorias maravillosas de Napoleon, abrían á los ojos de la humanidad horizontes desconocidos. Se creía ya, se abrigaba en San Petersburgo la convicción de que los intereses nacionales serian atendidos, repudiando lo que habia de anti-eslavo en las instituciones importadas de los pueblos extranjeros por Pedro y por Catalina, y que la Rusia iba á entrar en las vías intelectuales y morales de las naciones civilizadas. El jóven Czar parecia alentar las aspiraciones á las reformas de las clases más cultas de la sociedad, á satisfacer las necesidades materiales y morales, y su noble inteligencia y su corazón generoso, daban confianza á la Polonia, de que reconstituiria su nacionalidad, condenando el crimen político perpetrado por su abuela. Hasta entonces en Rusia se prohibia hablar expresamente de los actos públicos y privados de los príncipes que habian reinado, y la relación de estos actos formaba parte de los archivos secretos del Estado. La censura de las autoridades impedía que las mismas crónicas fuesen redactadas con imparcial justicia, y eran sóbrias de detalles. Alejandro I realizó algunas mejoras en el sistema de la instrucción pública, creó en 1803 una plaza de historiógrafo del imperio, y eligió á Karancini, publicista distinguido de Moscow, y es conocido por sus artículos insertos en las revistas y periódicos científicos, y por sus viajes á Europa. Nueve volúmenes de la historia de Rusia, que publicó despues de muchos años de investigaciones asíduas y de un trabajo perseverante, justificaron la elección del emperador. Su historia mejor alcanzó al año 1524. Es considerado como el mejor historiador de su tiempo, y sus poesías son juzgadas superiores á las de los poetas del siglo precedente, porque tendieron á inspirarse en el hogar doméstico, reproduciendo la vida de familia, y tambien los aspectos pintorescos de la naturaleza local, ó las tradiciones orales del país.

Joukonski, Batinchkov, el príncipe Biazenski, y otros literatos participaron en los sucesos de 1812. El primero hizo conocer las obras maestras del romanticismo inglés y alemán, traduciendo á Goethe, Schiller, Thomas Moro, y otros muchos autores entonces en voga, y reprodujo felizmente las bellezas de la poesía popular de los Eslavos. El segundo conservó un justo medio entre el clasicismo y el romanticismo, y escribió las más bellas de sus páginas durante la marcha victoriosa de las tropas rusas en 1814. El príncipe Biazenski conquistó el primer puesto entre los críticos de su país, publicando juiciosas apreciaciones sobre las poesías líricas de Derjavine; las tragedias de Ozeror. El principal mérito de todos estos poetas, como el del fabulista Krylov, fué el de inspirar á sus compatriotas el gusto de los libros rusos. Antes de ellos, los libreros de las dos capitales del imperio no ganaban casi nada, y el publicista Plietrev afirma que todo el mundo admiraba los autores anteriores á Alejandro I, pero que nadie los leía.

Pero todos estos escritores y poetas de la nueva escuela, á juicio de un crítico eminente, fueron eclipsados de repente por Pouchkino, discípulo del Liceo imperial de Trarkoé-Selo, que era la mejor escuela del imperio, dirigida principalmente por profesores franceses, y destinada á formar los jóvenes nobles para la diplomacia y la administración. Pouchkino, poco apto para las ciencias positivas, se hizo notar por la facilidad extrema en aprender las lenguas extranjeras, así como por sus epigramas llenos de sal y de gracia, que él improvisaba contra los superiores del Liceo. El acabó su educación á la edad de diez y ocho años en 1817, en el momento en que los oficiales rusos volvian imbuidos de ideas liberales, y los soldados habian admirado la independencia y el bienestar de la clase agrícola en los países civilizados.

Se esperaba que el emperador Alejandro en pleno goce, que sus ejércitos y su diplomacia al-

canzaron en Francia y en el tratado de Viena acordaria á sus pueblos las libertades de que eran merecedores por los inmensos sacrificios prestados en las aras de la patria. Todas las poesías de Pouchkino en esta época, palpitaban de entusiasmo alimentando esas esperanzas, Prayadel, poeta favorecido por el público. Su poema *Rouslan y Tuzmila*, que dió á luz en 1820, bosquejaba el cuadro de la felicidad que los pueblos eslavos podian dar y recibir, si les hacian libres de desarrollarse en el sentido de las antiguas instituciones.

Pero no vió realizadas tan nobles aspiraciones. Alejandro murió sin haber hecho ninguna de las reformas liberales invocadas por Pouchkino y por sus amigos, que desaparecieron para siempre ametrallados por Nicolás, despues de una desgraciada insurrección en San Petersburgo el 14 de Diciembre de 1825. La mayor parte de los discípulos de Pouchkino en el Liceo, perecieron por la mano del verdugo ó en las nieves de la Siberia. Pouchkino perdió las esperanzas de ver libre y feliz á su patria. Y en uno de sus poemas, que juzga el más bello M. Chodzko, el héroe de *Oneguina*, que así se titula el poema, á pesar de los rayos de luz que reflejan sus páginas, están envueltas voluntariamente en una niebla de escepticismo. Aunque el poema está modelado sobre el *D. Juan de Byron*, el cuadro se distingue por un sello de originalidad que sólo pertenece á Pouchkino.

Uno de los más profundos conocedores de la literatura eslava ha hecho observar, hace algunos años, que ha desaparecido con Pouchkino, y para mucho tiempo. Despues de su muerte, sólo hubo un poeta, Lermontov, cuyos poemas recuerdan los de Pouchkino, y que como él, desalentado y disgustado de la vida, pereció en un duelo. Desde entonces la sávia poética de la literatura rusa, pasó á las novelas. El año mismo que murió Lermontov, aparecieron las *Almas muertas*, del gran novelista Gogot, que hace descender al lector en las humildes esferas de los pequeños empleados en la sociedad de los proletarios, y sus cuadros, trazados de mano maestra, son juzgados irreprochables por su fealdad espantosa y verdadera.

Tchadeiev, á la vista de estas tristes realidades, en sus meditaciones filosóficas, dijo con el acento de un sincero y doloroso patriotismo: «Se diría al vernos que la ley general de la humanidad ha sido revocada por nosotros. Solitarios en el mundo, nada hemos dado al mundo, nada hemos enseñado al mundo, no hemos derramado una sola idea en la masa de las ideas humanas, en nada hemos contribuido á los progresos del espíritu humano, y todo lo que nos ha venido de este progreso, nosotros lo hemos desfigurado.

Nada, despues del primer instante de nuestra existencia social, ha emanado de nosotros para el bien comun de los hombres; ni un pensamiento útil ha germinado sobre la tierra estéril de nuestra patria, ni una sola verdad ha sido lanzada en medio de nosotros.

Nosotros somos del número de estas naciones, que no parecen formar parte integrante del género humano, y que no existen sino para dar alguna gran lección al mundo.»

Bajo la impresion de estas tristes reflexiones han sido concebidas las más bellas novelas de la literatura rusa antes de 1848. La noticia de la revolución de Febrero excitó en Rusia todos los rigores de la censura contra los publicistas y los literatos rusos; hasta condenaba las obras, hasta entonces permitidas, y los delitos de imprenta eran castigados con la muerte ó con el destierro.

Cuando Alejandro II subió al trono, se permitieron publicaciones periódicas, y vieron la luz en Moscow y en San Petersburgo muchas revistas y obras serias sobre la historia y la etnografía nacional.

Se establecieron dos bandos, el uno al frente del otro, cada uno de los cuales pretendia guiar la Rusia á un porvenir brillante. Los partidarios de la civilización moderna, llamados *Zapazniki* (los occidentales), establecidos en San Petersburgo, se proponian que la nación entrase en pleno goce de los beneficios de la civilización europea sin cesar de ser rusa. El otro bando, el de los *eslavófilos*, establecido en la vieja capital de Moscow, sostenia lo contrario. Quería, no que la Rusia renunciase á imitar á la Europa moderna, sino que bebiera sus inspiraciones en la fuente de sus antiguas tradiciones legislativas, comunales y etnéticas más conformes al espíritu del cristianismo.

Poco tiempo duró esta tolerancia. La gran cuestión de la emancipación de los siervos, que produjo casi al mismo tiempo una insurrección en Varsovia, escitó el furor de las persecuciones: la mártir Polonia fué anegada en un mar de sangre, fueron suprimidas las mejores revistas y obras rusas, y los escritores reducidos al silencio y al destierro.

A pesar de circunstancias tan contrarias para el desarrollo de la literatura rusa, encierra un germen precioso de progreso ulterior. La está reservada la noble misión de humanizar al pueblo ruso.

Pero para que este progreso sea fecundo, necesita ser vivificado por el sol de la libertad.

EUSEBIO ASQUERINO.

VANIDAD Y ENVIDIA.

La vanidad es una faz de egoismo y, como éste, recibe tambien á su paso los homenajes del mundo entero.

Ella es el flanco descubierto de los héroes y la fuerza de las almas débiles. Ella ha motivado crímenes atroces, y servido de clave para explicar los desaciertos de los grandes hombres.

La vanidad se apodera de la juventud, y prevaleciendo sobre la voluntad, arrastra á muchos jóvenes al borde de la depravación sin que ellos lo sospechen sino muy tarde, y cuando el camino recorrido es demasiado largo para volver atrás.

La vanidad es la madre de la moda, y la hermana del coquetismo. Su dama de honor es la adulación.

Ella es fuente y raíz de pleitos y peticiones. El miedo le debe á veces la existencia; y, por una singular antítesis, muchos actos de audacia son la obra exclusiva de la vanidad.

La vanidad inmortalizó la locura de Erostrato; fué para Alcibíades el móvil de sus acciones; levantó las pirámides de Egipto y los monumentos de la India; y era el fondo de las costumbres licenciosas de Sibarís.

La vanidad se llamó Narciso, Adónis, Cupido, Vénus... hoy se llama presunción, amor propio... tiene mil nombres.

¡lo anche son' pittore!

«Yo también soy escritor, yo también soy orador, yo también soy rico, yo también soy sabio, yo también soy grande». Así habla la vanidad.

Y nos impele á hacer alarde de talentos que no poseemos; á enseñar lo mismo que ignoramos; á querer levantar un peso superior á nuestras fuerzas naturales; á pretender puestos que no merecemos y empleos que somos incapaces de servir con lucimiento; á ostentar vestidos lujosos y deslumbradores que al día siguiente vendemos con descuento para saldar una deuda.

Todos los disparates que se han dicho, que se han escrito, que se han ejecutado, proceden de la vanidad.

Mi propia vanidad me ha inspirado este artículo sobre la vanidad.

La vanidad se ofende, se irrita y se enfurece por nonadas. ¡Ay! de aquel que hiera la vanidad ajena. La ira de la vanidad es mil veces más peligrosa que la cólera de la mujer necia.

Cuando la vanidad gobierna un pueblo, no consiente que se le acerque una pulga, ni que se le haga la menor censura. De aquí los golpes de Estado, los conatos de despotismo y las persecuciones más ó menos declaradas.

A la vanidad ofendida se refería Córmenin cuando nos daba este consejo:

«Guardaos de ofender á esos gallitos de aldea para quienes el amor propio se despierta y canta antes de amanecer.»

El deseo de hacer viso, que ha multiplicado los Quijotes, no es otra cosa que vanidad.

La vanidad ofendida degenera frecuentemente en violenta y desapiadada envidia.

«La vanidad humana es incurable;» pero hay dos remedios para evitar su contagio:

La HUMILDAD de Jesús;
El *nosce te ipsum* de los antiguos, ó la modestia.

En los pliegues de algunos corazones germina, crece y se desarrolla una pasión terrible y desastrosa. Larva que siempre roe, fuego abrasador que jamás consume, serpiente venenosa que muere, martiriza y desespera al infeliz en cuyo seno llegó á alojarse.

Es la envidia.

La envidia es para el envidioso un suplicio atroz; es el buitro que está despedazando sin cesar las entrañas de un verdadero Prometeo.

La envidia es un compuesto de odio ciego, de rabia implacable, de despecho furibundo, de pesar continuo.

La envidia ha declarado guerra sin tregua ni descanso á todo lo bueno, á todo lo grande, á todo lo bello.

Ella, despertando la codicia rapaz, fundó la conquista y estableció la esclavitud; ella es el más enérgico estimulante del asesinato y del robo; ella dió forma y poder á la opresión.

La envidia dirigió el brazo de Cain; hizo de Saul el enemigo encarnizado de David.

En Grecia desterró de su patria al justo Aristides, propinó la cicuta á Sócrates y á Focion, y mató á Filópenes y Arato.

En Italia hizo decapitar al ilustre Ciceron.

En España inmoló al heroico Viriato en sus sangrientas aras.

Ella suministró para Bonaparte un carcelero como Hudson Lowe; ella sacrificó al sabio Cálidas; ella persiguió alevosa y cruelmente al libertador Bolívar.

La envidia de los doctores decretó la muerte del Redentor.

Para la envidia todo es malo, defectuoso, insípido; solamente sus propios hechos llevan el sello de lo perfecto y de lo inmejorable.

La envidia percibe manchas en la luz, y sombras en el disco del sol.

Dando al grano de mostaza que ve en un cristal las dimensiones del elefante, grita en todos los tonos y con aire de triunfo: «¡Mirad!»

Volcan en ignición, está siempre vomitando torrentes de lava destructora; y sus vapores que atosigan, condensándose en las alturas del mundo social, se disuelven luego en catástrofes horrosas que llevan el luto y la tristeza al individuo, á la familia y á la sociedad.

La envidia permanece en ocasiones disimulada pero latente; y si estalla se presenta con los atavíos de calumnias, difamaciones, sarcasmos, chismes é intrigas, según las circunstancias.

La envidia ha producido la falsa crítica y á los Aristarcos vergonzantes.

La envidia, como los demonios, tiene sus horas de carcajadas frenéticas y estrepitosas, sus momentos de regocijo infernal: cuando ha conseguido cortar las alas al genio, ó minar una reputación bien cimentada, ó volcar de su puesto á una personalidad eminente...

Para preservarse de la envidia no hay más que un recurso, uno solo, pero de eficacia infalible: la *Caridad*, es decir, el Amor universal.

Preguntóse á un joven bien nacido: ¿Quiéres ser vanidoso ó envidioso?

—«Ni lo uno, ni lo otro», contestó.

MANUEL ANTONIO HERNANDEZ.

(Antioquia).

SOBRE EL SIGNIFICADO DE LOS MODOS

ADVERBIALES A PRIORI Y A POSTERIORI.

Sin afirmar yo que la definición etimológica de una palabra coincida en todo y por todo con la que el uso le ha concedido, sí creo que á menudo conviene con ella en lo sustancial. La palabra rival, por ejemplo, viene del adjetivo latino *rivalis*, que, según Ulpiano y Arron, designa en el Derecho Romano á los que disputan entre sí por el uso del agua de un arroyo común. A pesar de la gran distancia que media entre esa acepción y la actual, preciso es confesar que los que hoy son rivales, continúan contendiendo por una misma cosa, aun cuando esta ya no sea el agua de un arroyo.

La expresión latina *a priori*, entiendo que expresa dos ideas: la de prioridad y la de origen ó procedencia connotada por la preposición propia *a*. De suerte que traducida literalmente significa *de lo primero, de lo anterior*. Al apoderarse de ella la Ideología y la Lógica, le han conservado estos dos conceptos relativos, cuyo análisis nos toca hacer, inquiriendo desde luego qué linaje de prioridad expresa el presente tecnicismo.

Si se trata de verdades, me parece que se llaman *a priori* las que ocupan el primer lugar en el orden de ideas á que pertenecen. Su prioridad consiste en la absoluta independencia que ha de distinguirlas y también en su fecundidad. Su independencia debe ser tal que conquisten nuestro asentimiento sin necesidad de pruebas ni de inferencias semejantes á los astros que brillando con luz propia no han menester que otros los alumbré. En este número se hallan comprendidas las verdades conocidas por intuición, ya pertenezcan á las ciencias exactas, como el axioma; dos cantidades iguales á una tercera, son iguales entre sí; ya al orden ontológico, como el principio llamado de contradicción: imposible es que una cosa sea y no sea á un mismo tiempo; ó ya, por último, al orden moral como esta proposición por todos conocida; todo bien verdadero es apetecible.

La certidumbre, que es la seguridad plena de poseer la verdad, es universal y constante, no solo cuando se adquiere á la luz de la evidencia inmediata, sino también cuando otros criterios abonan el acierto de nuestros juicios. Que todo bien verdadero sea apetecible, es una verdad evidente; porque basta conocer la significación de los términos, para percibir con perfecta claridad la conveniencia del atributo *apetecible* con el sugeto *bien verdadero*, y sabido es que en esta percepción clara estriba el criterio de la evidencia. Pero si de las regiones del entendimiento descendemos al fondo de nuestra conciencia, advertiremos que la proposición anterior, puramente especulativa, se convierte en esta otra enteramente práctica: el hombre desea ser feliz; cuya verdad queda fallada en el tribunal inapelable del sentido íntimo.

Hay notable diferencia entre este criterio y el de evidencia inmediata: por la evidencia percibimos la verdad; por el testimonio de nuestra conciencia, la sentimos. No dudamos ni por un momento que todo bien verdadero sea apetecible, porque aun cuando no quisiéramos, advertiríamos el enlace necesario de las ideas; mas si afirmamos que el hombre desea ser feliz, es porque sentimos desde la primera alborada de la vida hasta su último crepúsculo, la dulce necesidad de ser dichosos. Pero para señalar todavía más la diferencia que hay entre las verdades de evidencia inmediata y las de sentido íntimo, haré notar que en las primeras todo es luz desde el momento en que se ha fijado con entera claridad la significación de las voces; si, por acaso, hay quien no asienta desde luego á algun axioma matemático, de seguro que hay oscuridad en la manera de enunciarlo, y en tal caso, es indispensable hacer las correcciones necesarias.

Pero cuando se trata de verdades testificadas por el sentido íntimo, casi siempre queda una parte de ellas envuelta en el misterio; casi todas encierran problemas insolubles que en vano fatigan á la triste humanidad. Sea que asistamos á algun acontecimiento interesante que tenga por teatro nuestra alma, sea que nuestro espíritu sienta alguna necesidad que establecer, siempre tendremos delante un cuadro que ofrece á nuestra con-

templación el claroscuro más perfecto. Si por una parte tenemos la certeza completa de ese hecho ó de esa necesidad, por otra no acertamos á explicar lo que pasa dentro de nosotros mismos. ¿Quién no siente la necesidad de ser feliz? Sin embargo, los hombres, en su mayor parte, ignoran en qué consiste la verdadera dicha, hasta el punto de ser para ellos tan difícil de definirla como es para todos alcanzarla. ¿Quién no experimenta el sentimiento íntimo de su libertad? ¿Quién no advierte en innumerables casos la compatibilidad de sus actos con la posibilidad de omitirlos, ó de verificar otros opuestos ó distintos?

Y con todo, ni aun en la definición misma de tan preciosa facultad se han podido poner de acuerdo las escuelas filosóficas. Lejos de caminar unidas al compás de iguales convicciones, han extremado el rigor de la anarquía hasta el punto de negar un hecho en cuyo favor depone la conciencia del género humano.

Así pues, mientras la evidencia no consiente ninguna sombra, el sentido íntimo deja en misteriosa penumbra mucho de lo que pasa dentro de nosotros mismos.

Sin embargo, esos hechos psicológicos son completamente ciertos, á pesar de la osuridad que los rodea y á despecho de la filosofía cavilosa que niega algunos de ellos.

Y como obtienen nuestro asentimiento sin necesidad de pruebas ni de inferencias; como son también fecundos veneros de donde nacen innumerables conclusiones, llevan, en mi concepto, claramente impresas las señales que son propias de las verdades *a priori*. Y en efecto, lo mismo en el lenguaje vulgar que en el filosófico, y esto hace mucho al caso, se llaman por todos verdades *a priori*.

Igual nombre merecen aquellas otras á las cuales asentimos por una especie de instinto intelectual, como llama Balmes al sentido común. Basta tenerlo, para asegurar que un puñado de caracteres de imprenta arrojados al acaso, no nos darán ni un verso de Virgilio, ni la fórmula algebraica más sencilla. Y no obstante, si esto acaeciera, el caso sería maravilloso, inexplicable; pero no de aquellos que envuelven contradicción y que ni siquiera es dado concebir, así como es imposible imaginarse un círculo cuadrado ó un cuerpo sin extensión. Lo cual muestra que la certeza del hecho que nos sirve de ejemplo, no está basada en el enlace necesario de dos ideas, ni se prueba en el crisol de la evidencia tal como la entienden los lógicos, sino simplemente en el del sentido común. Mas como la verdad de que vengo hablando no necesita de prueba, y en el orden de ideas á que pertenece no se subordina á ninguna otra, según mi definición debe ser de las llamadas *a priori*; y realmente con entera propiedad se dice que puede afirmarse *a priori* la imposibilidad á que se refiere el ejemplo mencionado.

De lo expuesto se desprende que no solo son verdades *a priori* las evidentes y necesarias, sino todas aquellas que brillando con luz propia, no necesitan tomarla prestada de ninguna otra. Esta completa independencia que forma su carácter distintivo, ha dilatado los términos señalados á la extensión de la frase *a priori*, y se ha aplicado á toda noción que en determinado orden de ideas se ofrece á nuestra mente en primera línea, sin que otra le sirva de antecedente. En el cálculo, por ejemplo, se dice que se dan *a priori* todos los valores numéricos que solo dependen del arbitrio del calculador, pero no de alguna otra cantidad. En una obra de geometría que tengo á la mano, leo lo siguiente:

«En la síntesis, la gerarquía de los lugares geométricos, es determinada por el número de puntos, cuya situación es conocida; mientras que el análisis alcanza el mismo objeto por medio de unas ecuaciones en las que los coeficientes son dados *a priori*;» ahora bien; estos coeficientes son cantidades constantes cuyos valores numéricos no dependen de ningún otro.

Puntualizando más estas consideraciones, pienso que también puede llamarse *a priori* toda noción cuya verdad es hasta cierto punto convencional. Y como las matemáticas ofrecen ejemplos numerosos de este linaje de verdades, acudiré á ellas para tomar alguno que sirva á mi propósito.

Sabido es que admitidas las cantidades infinitamente pequeñas, se ha convenido en considerar al círculo como polígono de infinitos lados, infinitamente pequeños; el cual no habría aumentado el número, ya muy crecido, de las ficciones geométricas, sin la teoría de los infinitesimos, cuya existencia, si bien justificable en el tribunal de la lógica, no pasará nunca del orden puramente subjetivo al real ó objetivo.

Pero esta ficción bastante fecunda en aplicaciones, tan lejos está de poder demostrarse, que antes se la considera como contradictoria, porque toda cantidad envuelve la idea de límite, y lo infinito la excluye; es por lo mismo imposible la existencia real de ninguna cantidad infinita, ora sea infinitamente grande, ora infinitamente pequeña. Si los matemáticos les prestan una existencia verdaderamente convencional y ficticia, es para llegar por su medio á relaciones tan importantes y trascendentales como la del coeficiente diferencial. Mas destituidas estas cantidades subsidiarias de todo fundamento que demuestre su existencia real, no pueden considerarse mas que como un artificio lógico cuya verdad, esencialmente relativa

é hipotética, no admite ninguna prueba y sólo puede establecerse *a priori*.

Por todo lo expuesto, creo que la definición del modo adverbial *a priori* puede ser esta: modo adverbial tomado del latín. Se aplica á los principios cuya verdad se admite sin prueba y que generalmente son conocidos por intuición.

Casi todos los lexicógrafos que he consultado consideran las verdades *a priori* como principios evidentes que no han menester ser demostrados, ó bien como verdades puramente especulativas independientes de la observación y de la experiencia, ó como afirmaciones absolutas que, por lo mismo de serlo, no se derivan de ninguna otra.

Ha acaecido respecto de esta locución que la extensión de su significado ha llegado á ser tan amplia, que en ella caben holgadamente acepciones enteramente opuestas. La Real Academia Española, en la excelente definición que da de este modo adverbial en la letra A de su Diccionario, dice que se aplica, «á los juicios y resoluciones que se fundan en suposiciones ó conjeturas, no en hechos conocidos y probados;» y según el Diccionario de la Conversación, *razonar a priori* «es fundar el razonamiento en hipótesis ó en sistemas creados por la imaginación y no en hechos positivos y ya demostrados.» De esta suerte procedían los antiguos en el estudio de las ciencias naturales ó físicas. Si querían explicar un fenómeno, léjos de acudir á la observación y á la *experimentación*, pedían á su ingenio un esfuerzo y fingían alguna hipótesis plausible á veces, á veces monstruosamente absurda; pero en todo caso el resultado de cavilaciones y sutilezas que nada aprovechaban á la ciencia. Frecuentemente sus teorías eran algo más que simples hipótesis; vestían el ropaje de la época, el dogmatismo despótico de filósofos engreídos con sus opiniones y desvanecidos con su ciencia. De aquí provenía que tuvieran por demandada é irreverente toda laudable curiosidad. Así eran como corrían por leyes de la naturaleza los engendros de inteligencias superiores, pero enteramente descaminadas, así también reinaba la autoridad en donde solo debía imperar la razón; y la abstracción y la deducción usurpaban su natural señorío á la observación y á la generalización de la experiencia. Así me expresaba yo hace pocos años al hablar de ciertas escuelas filosóficas; y si hoy he repetido mis propias frases, es porque no me ocurría ejemplo más apropiado de las nociones *a priori*, tal cual las define nuestro Diccionario.

Por lo que mira á la definición propuesta por mí, he procurado que desaparezcan de ella todas las diferencias que separan á unas escuelas de otras, para reunir á todas en un acuerdo común; pero sin exigir de ninguna transacciones imposibles. Para conseguirlo me ha bastado colocarme bajo el punto de vista lógico, sin empeñarme en el intrincado laberinto á que me hubieran conducido consideraciones puramente psicológicas ú ontológicas.

Por esto no aludo ni remotamente á las ideas innatas de los platónicos, ni á las especies impresas y expresas de los escolásticos, ni á las ideas conocidas en Dios mismo, de Mallebranche, ni á las categorías de Aristóteles ó á las nociones de *receptividad* de Kant. Si la locución *a priori* tiene esos y otros significados, deberán hacerse constar en un Diccionario especial de ciencias filosóficas, pero no en el de la lengua vulgar. Y esto, no solo porque se hallarían allí fuera del lugar que les corresponde, sino por estar vigente el acuerdo de la Academia que prohíbe discutir tecnicismos que no hayan pasado al dominio del vulgo.

Me parece que no está comprendido en esta proscripción el modo adverbial *a priori* según lo he de definir. Los principios á los cuales se aplica, se consideran bajo el punto de vista de la inferencia, y la prioridad que se les concede es de origen, no de tiempo, como la que conviene á las ideas innatas ó bien á las especies impresas de los peripatéticos.

La acepción que propongo es ya del dominio del vulgo; si por vulgo hemos de entender, no á la gente zafia é ignorante, sino á la culta é instruida, pero no versada en las ciencias filosóficas. Hace poco cité al autor de una Geometría sintética, y ahora se me ofrece el siguiente pasaje de la Mecánica Racional escrita por Delaunay: «Las leyes de la dinámica, dice este sábio, se han establecido partiendo de cierto número de principios ó verdades fundamentales, cuyo conocimiento lo hemos obtenido por la observación de los hechos. Estos principios, que solo llegan á cuatro y que sucesivamente enunciaremos en este capítulo, no son de evidencia absoluta... Por lo mismo la verdad de estos principios no es reconocida de un modo absoluto *a priori*.» Luego para llevar este nombre deberían ser verdades evidentes que no necesitarían probarse por la observación. Con la acepción dada por Delaunay coincide la que Littré adopta en su Diccionario de la lengua francesa y que copio en seguida: «*Priori* (A.) loc. adv. Término de Lógica. Según un principio anterior admitido como evidente.» No difiere de esta definición la que da Alberti, y es como sigue: «Expresión latina que se emplea en términos de Lógica. Demostrar una verdad *a priori*: según un principio anterior, evidente de donde se deriva.» Sustancialmente están conformes con las anteriores las que dan el Diccionario Universal de la Lengua Castellana publicado por D. Nicolás Serrano y el

«Diccionario Enciclopédico de la Lengua Española por una sociedad de personas especiales,» ambos impresos en Madrid. Y como la que someto al juicio de la Academia no se aparta en lo sustancial ni de la que enseñan los lexicógrafos más reputados, ni de la significación que buenos autores atribuyen á la locución *a priori*, puedo desechar el temor de que solo exrese mi opinión particular.

Poco importa que alguna escuela filosófica niegue la existencia de toda noción *a priori*, es decir, de todo conocimiento independiente de la observación. Porque aun suponiendo que esto sea cierto, aun concediendo que los axiomas cuya evidencia es inmediata también deban su certeza á la experiencia, todavía sería verdadero que la locución *a priori* significa en el lenguaje científico una verdad que se admite sin pruebas y que casi siempre se conoce por intuición. Aun esa escuela á que estoy aludiendo, no niega que haya axiomas, es decir, verdades que no necesitan demostrarse. Sostiene que el axioma expresa un hecho observado por nosotros desde nuestra infancia de un modo tan invariable y constante, que, sin esfuerzo alguno, llegamos á generalizarlo, en lo cual consiste que le admitamos sin discusión y sin exigir que se nos demuestre.

Llevo andada ya la parte más áspera y quebrada de la senda que me propuse recorrer. Si la Academia aprueba la acepción que en mi concepto tiene la locución *a priori*, cuando se habla de verdades ó principios, virtualmente acepta la que corresponde á este modo adverbial, cuando por él se designa cierto género de demostración, y que podría redactarse en esta forma: *A priori*: mod. adv. tomado del latín. Se aplica á las demostraciones rigurosamente deductivas que están fundadas en verdades *a priori*. Aunque bien pudiera sustentarse la bondad de esta definición citando numerosos ejemplos de razonamientos *a priori*, me bastará recordar que las demostraciones son de la misma condición que sus premisas y comparten con ellas un mismo nombre. Y así serán respectivamente Teológicas, Filosóficas ó Matemáticas según que la Teología, la Filosofía ó las Matemáticas proporcionen los dogmas, principios ó teoremas que han de servir de base al raciocinio.

No es ménos evidente que las demostraciones *a priori* son por su misma índole esencialmente deductivas. Pues es sabido que los principios establecidos *a priori* son siempre proposiciones universales de las cuales pasamos á otras ó ménos universales ó particulares, y cabalmente en este modo de proceder estriba el método deductivo. Lo contrario acontece en el inductivo, en el cual, de hechos particulares suficientemente observados, se llega á leyes generales.

La Filosofía Escolástica ha dado otra definición de la demostración *a priori*, la cual, expresada con la exactitud y concisión propias de aquella escuela, podría decirse que es el razonamiento por el cual se prueba el efecto por la causa. Me abstendré de citas numerosas y que están por demás en este lugar; solamente observaré que el Diccionario de la Conversación señala lugar preferente á la definición anterior, y que esta concuerda con la del pequeño diccionario de tecnicismos teológicos intitulado *Explicatio terminorum ad mentem Divi Thomae*, publicado en esta capital por un religioso carmelita.

Admitida y definida en nuestro Diccionario la locución *a priori*, su correlativa *posteriori* debe incontestablemente ocupar en las columnas de ese libro el lugar que ya le tiene ganado el frecuente uso que de ella hacemos. Creo, por tanto, que es necesario proponer á la Real Academia las definiciones de este modo adverbial que más se compadecan con la índole de su Diccionario. Ya se deja entender que, á mi juicio, estas deben ser las que formen antítesis perfecta con las que he dado de la expresión latina *a priori*. Y así la demostración *a posteriori* será un razonamiento rigurosamente inductivo que se funda en hechos suficientemente observados. Esta definición coincide en lo sustancial con la de un profundo pensador cuyo talento y saber todos reconocemos y admiramos.

Además de la significación que da la Real Academia á la locución *a priori* en la letra A de su diccionario, enseña otra en la letra P, que es del tenor siguiente: «Frase latina que se aplica á las deducciones que se hacen de verdades anteriores, más altas y ya conocidas.» Tengo para mí que la definición en los términos en que está concebida, consiente y aun reclama alguna enmienda. Y si por una parte me debiera apartar de proponerla el respeto con que he recibido desde niño las enseñanzas de la Academia Española, por otra me impulsa á ello la misma sábia Corporación que se ha servido pedir á cada uno de nosotros las enmiendas y adiciones que á nuestro juicio deban hacerse al Diccionario, á fin de que la edición próxima alcance la mayor perfección posible.

Si no me equivoco, las tres últimas palabras de la definición están de más. La circunstancia de ser conocidas las premisas no es señal que distinga la demostración *a priori* de la que no lo es.

En todo raciocinio, ya sea deductivo ó ya inductivo, nuestro punto de partida debe ser alguna verdad que nuestra inteligencia perciba claramente, porque es imposible otro proceder en operaciones intelectuales cuyo único objeto es poner de manifiesto lo que está oculto é ignorado. Inférese de aquí que la necesidad ineludible de ser conocidas las premisas, común á todo género de

demostración, no es el carácter distintivo de la demostración *a priori*, y por lo mismo tampoco puede ser la diferencia propia de su definición.

Me ocurre además que el adjetivo *altas* aplicado al sustantivo verdades, es sinónimo de profundas, y las verdades profundas, léjos de ser inmediatamente perceptibles, requieren á veces detenida y prolija meditación, para llegar á ser comprendidas. Mas si ha de subsistir la definición en cuyo análisis nos ocupamos, tampoco la prioridad de origen convendrá ya á las nociones *a priori*, porque siendo verdades altas las premisas de deducciones hechas *a priori*, serán difíciles de alcanzar, según la tercera acepción que da la Real Academia al adjetivo *alto*, *alta*, y nos hallaremos en la necesidad de acudir á otras que se presenten primero á nuestra mente, para obtener por su medio el conocimiento claro y cabal de las que, sin este recurso, habrían quedado fuera de nuestro alcance.

Si no es ya que las deducciones á que se refiere nuestro diccionario, no tomen su nombre en el presente caso del de sus premisas, y que sin ser estas nociones *a priori*, lo sea la demostración. Pero en este supuesto, no veo que pudiera aducirse, para dar al razonamiento un nombre que rehúsan las proposiciones que lo constituyen.

Tales son las consideraciones que me ha sugerido la segunda definición que da la Real Academia de la locución tantas veces mencionada. Las someto, á su exámen y atinado juicio, no como impugnación, ménos aún como censura de la doctrina que enseña un cuerpo tan respetable, sino como duda de discípulo estudioso, solícito de ser adocinado por la voz autorizada de sus maestros.

Ni ha sido otro mi intento al expresar en desaliñadas y mal concertadas frases, cuáles son, en mi concepto, las acepciones que corresponden á las locuciones latinas *a priori* y *posteriori*, según se usan en el lenguaje vulgar y en el científico.

RAFAEL ÁNGEL DE LA PEÑA.

(Méjico.)

EL COMETA.

Todo París, toda Francia ha visto aparecer súbitamente, en la noche del jueves, un cometa de luminosa cabellera, cuyo núcleo, brillante como una estrella de pequeña magnitud, resaltaba en la claridad crepuscular con más intensidad que todas las estrellas de la misma región del cielo. El nuevo astro ha sido visible á la simple vista en la noche del 23 al 24, y continuará resplandeciendo sobre nuestras cabezas, porque cada vez se eleva más hácia el Norte.

Este cometa, que nos sorprende por su brillo, llega de las regiones celestes australes. Fué descubierta el 29 de Mayo en el Observatorio de Rio-Janeiro, por mi amigo M. Cruls, transmitiendo el emperador del Brasil las primeras observaciones á la Academia de Ciencias. No se suponía que pudiera presentarse tan brillante, y el día mismo de su aparición, anunciaba el Observatorio de París que no sería visible por la noche hasta dos días después.

Vale más templar las predicciones astronómicas de la naturaleza de ésta, que exagerarlas, porque la espectación pública pudiera engañarse por una simple disminución de intensidad en la luz de estos astros misteriosos.

El cometa vuela por el cielo con una velocidad superior á la de la tierra; cuya rapidez, sin embargo, es de 106 060 kilómetros por hora, ó sea de 29, 450 metros por segundo. La ardiente hija del espacio ha pasado cerca del sol el 19 de Junio y se aleja actualmente del sol y de la tierra.

Tenemos á la vista el regreso inesperado del cometa de 1807.

En la noche de ayer ha sido visible á la simple vista desde las nueve y quince minutos, como una estrella de primera magnitud, más luminoso que Regulus, que podía apenas dominar la misma luz crepuscular, y á las tres de la madrugada se le podía aun percibir en plena aurora, á la izquierda de Capella, porque no se pone nunca. La cola media ayer una longitud de 8°, según el cálculo aproximado que he hecho: se extiende realmente en una línea de más de diez millones de leguas; pero no me parece material.

El núcleo es muy brillante y se presenta rodeado de una atmósfera vaporosa de rayos intermitentes. El conjunto de la cabeza afecta una forma elíptica, y la cola parece un chorro de vapor violentamente proyectado. Esta cola está delante del cometa en su movimiento á través del espacio. Visto ahora á la simple vista, dá este astro misterioso la idea de un mundo incendiado, cuyo humo asciende verticalmente (á media noche) casi en línea recta hácia el Norte.

Este vagabundo viajero de la inmensidad, este cometa de 1807, que los astrónomos del primer imperio, entre otros el ilustre Bessel, creían partido para un viaje de 1.700 años, ha vuelto á aparecer súbitamente, sin duda para demostrar á los matemáticos terrestres que debían abstenerse de calcular lo que no es calculable, y sobre todo, imaginar que las cifras tengan un valor personal.

En efecto, ciertos astrónomos han hecho tal abuso del cálculo, que hubieran llegado á desprestigiar la misma astronomía, si nuestra sublime ciencia no les dominara desde su esplendorosa altura. Los métodos matemáticos son comparables

á los molinos; sale lo que se ha puesto, y si el molinero no ha vertido más que cebada ó avena, no saldrá un solo grano de harina de trigo. ¿Qué resultará si no ha puesto más que avena?

Desgraciadamente hay en todos los países astronómicos que pasan su vida haciendo cifras, y que concluyen tomando toda aquella andamiada por el mismo templo de Urania. Se pretende calcular una elipse de la cual no ha podido observarse más que la milésima parte, de la que no se ha visto más que un arco muy corto, que lo mismo puede ser parabólico, que hiperbólico ó que elíptico; es buscar la edad del capitán por la longitud y la altura del barco.

Pero aunque este hijo de las estrellas ha vuelto antes de lo que se esperaba, seguramente no nos hará daño alguno como tampoco nos lo hizo en 1807.

Todo lo que se puede predecir es que nos anuncia una guerra en lo que resta de año, y en esto no se corre peligro alguno de engañarse, porque desde la guerra de Troya nuestra inteligente humanidad no ha conseguido pasar un solo año sin devorarse sobre uno ú otro punto de un irascible hormiguero.

Aun es más seguro predecir un año de fuertes calores y de vinos excepcionales.

El año último, un cometa mucho más importante que éste, cuya cola era más larga que toda la distancia que nos separa del sol (37 millones de leguas), se precipitó como un loco sobre el astro del día, llegando á él con una velocidad de 300.000 metros por segundo, el 28 de Junio de 1880, á las diez de la mañana, y dió la vuelta á la mitad del sol en tres horas, aproximándose hasta 61.000 leguas de su superficie, volando entonces con una velocidad de 400.000 metros por segundo.

El foco solar lanza á su alrededor explosiones de hidrógeno incandescente hasta 80.000 leguas de altura, y el cometa atravesó aquellas llamas sin quemarse y sin ser detenido, ni por la atmósfera incendiada, ni por la espantosa atracción de este globo solar, que pesa 324.000 veces más que la tierra y es 1.280.000 más voluminoso. El calor á que debió estar sometido el cometa excede á toda concepción.

Visto desde este astro, el sol afectaba un ángulo de 88° y presentaba por consecuencia un diámetro 165 veces más grande que el que nos presenta á nosotros: debía brillar en el cielo del cometa como un disco inmenso, cuyo límite inferior estaba aun en el horizonte cuando el borde superior estaba ya cerca del zénit. Cuatro días después, el 1.º de Febrero, el ardiente viajero aparecía á la vista de la tierra, asombrando á los astrónomos de la Australia por el inmenso rastro de luz que desplegaba á través de las constelaciones, y después ha continuado su camino y no ha ocurrido ninguna revolución sobre la tierra.

El 27 de Febrero de 1843 había pasado ya este mismo cometa cerca del astro del día, esta vez á 31.000 leguas solamente, no empleando más que dos horas para rodear todo el hemisferio solar vuelto hácia su perihelio. Al día siguiente, 28 de Febrero, se le vió en medio del día al lado del mismo sol. Su cola media 80.000 leguas.

Se había calculado su período en 376 años y no lo esperábamos hasta el año 2129; ha vuelto súbitamente y sin anunciarse. Ahora hay casi la certidumbre de que vuelve por aquí cada 37 años; no es visible todas las veces en tan buenas condiciones como ahora, pero se le ha podido distinguir ya en gran número de sus vueltas precedentes, siempre espléndido y siempre formidable.

Probablemente es el mismo cometa que se vió en Roma bajo el consulado de Octavio, el año 75 antes de Jesucristo, y que volvió á llamar la atención de los vencedores del mundo, bajo el quinto consulado de Tito el año 73 de nuestra Era. Según las concordancias más probables, es indudablemente el mismo que apareció en Judea en el momento del nacimiento de Jesús y que ha sido llamado por la tradición *La estrella de los magos*.

Los astrólogos anunciaban que cuando volviera la estrella de los magos, el hombre-Dios descendería de nuevo á la tierra para juzgar á los vivos y á los muertos. El astro misterioso ha vuelto, y no tenemos que deplorar ninguna terrible catástrofe.

¿Qué es un cometa?

Es una masa nebulosa extremadamente ténue, cuyo núcleo puede ser sólido ó formado de aerolitos sólidos elevados hasta la incandescencia en su perihelio, pero cuya extensión principal está formada de gas.

Aisladas en las profundidades del espacio, éstas masas toman naturalmente la forma esférica, están desprovistas de colas, de penachos y de cabellera irregular. Cuando llegan á regiones solares, son más sensibles que los macizos planetas á la acción calórica, luminosa, eléctrica y magnética del sol. El cometa se dilata, sus vapores se desarrollan y se escapan en rastros hácia el astro radiante.

Con frecuencia se erizan unos penachos en la cabeza, y á veces se forma un velo múltiple compuesto de una serie de cubiertas sucesivas. Estos gases son rechazados en seguida hácia atrás, mientras el cometa avanza rápidamente en su curso. Parece que la *electricidad* es la que desempeña el principal papel en estos efectos. El cometa cesa desde entonces de ser esférico y se hace oval, alargado en la dirección del sol.

El análisis espectral ha demostrado que estos astros están principalmente compuestos de vapores de carbono, de carbon volatilizado.

¿De dónde vienen? Los unos pueden ser pequeñas nebulosas, atraídas á su paso por el sol en su curso intersidial hácia la constelación de Hércules; los otros, aglomeraciones cósmicas, viajando á través del espacio y llegando á la esfera de atracción solar; otros pueden ser los resultados de explosiones proyectadas por nuestro mismo foco solar; otros pueden también ser restos de mundos destruidos, cayendo en la noche eterna, hasta que una nueva atracción los recoge á su paso y los arroja en los crisoles de la vida.

Todo invita á pensar que existen diseminados por las playas planetarias, flotando sobre las olas etéreas, algunos cometas dislocados, restos de los naufragios que han podido sufrir tantos millones de mundos, impotentes en su mayor parte para llevar á término su travesía. Sin embargo, semejantes fragmentos, más ó menos disgregados, no vagan al azar por el espacio, se mueven en órbitas, cuya forma depende de las modificaciones que las acciones perturbadoras han ocasionado á su velocidad primitiva.

El número de cometas que penetran en nuestro sistema, es, según todas las probabilidades, tan inmensamente grande, que desde los centenares de millones de años que se puede asignar á la duración trascurrida de este sistema, deben estar surcados los espacios interplanetarios de una multitud prodigiosa de corrientes de materia, de cometas desagregados, de fragmentos de cometas con que las tierras del cielo deben tropezar con frecuencia. Millones de cometas nadan sin cesar á nuestro alrededor en el océano etéreo.

Se comprende qué inesperado interés presenta el estudio de estos astros, que eran antes el terror de la humanidad, y que á los ojos de muchos astrónomos modernos habían descendido súbitamente bajo cero, llamándolos unos *nadas invisibles*, y otros *nihilidades cabelludas*. Están, sin duda, destinados á revelarnos gran número de misterios sobre el gran problema del origen y del fin de las cosas.

CAMILO FLAMMARION.

Autorizados por nuestro distinguido amigo el Sr. Zugasti, tomamos de su notabilísima obra *El Bandolerismo*, la parte que se refiere al secuestro de dos súbditos ingleses, cuyo suceso hubo de llamar por entonces poderosamente la atención pública, en la seguridad de que nos lo han de agradecer nuestros suscritores:

SECUESTRO

DE LOS SEÑORES D. JUAN BONELL Y SU SOBRINO D. JUAN ANTONIO, SÚBDITOS INGLESES.

CAPITULO PRIMERO

LA EMBOSCADA.

En la tarde del día 21 de Mayo de 1870, salieron de la plaza de Gibraltar los Sres. D. Juan Bonell y su sobrino don Juan Antonio, del mismo apellido, para dar un paseo á caballo, según su costumbre, por el camino de la Tunara y en dirección al cortijo de Savá, á cuya entrada conduce un estrecho paso.

Cuando ya se hallaban en la referida angostura, salieron súbitamente á su encuentro dos hombres, uno á caballo y otro á pié, los cuales habían estado ocultos en un rincón del pozo, que se halla situado frente á la puerta principal del referido cortijo.

El de acá, apuntándole con su retaco, les intimó á que entrasen en la heredad mencionada, y por más que su primer intento fuera espolear sus caballos, los jinetes renunciaron á su propósito, cuando al volver el rostro, advirtieron que el de á caballo les apuntaba también por la espalda.

En tales circunstancias, los Sres. Bonell no tuvieron medio de resistir á tan inesperada situación, y por lo tanto, cediendo á ella, entraron en el cortijo, en cuyo patio vieron otro hombre armado y á caballo que parecía ser el jefe de aquella gente, á juzgar por las órdenes que con voz imperiosa daba á sus compañeros.

Los Sres. Bonell, con la sorpresa é inquietud que fácilmente se comprende, permanecieron algunos momentos en el patio, hasta que el jefe les mandó que se apeasen, lo cual verificaron sin proferir una palabra.

Enseguida aquellos hombres condujeron los caballos á la cuadra, mientras que otros, también armados, cercaban todas las puertas, llevándose á la carbonera, en donde los dejaron encerrados, al mozo del cortijo y á la casera, esposa de Alonso Saravia, llamado por mote *el Fajao*.

Adoptadas estas precauciones, el jefe de aquellas gentes manifestó á los detenidos que él y los suyos eran contrabandistas que acababan de sufrir grandes pérdidas, y que estaban resueltos á repararlas de cualquier modo y á toda costa.

Los Sres. Bonell se limitaron á decir que no llevaban cantidad alguna, y entonces el jefe mandó que les recogiesen los relojes y las cadenas, que él guardó en los bolsillos de su chaleco.

Después encendió un cigarro y se puso á fumar con grandísima pachorra, si bien con aire pensativo.

Al fin el jefe rompió el silencio, diciendo:

—Es necesario que me entreguen ustedes cinco mil duros, si quieren verse libres.

—Si nos dejan volver á Gibraltar, por la mañana traeremos esa suma, repuso Bonell mayor.

Al oír tal respuesta, el jefe de los contrabandistas, que excusado parece decir, eran también bandidos, guardó silencio, como reflexionando si había de acceder ó no á la propuesta de los prisioneros.

Después de algunos minutos, viendo el señor Bonell que el jefe tardaba demasiado en adoptar una resolución, atrevióse á decirle:

—Yo suplico que determine pronto, porque nosotros no queremos quedarnos fuera de la Plaza.

En este instante penetró en el patio un hombre, llevando de rehata una mula, que condujeron los bandidos á la caballeriza, mientras que el recién llegado altercaba con ellos, los cuales, mandándole callar lo encerraron también en la carbonera.

Entre tanto, el tío y el sobrino lamentaban en su interior la tardanza del jefe en resolver acerca de su proposición respecto á que los dejasen ir á Gibraltar, dilación que podía impedirles su deseo por aquella noche, supuesto que á cierta hora, ya no les sería posible penetrar en la plaza, es decir, en Gibraltar.

Cuando así se hallaban inquietos é impacientes, vieron sacar al patio la jaca del Sr. Bonell mayor, á la cual la pusieron una jácuma con ramal largo, además de hallarse enjaezada con su montura inglesa.

El jefe mandó también que aparejasen la mula que había entrado últimamente y que la sacasen al patio, hecho lo cual, montaron en ella á Bonell menor, atándole las piernas de tobillo á tobillo, por debajo de la cincha y de modo, que le era imposible al jinete libertarse de aquellas ligaduras.

No bien habían colocado al sobrino sobre la mula, en los términos referidos, cuando llamaron á la puerta, que abrió uno de los bandoleros, y entonces presentóse una niña, á la cual inmediatamente encerraron en la consabida carbonera.

Después de este ligero incidente, el jefe de los bandidos, encarándose con don Juan Bonell, le dijo:

—Usted puede ir á Gibraltar por los dineros, pero éste joven se queda con nosotros en prenda, hasta que vuelva.

—Yo no voy sólo, respondió el tío.

—Ni yo me quedo, añadió el sobrino.

El jefe lanzó alternativamente una mirada indescribible á cada uno de los prisioneros, hasta que por último, sus facciones, en las que al principio veíanse pintadas la sorpresa y la ira, acabaron por dilatarse, prorrumpiendo al fin en una estrepitosa carcajada.

—¡Vaya una gracia!—exclamó. ¿Conque os queréis ir los dos?

—Está dicho, respondieron á la par los ingleses.

—¡Eso es! ¿Y quién me responde á mí de que vuestra ida no sea la del *jumo*?

—Nosotros damos nuestra palabra.

—Yo no quiero que me deis palabras, sino cinco mil duros.

—Nuestra palabra los vale.

El jefe, chupando su cigarro con un aire picaresco, imposible de pintar, quedóse mirando fijamente de piés á cabeza á los extranjeros, hasta que al fin exclamó:

—¡No me fió!

—Si nos dejan á los dos, mañana estaremos aquí con la cantidad pedida.

Ya en esto, se habían reunido en torno del jefe y de los secuestrados algunos bandoleros que, formando corro, no perdían ni una palabra del diálogo precedente.

El jefe, pues, dirigiéndose á sus compañeros, les preguntó:

—¿Qué os parece lo que dicen?

—Nos parece muy mal lo que dicen, y nos parece muy bien que no te fies, respondió el más viejo de los secuestradores.

—¡Ya lo veis!—exclamó el jefe, volviéndose hácia los secuestrados. No es posible que os vayais los dos, ni cabe en ninguna cabeza humana más que en las vuestras, la descabellada proposición que me habeis hecho.

—Nosotros respondemos de la exactitud en el cumplimiento de nuestra promesa, insistieron los ingleses con imperturbable calma.

—Después que os dejemos ir, que os echen galgos—dijo el jefe con picaresca sonrisa.

Luego, cambiando súbitamente de tono y de semblante, y esforzándose por dominar su enojo, continuó:

—Pero es menester que tengais la cabeza redonda, como efectivamente la teneis, para que podais imaginar siquiera, que después de haberos echado el guante, os soltemos á los dos, sin más prenda que vuestra palabra de volver. ¿No os parece que esto es imposible?

—No es imposible, si ustedes quieren,—repuso Juan Bonell.

—¡Mire usted que Dios! ¡Vaya una salida!

—Yo repito que la cosa es posible, y mucho.

—Pero es imposible que nosotros queramos hacer esa brutalidad, y luego nos quedemos al Santo Cristo del Miron. ¡Qué hombres tan raros se crían por esas tierras!

—Yo conozco muy bien su intención,—dijo don Juan Bonell.

—¿Qué intención?—preguntó el jefe.

—Quieren separarme de mi sobrino para asesinarlo.

—¡Habrán visto un disparate más grande! ¿Qué interés tenemos nosotros en asesinarlo, si usted nos trae los monises! Está visto. ¡Dios no tiene á esta casta de hombres!

—¡Sí, señores; mi tío ha dicho la verdad; pero ni él se apartará de mí, ni yo de él. ¡Moriremos juntos los dos!

—¡Pues ya escampa y llovan guijarros!—exclamó amotazado el jefe.—¿Y para qué necesitamos vuestra carne muerta? ¡Malditos de cocer! ¿No entendeis que lo que á todo trance queremos es vuestro dinero? Pues más cara os ha de costar la fiesta de lo que pensais, nada más que por ser testarudos y no haberos conformado con mi propuesta, que es la más natural y sencilla; pero ustedes no saben entender las cosas como Dios manda.

—Eso es muy cierto, que somos testarudos y no cedemos,—replicó el tío.

—No,—añadió el sobrino con voz resuelta,—no cedemos en nuestro intento de no separarnos y de morir juntos. ¡No cederemos!

—¿No cederéis? Pues á bonita parte habeis ido á poner la era. ¡Ya veremos quiénes son más testarudos!

Y el jefe, bramando de ira, mandó que inmediatamente subiesen á D. Juan Bonell en su jaca, y que todos se pudiesen en marcha.

Pocos momentos despues, y como á las ocho y media de la noche, partia del cortijo de Savá una cabalgata compuesta de siete hombres en sus respectivas cabalgaduras y marchando en la forma siguiente:

El jefe y otro bandido, armados con trabuco y escopeta, iban delante; el que seguia inmediatamente, llevaba el ramal de la jaca de D. Juan Bonell, otro el de la mula en que habian montado al sobrino; y el último cerraba la marcha, ojo avizor y listo para acudir donde más conviniese.

En tal formacion, por decirlo así, llegaron al cortijo denominado del Portichuelo, en donde obligaron á un hombre, á pesar de su obstinada resistencia, á que les sirviese de guía.

CAPITULO II

LA FORMALIDAD INGLESA.

Los secuestradores y los secuestrados continuaron en su marcha, atravesando el camino empedrado de Málaga que conduce á San Roque, y prosiguiendo en direccion al bosque de la Almoraisma, pasaron á la izquierda del convento del mismo nombre, y á la vista de la pequeña poblacion de Castellar de la Frontera.

La noche estaba muy oscura y el camino era muy escabroso, de suerte, que el sobrino padecia un martirio insostenible, á consecuencia de los bruscos movimientos producidos por los accidentes del terreno, y que aumentaban de un modo indecible el dolor causado por sus incomodas y apretadas ligaduras.

En vano el infeliz cautivo se quejó durante largo rato; pero al fin, habiendo llegado cerca de una cañada, lo desataron, bajándolo de la mula y permitiéndole algunos minutos de indispensable descanso.

En seguida volvieron á subirlo en su cabalgadura, pero sin atarle, y comenzaron á bajar por unas veredas muy estrechas y fragosas, por las cuales apenas podian caminar los caballos.

Dos veces cayó de su jaca Bonell mayor, si bien no se hizo grave dabo.

Luégo penetraron en un bosque, y al amanecer bajaron otra cañada, tambien de muy peligroso descenso, durante el cual les vendaron los ojos con pañuelos á los dos secuestrados, hasta que llegaron á otro bosque muy espeso y sombrío.

Allí les quitaron los pañuelos, permitiéndoles que se bajasen, y anunciándoles que en tan apacible sitio podian descansar ó dormir algunas horas.

Era el domingo 22 de mayo: las frescas brisas de la mañana mecian las copas de los árboles, por entre cuyas frondosas ramas apenas lograban penetrar los rayos del sol de Andalucía; innumerable multitud de aves canoras entonaban su melodioso y matinal concierto; y el balsámico ambiente de flores y plantas aromáticas reanimaba los espíritus vitales de los secuestrados, quienes con doliente mirada contemplaban ahora aquel delicioso espectáculo, que la víspera les habria enajenado de admiracion y de contento.

Mientras que los infelices cautivos se hallaban absortos en sus tristes reflexiones, el jefe de los bandidos, aproximándose á ellos, les dijo:

—Vamos á cuentas; en el cortijo de Savá os pedí cinco mil duros, por no asustaros; pero aquí, despues de tener presentes otras consideraciones y la situacion en que mis compañeros y yo nos encontramos, debo manifestaros que no conseguireis nuestro rescate, sino á condicion de que nos entreguéis treinta mil duros.

Los ingleses, al oír semejantes palabras, hicieron un ademán, que harto bien claramente revelaba la ingrata impresion que tal razonamiento les habia producido.

Entre tanto el jefe de los bandidos se habia rodeado de todos sus compañeros, sin duda porque así de antemano lo habia concertado con ellos, á fin de que presenciasen aquella importante conferencia.

—Nosotros no tenemos tanto dinero, dijo al fin D. Juan Bonell.

—Pues no hay más remedio que vender hasta el copon y reunir la cantidad pedida, si quieren ustedes verse libres, respondió el jefe.

—No es posible respondió Bonell mayor.

—Treinta mil duros, y negocio concluido.

—Si los tuviéramos, no habria más que hablar; pero no los tenemos.

El jefe se encogió de hombros, con una expresion que parecia decir:

—Pues si no los teneis, buscadlos.

Y así diciendo, el jefe y los bandidos se alejaron con inequívocas muestras de disgusto.

Pocos momentos despues, presentóse el más anciano de la cuadrilla, ofreciéndoles para comer cuatro huevos hervidos que, por lo calientes, indicaban que se habian cocido en lugar no muy distante.

El sobrino tomó uno y entregó otro á su tío, diciéndole: —Esta gente trata de quitarnos la vida, y en tal caso es preferible morir bien comido, que no en ayunas.

Aquella observacion hizo sonreír al tío, que se dispuso á comer en seguida, así como tambien produjo singular y extraordinario efecto en los secuestradores, los cuales conocieron al punto el poco efecto que habian causado sus amenazas en el ánimo de los ingleses.

Despues de haber tomado aquel refrigerio, el tío y el sobrino parecian conferenciar en su lengua durante largo rato, hasta que al fin concluyeron por hacer una seña al anciano contrabandista que les habia servido el frugal almuerzo, y que inmediatamente se acercó, preguntando:

—¿Qué se ofrece?

—Deseo, dijo D. Juan Bonell, que llameis al capitán.

—Acaba de acostarse ahora mismo, y se enojará mucho de que lo llamen.

—Segun eso, gestaremos aquí mucho tiempo?

—Bien puedo asegurar á ustedes que, por lo ménos, estaremos aquí hasta la tarde.

—¡Ah! Pues entonces dormiremos nosotros tambien un rato,

—Ya se lo anunciamos á ustedes al llegar aquí.

El tío y el sobrino, siempre vigilados por dos bandidos, se acostaron sobre unas mantas al pié y á la sombra de unas corpulentas encinas.

Muy pronto el cansancio difundió por sus miembros en aquel lugar apacible un sueño reparador, despues de las diversas é ingratas emociones que habian experimentado.

El sueño, imagen de la muerte, es tambien el restaurador más enérgico de las fuerzas de la vida.

Pasadas algunas horas, los ingleses despertaron más tranquilos, entablándose entre ámbos una conversacion muy formal y para ellos por demás interesante.

El resultado de aquella conferencia entre tío y sobrino, fué llamar de nuevo al anciano bandido, que se hallaba cerca, supuesto que era uno de los dos vigilantes que constantemente seguian á los secuestrados.

—¿Qué se les ocurre? preguntó el bandido.

—Supongo que ya podremos hablar al capitán, dijo don Juan Bonell.

—Sí, señor, porque ya está despierto.

—Pues bien; dígame que tenemos que comunicarle nuestra última resolucion, que es de grande importancia.

El bandido llevó inmediatamente á su jefe aquel recado.

Los cuatro malhechores habian establecido su turno para dormir y velar, dejando al jefe que descansase sin interrupcion hasta la hora de la partida.

Cuando el jefe de los bandidos recibió el recado de los ingleses, imaginóse desde luégo que se trataba de la importante cuestion de los treinta mil duros exigidos, suponiendo naturalmente que le propondrian alguna rebaja, á la vez que los medios más prontos y eficaces para su giro y entrega.

En este concepto, el jefe, seguido de sus compañeros, presentóse á los secuestrados, preguntándoles:

—¿Qué tienen ustedes que decirme?

—Una cosa para nosotros en demasía importante, respondió don Juan Bonell.

—Yo tambien, añadió el sobrino, tengo vivos deseos de que acepten ustedes la proposicion en seguida.

—Y bien, ¿cuál es vuestra propuesta?

—En vista de que nos habeis exigido treinta mil duros por nuestro rescate, atendiendo á que nos es de todo punto imposible allegar tan crecida suma, y considerando que, de no verificarlo así, habeis resuelto quitarnos la vida...

—¡Y que no ha de poder salvaros ni el Niño de la Bola! interrumpió el jefe, con objeto sin duda de amedrentar á los secuestrados y sacar mejor partido.

—Nosotros, replicó don Juan Bonell, no queremos que nadie nos salve.

—¡Hola! ¡Hola! ¿Cómo es eso?—preguntó el jefe, mirando de reojo á los ingleses.

—La cosa es muy sencilla; nosotros somos personas serias y formales, y hemos adoptado nuestra resolucion, tan luégo como nos ha manifestado usted la suya.

—¡Resolucion irrevocable! añadió el sobrino.

—¡Con mil de á caballo! ¿Qué habeis resuelto?

—Que lo más conveniente y acertado para evitaros molestias y disgustos, es que cuanto antes, á la mayor brevedad posible, aquí mismo, nos deis una muerte que sea buena.

—Sí, sí, añadió el sobrino con ademan suplicante; este sitio es muy á propósito y nos agrada mucho para el caso. Morir pronto es quitarse de padecer. ¡Hagan ustedes el favor de matarnos bien aquí, sin mucho padecer.

Al oír semejante demanda, no es posible pintar la múltiple expresion de contradictorios afectos que se reveló en el semblante del jefe y de los demás bandidos.

La sorpresa, la cólera, el despecho, la simpatía, y, por último, la más franca jovialidad y alegre risa fueron sucesivamente reflejándose en aquellos rostros, al principio tan fieros é iracundos, y despues tan joviales y risueños.

La formalidad inglesa fué simpática á los bandidos por el altivo desprecio de la vida, á la vez que excitaba su hilaridad por el tono firme y resuelto con que los secuestrados les pedian el favor de que los matasen bien aprisa.

Al fin, el jefe, despues de algunos momentos de reflexion, dijo:

—Es menester que tengan ustedes más cachaza, señores extranjeros, pues no se debe matar así á la gente.

—No tenemos los treinta mil duros, respondieron á una vez los secuestrados.

—Ya los buscareis y los tendreis.

—Nos es imposible reunirlos.

—¡Pues no tienen pocas fatigas por reventar estos ingleses! exclamó uno de los bandidos.

—¡Qué atroces son, pero me hacen gracia! dijo el más jóven de la cuadrilla.

—¡Ea, muchachos! gritó el jefe: ¡aparejad las bestias y al avío!

Con indecible presteza fué obedecida esta orden, y pocos momentos despues presentáronse los bandidos con las cabalgaduras listas para subir en ellas á los prisioneros, lo cual verificaron en los mismos términos que el dia precedente.

En seguida los bandidos montaron tambien en sus caballos y se pusieron en marcha, tratando ya á los secuestrados con más atencion y miramiento.

La formalidad de los ingleses habia sido simpática para los bandidos, por la firme resolucion que demostraron, y sobre todo, por su altivo desprecio de la vida.

CAPITULO III

Á MAL CAMINO BUENA CARA

Las tres de la tarde serian, cuando secuestradores y secuestrados salieron del espeso bosque, marchando con gran presura, bajando cañadas y atravesando arroyos.

El jefe encargó á los presos que saludasen á los transeuntes con naturalidad y buen semblante.

Los ingleses al pronto parecieron algo sorprendidos de aquella extraña prevencion, pero muy luego adivinaron la causa y el objeto.

Al poco rato, vieron venir hácia ellos un hombre que parecia ganadero, el cual saludó á todos, y éstos le contestaron, segun costumbre, distinguiéndose los ingleses por la sencilla y cordial expresion que dieron á su saludo, por cuyo motivo el jefe se les manifestó muy agradecido y contento.

De igual modo saludaron á otro caminante que encontraron más tarde, hasta que ya, venida la noche, al pasar una cañada, se detuvieron súbitamente, como si obedeciesen á una seña convenida en un sitio determinado de antemano.

Los ingleses no vieron á nadie; pero es lo cierto que allí bajaron al sobrino, haciéndole montar á las ancas del caballo de uno de los bandidos, y que desapareció la mula como por ensalmo.

En seguida llegaron á una dilatada llanura, pusieron al galope los caballos y muy pronto divisaron sobre su izquierda muchas luces, por lo cual los cautivos suponian confundimiento que se hallaban poco distantes de una poblacion.

Pocos minutos despues atravesaron un rio, y siguiendo siempre al galope, dejaron un buen número de casas y chozas á su derecha.

Ya cerca del amanecer, los malhechores vendaron los ojos á los secuestrados, que fueron conducidos á una casa, en cuyas inmediaciones se oian ladridos de perros y cencerros de ganado.

Una vez dentro del caserío, les hicieron subir y bajar varias escaleras, hasta que los instalaron en un aposento donde sólo podian conocerse por la voz mientras no les quitaron las vendas, lo cual hicieron poco despues de su llegada.

Los ingleses vieron entónces que en el mismo aposento habia dispuestas dos camas, una en el suelo y otra en un catre, no dejando de advertir que las mantas de lana que cubrian ambos lechos, pertenecian por su marca al Gobierno inglés, circunstancia, en efecto, digna de notarse y de tenerse en cuenta.

El catre estaba destinado al sobrino, y la cama en el suelo, preparada para el tío.

Ambos guardaban el más profundo silencio, mientras se acostaban, si bien no dejaban de cambiar algunas miradas de inteligencia, dándose á entender recíprocamente la inquietud y recelos que la situacion les inspiraba.

En el aposento habia cuatro sillas, y las paredes estaban adornadas con diversas estampas, y entre ellas una crucifixion de Jesucristo en medio de los dos ladrones, y un San Miguel con el diablo á los piés, devotos asuntos que no dejaron de llamar la atencion de los prisioneros, á causa de los ladrones y el diablo, que en aquel momento parecian recordarles su triste aventura.

No bien se hubieron acostado, presentóse el más anciano de los bandidos y se llevó la luz, despues de haber preguntado á los prisioneros si se les ofrecia alguna cosa.

Los ingleses contestaron que nada necesitaban, y el bandido se alejó, cerrando la puerta con llave y dejándolos en la oscuridad más completa.

Trascurridos algunos momentos, se levantó el tío, y aproximándose, sin hacer el menor ruido, al lecho del sobrino, en voz muy baja, le dijo:

—Es preciso alternar. Mientras tú duermes, yo velaré.

—Teneis mucha razon. Algun grave peligro nos amenaza; yo velaré mientras que usted duerme.

—¿Tienes mucho sueño?

—No, señor; pues áun cuando estoy muy cansado, el exceso mismo del cansancio me impide dormir.

—A mí me sucede otro tanto; pero procura dormirte, que yo soy más viejo y tardo más en conciliar el sueño.

Cambiadas rápidamente estas palabras, el tío se tornó á su lecho.

En efecto, el señor Bonell mayor frisaba en los cincuenta años y era de buena estatura, cenceño, color blanco y cabellos rubios.

El sobrino era de menor estatura que su tío, pero tenia con éste gran semejanza en el color del rostro y de los cabellos, así como tambien en la disposicion del cuerpo, y á la sazón contaba treinta años.

Ambos eran naturales de Gibraltar, propietarios que se ocupaban casi exclusivamente en la administracion de sus fincas, observaban conducta intachable por sus buenas costumbres, vivian juntos, y gozaban de muy buena reputacion entre las personas de su conocimiento.

Durante largo rato, los ingleses no pudieron oír más que las cencerros del ganado y el ladrido de los perros, pero despues llegó á su oído rumor de pasos y palabras en el corredor ó galería, y por último, sintieron abrir la puerta de una habitacion contigua á la que ellos ocupaban.

Muy pronto reconocieron los prisioneros la voz de los bandidos, que se habian instalado en aquel aposento.

Ya fuese que los secuestradores se imaginasen que los secuestrados estarian durmiendo, ya tuviesen la intencion deliberada de ser oídos, ó ya que les importase bien poco que los prisioneros oyesen y entendiesen ó no su coloquio, es lo cierto que los bandidos conversaban sin precaucion alguna, con voz tonante y de modo que los ingleses no podian ménos de oír todo lo que aquellos hablaban, á no taparse los oídos, de lo cual estaban éstos muy distantes.

Al contrario, incorporándose inmediatamente sobre sus respectivos lechos, y aplicando el oído contra el tabique, pusieron á escuchar con tanto mayor cuidado, cuanto que muy luego advirtieron que los bandidos se ocupaban de sus personas y de los medios más eficaces y ejecutivos para obtener el exigido rescate.

—¿Sabeis, decia el jefe, que ya me duele el alma de discurrir lo que haremos con estos malditos ingleses, para que suelten cuanto antes la mosca? ¡Qué frescos y qué testardos son!

—Verdaderamente que los tales *inglismanes* no se atolondran por nada, respondió el más jóven del corro.

—Pues si mi consejo valiera, ya veriais qué pronto se acababan esas arrogancias, terció con voz ronca uno de los bandidos, que era el más alto de todos ellos y se distinguia por la enormidad de sus cejas, extraordinariamente pobladas.

JULIAN ZUGASTI

(Continuará.)

AL MARQUÉS VIUDO DE MEDINA
EN LA MUERTE DE SU ESPOSA.

Epístola.

Que las templadas brisas que murmuran por las riberas del undoso Tajo, lleven mi humilde voz á tu retiro; y que sus ecos, al herir dolientes las vibradoras cuerdas de tu alma allá en tu mente evoquen el recuerdo de la vieja ciudad que baña el río y sobre siete cerros se reclina!

¡Cuánta dulce memoria de otros tiempos sus negros muros carcomidos guardan más bella para tí que el rayo de oro que rompe los tinieblas de la noche, nuncio divino del radiante día!

¿Qué queda ya de las felices horas, de aquellas horas del hogar tan puras, llenas de paz, de calma y de sosiego? ¿Qué fué del santo lazo que ante el ara bendijo Dios, cuando en tu pecho noble la luz del sol naciente se encendía? ¿Qué de las flores mil que primorosas la senda de tu vida embalsamaban elevando al espacio su perfume? Rugió el viento iracundo, y á su soplo se transformó el oasis en desierto, y en yermo campo la gentil pradera; el sol veló su faz deslumbradora, y á tu voz que con fuerza la llamaba tan solo el eco en ayes desacordes con planíderos sonos respondía.

En donde fué tu gloria y tu ventura brilla hoy la blanca losa del sepulcro, que ¡aquí yace! en dorados caracteres con elocuencia, sin ejemplo, dice; último adiós del que partió primero, implacable sentencia que parece desnuda traducción del espantoso *lasciate ogni speranza* del poeta.

Pobre marquesa! Al recordarla, siento que algo impalpable en el espacio vaga y en derredor se agita, y me rodea, y toma forma, al fin, y se aparece lo mismo que otro tiempo aparecía, prestando atento oído á mis locuras, acogiendo apacible y cariñosa mis sueños de ilusión, las esperanzas que yo en mi mente germinar sentía al hacer repasar ante sus ojos las creaciones de mi humilde musa, —hijas endebles, y, por tanto, amadas— en las eternas noches del invierno por el tenaz insomnio concebidas!

Aún, marqués, me parece que la escucho ansiosa de aplaudir en el teatro la mal urdida trama de mis obras, los versos que vestían mis ideas como harapos que cubren el endeble cuerpo del niño que su pan mendiga...

Triunfos sin fin su acento me anunciaba y yo la oía pensativo y mudo queriendo hacer verdad lo que era solo de amistad y cariño dulce prueba. ¿Quién nos dijera entonces que en la sombra ya sus oscuras alas extendía indecisa la muerte, vacilando antes de herir con mano despiadada á la que era el encanto de tu vida!...

¡La muerte! sí; palabra que dá frío; que hiela el corazón y apaga el fuego que por las venas rápido circula; cuando el viento que pasa lo repite el alma se acongoja y nubla el llanto con denso velo los dolientes ojos...

¿Qué más triste en el mundo que la muerte, noche de horror en que la luz no brilla, revuelto caos de materia informe en que no suena el *fiat* poderoso que hizo surgir el mundo de la nada; suprema negación, negro vacío en que solo la esfinge de la duda sobre el abismo, silenciosa, vuela? Ni el aura gime, ni el arroyo salta, ni la tórtola arrulla, ni la fuente su monótono son entrega al viento ni el pajarillo sus amores canta, ni el ruiseñor sus desengaños llora, ni brama el huracán enfurecido, ni el rayo silba, ni sacude el trueno con ronca voz la bóveda estrellada retorciendo en sus brazos poderosos cual si intentara con furor romperla, la esfera terrenal; todo es silencio, ese silencio eterno del vacío á que nunca llegó rayo de vida...

¡Y todos hemos de morir!.. Lo mismo los reyes sobre el trono en que nacieron, que el mendigo en el lecho que á sus males la caridad previno cuidadosa. Granos de arena que en revuelto giro vertiginoso torbellino arrastra; hojas secas del árbol de la vida, aves viajeras de cansado vuelo, pasamos por el mundo como pasa por el cielo la nube que se pierde en el límite azul del horizonte.

¿Qué se extiende tras él? ¿El sol que brilla de la enlutada noche!... ¿Quién lo sabe!

Y sin embargo, el alma que se apena quiere romper el tenebroso velo, y ver allá, tras el confin lejano, risueñas perspectivas, rayos de oro, resplandores de auroras esplendentes nadando sobre abismos de colores, coros de ángeles mil que abren sus alas y en torno al trono de su Dios se agrupan; y oír cantos de suave melodía que en su concierto armónico prometen dichas eternas, goces infinitos para el que vive temeroso y sufre; porque es el padecer llave divina que abre al cielo sus puertas de diamante.

¡Dichosos, sí, dichosos, caro amigo, los que tienen, cual tú, tan dulces sueños en el letal reposo de la vida!

Es tarde ya. Del sol que en Occidente lanza su triste claridad dudosa viene á caer el postrimer rayo sobre el papel en que llorando escribo, cual si fuera la plácida mirada de la marquesa á quien quisimos tanto.

Adios, adios, marqués. En la desgracia con que implacable te azotó el destino encuentra en tus creencias religiosas bálsamo puro á tu sangrienta herida. Y si cual dice el inmortal Eschilo dulce es planir al hombre cuando arranca lágrimas de dolor á quien le escucha, sírvate de consuelo en tus pesares saber que desde aquí los acompaña con tardo son, mi desacorde lira.

EUGENIO DE OZAVARRIA Y HUARTE.
Junio de 1881.

BALADA

Era blanca como un nardo; como una paloma, tierna; rubia cual dorada espiga y hermosa como una estrella.

La mañana de su entierro bañábase en luz la esfera; la flor daba sus perfumes y el pájaro sus endechas.

¡Cuán alegres, cuán alegres parecían cielo y tierra la mañana en que mi pecho se desgarraba de pena!

MANUEL REINA.

Julio, 1881.

LAS GRANDES DUDAS. (1)

Recuerdos de la vida del eximio poeta D. Pedro Calderon de la Barca, con motivo de las fiestas de su Centenario.

I

En sus primeros, juveniles años, le desveló la ciencia de las ciencias y el conocer la causa de las causas, aspiración de sábios y poetas.

Quizá hallando más dudas que verdades dejó el estudio de las sacras letras, y en la Atenas de España saber quiso de la justicia la infalible regla.

¡Vana ilusión y desdichado empeño! Hondas filosofías lo demuestran; no encontrará verdades secundarias quien desconozca la verdad suprema.

Así don Pedro Calderon acaso dejó las áulas y buscó en la guerra el olvido de sueños pavorosos que perturban la paz de la conciencia.

Sueños conque la mente alcanzar quiere la eterna ley, que eternamente crea, ese inmenso dolor que llaman vida y ese misterio que la tumba encierra.

II

Si triunfos y galantes aventuras en Italia y en Flandes se cosechan, allí de Calderon brilló la espada, allí rindió al amor dulces ofrendas.

Mas, ¡ay! no crecen bélicos laureles si con ríos de sangre no se riegan; y del amor la esplendorosa llama, si por acaso alumbraba, acaso ciega.

Y el vate ilustre ya desengañado de glorias que con sangre se alimentan, y de la luz de amor, cuyos fulgores el corazón convierten en pavesa,

(1) Estos versos fueron leídos por su autor en la velada que se celebró el 6 de Junio último en El Fomento de las Artes, dirigida al presidente de la Comisión ejecutiva del Centenario, Sr. Romero Ortiz, y á los iniciadores de la idea de este Centenario, Sres. Galdó y Vidart. (N. de la R.)

Dijo: la vida es sueño, que su duda no le dejó afirmar, la vida es pena, pues que del hombre su mayor delito es el nacer, si bien se considera.

Y al buscar lenitivo á sus pesares vislumbró la esperanza del asceta; así á veces, en alma desolada, flores brotan de místicas creencias.

¿Creyó ó quiso creer? ¿Cómo saberlo! Si por razón de Estado á Dios se llega, también esa razón conducir puede al callado recinto de la Iglesia.

Y sacerdote fué; quizá creyeron que el sol de la justicia sempiterna irradiara en el seno de la muerte, ya que en el mundo su fulgor no ostenta.

III

¿Acertó Calderon? Tras de la tumba, ¿se mejora del hombre la existencia, ó en polvo convertido su cadáver del alma racional ni polvo queda?

Tú sabes, Calderon, lo que sucede; al morir resolviste el gran problema; si á publicar llegarás lo que sabes templos en todas partes te erigieran.

Es la ocasión propicia á mi demanda; hoy que España celebra el gran poeta, si su espíritu existe en los espacios vendrá gozoso á presenciar la fiesta.

Movido á gratitud su noble pecho nada podrá negar que justo sea, y justo y conveniente y necesario es saber si la muerte es vida nueva.

Porque si muere el alma con el cuerpo, la Creación es farsa ó es tragedia, algo tan despreciable ó tan horrible que proclama del mal la omnipotencia.

Sálvanos, Calderon, de duda tanta; tu soberano ingenio quizá pueda romper ese silencio de las tumbas que con su muda voz al hombre aterra.

LUIS VIDART.

A LA MUERTE DEL INSPIRADO POETA
DON VENTURA RUIZ AGUILERA.

SONETO.

¡Ah! derramad la lágrima más pura que prestar pueda el alma á vuestros ojos: dejad caer de vuestros labios rojos la oración más henchida de ternura.

Fundid en un suspiro la amargura que vierten en el pecho los enojos cuando frustrados veis vuestros antojos y cierta la más triste desventura.

Llorad, llorad: que el llanto sea el lamento del corazón de un pueblo dolorido, á quien quita la voz el sufrimiento:

Y revelad al mundo en un gemido que la lira feliz del sentimiento ya para siempre ¡oh Dios! ha enmudecido.

C. RODRIGUEZ PINILLA.

TU ALMA.

En la luz de la aurora, bella como al amor pinta el deseo, que las montañas dora, y las nubes colora, la blanda risa de tus labios veo.

Quando en la tarde umbría, llenando el aire de celajes rojos, muere en la sombra el día, parece que me envía los tristes rayos de tus negros ojos.

Si de la noche el viento vuela indolente en apacibles giros, en su armonioso acento escucha tus suspiros. ansioso de tu amor mi pensamiento.

Y cuando su riqueza despliega el cielo en la serena calma de su mayor grandeza, entonces de tu alma contemplo mudo la inmortal belleza.

JOSÉ SELGAS.

NOSTALGIA.

En vano el plectro mío quiere pulsar la lira resonante: el alma se acongoja y enmudece la voz de mis cantares.

De la patria alejado las dichas que soñé miro distantes; ¡y el corazón herido sólo por ellas venturoso late!

Mi espíritu se apena en estas infecundas soledades, que son para sus ansias prisión estrecha y tenebrosa cárcel...

En alas de los vientos yo anhelo presuroso remontarme, y ver, de gozo henchido, el cuadro encantador de mis hogares.

Entonces contemplará, del sol á los destellos fulgurantes, el panorama rico de mis nativos y adorados valles.

Las fértiles campiñas de pompa llenas y de fruto grácil, que en la alborada alegran los blandos trinos de canoras aves.

El bullidor arroyo, que se desliza por el ancho cauce, ó despeñado quiebra entre los duros riscos sus cristales.

Las fuentes sonoras que de veneros escondidos nacen, y derraman doquiera las linfas de sus claros manantiales.

Las rústicas cabañas que en sombra dejan los espesos árboles, y el arrayán silvestre que entrelaza y agita sus ramajes.

Las quintas, que caldean los ríos troncos que entre llamas arden, y el humo vaporoso que eleva sus gallardas espirales.

La risueña colina donde murmura el céfiro suave, y la montaña enhiesta que desprecia los fieros huracanes!...

Al declinar el día en los brazos cansados de la tarde, ó al extender su vuelo la negra noche en los oscuros aires,

yo viera el horizonte cubierto de purísimos celajes, ó estático admirara de la luna los rayos vacilantes.

En móviles parejas enlazados doncellas y zagales, prestáran con sus danzas grato alborozo al corazón amante.

Oyérase en los bosques dulce canción de misterioso vate, y el eco repitiera su acento puro y sus sentidos ayes...

Y en mi ciudad querida, albergue hermoso de celestes ángeles, donde la luz sonríe y cantan himnos los sonoros mares,

mi mente se arrobó y mi pecho oprimido y palpitante rompiera el nudo férreo que su antiguo vigor rinde y abate.

Allí cobrara forma de mis ensueños la divina imagen; mis ansias de poeta allí lograran su ambición constante!...

Mas hora entristecido, ni goces hallo que mi vida halaguen, ni vislumbre siquiera lejana dicha en porvenir brillante...

Aunque el mundo agitado en torno de mí sérvase ondas lance, cual los rápidos giros de arrolladora y sin igual vorágine,

el alma indiferente, en aislamiento mudo y perdurable, consúmese de tedio sin entusiasmo vivo que la inflame...

¡Oh patria de mi espíritu, hechicera ilusión! ¡mil veces salve!... ¡Aparta de mis labios éste de mi dolor amargo cáliz!

Miren ya tus recintos mis ojos fatigados y anhelantes; descubran tu horizonte y de placer mi corazón estalle...

¡Tú eres la maga hermosa que con su canto celestial me atrae, y en tu seno me esperan los dulces brazos de mi tierna madre.

PLÁCIDO LANGLE.

MADRID: 1881

Establecimiento tipográfico de M. P. Montoya y C.
Caños, 1

ANUNCIOS.

Les annonces étrangères sont reçues à Paris, Agence Havas, 8 Place de la Bourse et à Madrid Agence Havas-Fabra, calle de la Bolsa, 12.—es agences ont la regie exclusive des dites annonces.

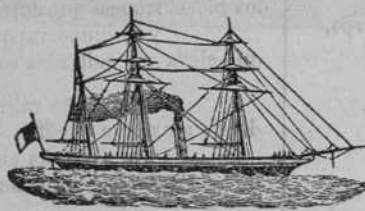
GUERLAIN DE PARIS

15, Rue de la Paix—ARTÍCULOS RECOMENDADOS

HOTEL SAN GEORGES Y DE AMÉRICA
 Paris, 10, Rue St. Georges
 Cerca de la nueva ópera y de los Boulevares.
BERNARDO FERRAS, PROPIETARIO.
 Mesa redonda y á la carta. Cocina española y francesa.
 Esta casa se recomienda por sus precios módicos y esmerado servicio.

CASA GENERAL DE TRASPORTES
 DE
JULIAN MORENO
 CONTRATISTA DE LOS FERRO-CARRILES
 DE MADRID Á ZARAGOZA Y ALICANTE,
 Y
 ÚNICO CONSIGNATARIO DE LOS VAPORES-CORREROS DE

A. LOPEZ Y COMP.ª
 MADRID.—ALCALÁ, 28.
PALACIOS Y GOYOAGA
 SASTRES.
 3. PUERTA DEL SOL PRAL. 3.



VAPORES-CORREOS TRASATLÁNTICOS DE A. LOPEZ Y COMPAÑÍA.
 NUEVO SERVICIO PARA EL AÑO 1881.
 PARA PUERTO-RICO Y HABANA.

Salen de Cádiz los días 10 y 30 de cada mes, y de Santander y Coruña los días 20 y 21 respectivamente, admitiendo pasajeros y carga.
 Se expenden tambien billetes directos vía de Cádiz, para **SANTIAGO DE CUBA, GIBARA Y NUEVITAS,** con trasbordo en Puerto-Rico á otro vapor de la empresa, ó con trasbordo en la Habana, si se desea.
 Rebajas á las familias, y en el precio de las literas retenidas por los pasajeros, para su mayor comodidad, además de las que ocupen.
 Más informes en Cádiz, A. Lopez y compañía. — Barcelona, D. Ripoll y compañía. — Coruña, E. da Guarda. — Valencia, Dart y compañía. — Málaga, Luis Duarte. — Sevilla, Julian Gomez. — Madrid, Moreno y Caja, Alcalá, 28.

CÁPSULAS y GRAGEAS
 De Bromuro de Alcanfor
del Doctor CLIN
 Laureado de la Facultad de Medicina de Paris. — PREMIO MONTYON.
 Las Cápsulas y las Grageas del Dr. Clin se emplean con el mayor éxito en las *Enfermedades Nerviosas* y del *Cerebro*, las *Afecciones del Corazon* y de las *Vías respiratorias* y en los casos siguientes: *Ánsima, Insomnio, Tos nerviosa, Espasmos, Palpitaciones, Coqueluche, Epilepsia, Histerico, Convulsiones, Vértigos, Vahidos, Alucinaciones, Jaquecas, Enfermedades de la Vejiga* y de las *Vías urinarias*, y para calmar las excitaciones de todas clases.
 Desconfiar de las falsificaciones y exigir como garantía en cada frasco la Marca de Fábrica (depositada) con la firma de CLIN y C.ª y la MEDALLA del PREMIO MONTYON.

CÁPSULAS MATHEY-CAYLUS
 Preparadas por el Doctor CLIN. — PREMIO MONTYON.
 Las Cápsulas Mathey-Caylus, con tenue envoltura de Gluten, no fatigan el estómago y estan recomendadas por los Profesores de la Facultad de Medicina y los Médicos de los Hospitales de Paris, para curar rápidamente las *Pérdidas antiguas ó recientes, la Gonorrea, la Bleonorragia, la Cistitis del Cuello, el Catarro* y las *Enfermedades de la Vejiga* y de los *Organos génito-urinarios*.
 DEBEN TOMARSE DE 9 A 12 CÁPSULAS AL DIA.
 Acompaña á cada frasco una *instrucción detallada*.
 Las *Verdaderas Cápsulas Mathey-Caylus* se encuentran en las principales Droguerías y Farmacias, pero debe desconfiarse de las falsificaciones y exigirse en cada frasco la Marca de Fábrica (depositada) con la firma CLIN y C.ª y la Medalla del PREMIO MONTYON.

GRAGEAS, ELIXIR y JARABE
 DE
Hierro del Dr Rabuteau
 Laureado del Instituto de Francia.
 Los numerosos estudios hechos por los sabios mas distinguidos de nuestra época, han demostrado que las Preparaciones de Hierro del Dr Rabuteau son superiores á todos los demas Ferruginos en los casos de *Clorosis, Anemia, Palidez, Pérdidas, Debilidad, Extenuacion, Convalescencia, Debilidad de los Niños*, y las enfermedades causadas por el *Empobrecimiento y la alteracion de la Sangre* a consecuencia de las fatigas y excesos de todas clases.
LAS GRAGEAS DE HIERRO RABUTEAU no ennegrecen los dientes y las digieren los estómagos mas débiles sin la menor molestia: se toman dos grageas por la mañana y dos por la tarde antes de cada comida.
EL ELIXIR DE HIERRO RABUTEAU está recomendado a las personas cuyas fuerzas digestivas estan debilitadas: una copa de licor mañana y tarde despues de cada comida.
JARABE DE HIERRO RABUTEAU especialmente destinado á los niños.
 El *tratamiento ferruginoso* por las Grageas Rabuteau es muy económico.
 ACOMPAÑA A CADA FRASCO UNA INSTRUCCION DETALLADA.
 Desconfiar de las falsificaciones y sobre cada frasco exigir como garantía la Marca de Fábrica (depositada) con la firma CLIN y C.ª y la Medalla del PREMIO MONTYON.
 El Hierro Rabuteau se vende en las principales Droguerías y Farmacias.

Agua de Colonia imperial.—Sapoceti, jabon de tocador.—Crema jabonina (Ambrosial Cream para la barba.—Crema de Fresas para suavizar el cutis.—Polvos de Cypris para blanquear el cutis.—Stiboide cristalizado para los cabellos y la barba.—Agua Ateniense y agua Lustral para perfumar y limpiar la cabeza.—Pao Rosa.—Bouquet Maria Cristina.—Ramillete de Cintra.—Ramillete de la condesa de Edia.—Heliotropo blanco.—Exposicion de Paris.—Ramillete Imperial Ruso.—Perfume de Francia, para el pañuelo.—Bouquet Imperial del Brasil.—Agua de S. M. el rey Don Fernando.—Agua de Cidra y agua de Chipre para el tocador.—Alcoolat de Achicoria, para la boca.

PILDORAS BOILLE
 de BROMHIDRATO de QUININA de BOILLE
 Contra el Reumatismo diatéxico y gotoso las Calenturas intermitentes, las Neuralgias, las Neurosis (Jaquecas), etc.
 El Bromhidrato de Quinina de Boille es el de que se ha hecho uso exclusivo en todas las esperiencias que han tenido lugar en los Hospitales de Paris y de Francia.
 Deposito en Paris: E. BOILLE, 22, calle de la Bruerie.

VENDAJE ELECTRO MEDICAL
 INVENCIÓN CON PRIVILEGIO DE 15 AÑOS, s. g. d. g.
 de los Hermanos MARIE, Médicos-Inventores, para la cura radical de las *Hernias* mas ó menos caracterizadas.—Hasta el día, los vendajes no han sido mas que simples aparatos para contener las hernias. Los Hermanos MARIE han resuelto el problema de contener y curar por medio del **VENDAJE ELECTRO-MEDICAL**, que contrae los nervios, los fortifica sin sacudidas ni dolores y asegura la cura radical en poco tiempo.—GABINETE: rue de l'Arbre-Sec, 46, PARIS.
 Vendaje sencillo: 25 frs.—Indicar el costado.—Exigir la firma del inventor.

TRADICIONES DE TOLEDO
 POR
EUGENIO DE OLAVARRÍA Y HUARTE.
 Esta obra, tan encomiada por la prensa y que consta de 316 páginas de esmerada impresion y excelente papel satinado, se halla de venta en Madrid en las principales librerías al precio de diez reales.
 Los Sres. Montoya y Compañía, —Caños, 1,—son los encargados de servir los pedidos que vengan acompañados de su importe.

BANCO DE ESPAÑA.
 Su situacion en 30 de Junio de 1881.

ACTIVO.	
Caja. Efectivo metálico	109.492.744'50
Idem. Pastas de plata	701.870'93
Id. id. de oro	7.238.450'33
Efectos á cobrar en el día	2.859.865
Efectivo en las sucursales	81.628.280'67
Id. en poder de comisionados	52.055.736'05
Id. en el de conductores	2.807.000
Partida de Madrid	342.197.844'16
Id. de las sucursales	93.273.700'54
Propiedades del Banco	4.159.270'90
Tesoro público	42.064.085
	738.479.848,08

PASIVO.

Capital y fondo de reserva	110.000.000
Billetes en Madrid	110.753.150
Id. en las sucursales	170.669.957
Depósitos en Madrid	40.352.835'25
Id. en las sucursales	12.814.314'65
Cuentas corrientes en Madrid	135.631.478'80
Id. en las sucursales	53.824.465'06
Dividendos	2.646.339'38
Ganancias y pérdidas	15.368.783'96
Tesoro público	71.370.511'67
Diversos	15.046.994'31
	738.478.848'08

Sigue aumentando mensualmente en los balances de este Banco el activo. La suma á que asciende el aumento de Junio sobre Mayo, es de pesetas 8.116.846'66.
 El efectivo metálico ha disminuido en la central en pesetas 1.824.767'47 y las pastas de plata en 1.913.720'78

pero han aumentado las de oro en pesetas 6.576.406'83.
 En las sucursales ha aumentado el efectivo en pesetas 5.292.501'64. Comprobadas estas alzas y bajas, resulta aumentado el stok metálico.
 La cartera de Madrid ha tenido una baja de pesetas 23.050.454'30, que se explica perfectamente por la amortizacion de los valores del Tesoro, cuya cantidad se ha compensado en parte por un aumento de 2.536.810'90 que ha tenido la de las sucursales.
 La emision de billetes en la central no ha tenido apenas variacion. La de provincias aparece aumentada en 3.876.125 pesetas.
 Las utilidades aumentaron en 4.398.834'35 pesetas, efecto de los valores del Tesoro á que antes nos hemos referido que han sido amortizados á la par, y figuran en los balances á 85 por 100.
 Madrid 8 de Julio de 1881.—El secretario, Manuel Ciudad.

El consejo de gobierno de este Establecimiento ha acordado reducir á 4 1/2 por 100 el interés para las operaciones de préstamo, á cualquier plazo hasta el de noventa dias que el mismo verifica, á partir desde mañana 1.º de Julio.
 Lo que se anuncia para conocimiento del público.
 Madrid 30 de Junio de 1881.—El secretario, Manuel Ciudad.

BANCO DE CASTILLA
 En el sorteo público celebrado hoy, segun el anuncio inserto en la *Gaceta* del 15 del corriente, para la 14.ª amortizacion de billetes hipotecarios de este Banco, han sido extraidas las 13 bolas marcadas con los números 6, 16, 17, 19, 20, 21, 53, 58, 64, 68, 76, 79 y 82.
 En consecuencia, quedan amortizados en todos los millares de la letra A, serie inglesa, las 13 decenas siguientes: 51 á 60, 151 á 160, 161 á 170, 181 á 190, 191 á 200, 201 á 210, 521 á 530, 571 á 580, 631 á 640, 671 á 680, 751 á 760, 781 á 790 y 811 á 820.
 Quedan tambien amortizados en las letras B y C, de la serie inglesa,

los billetes de todas las centenas que terminan en los números citados, favorecidos en el sorteo.
 Desde 1.º de Julio próximo, de once de la mañana á una de la tarde, en todos los dias no feriados, podrán presentarse al cobro en las oficinas de este Banco, Barquillo 3, los billetes amortizados, letras A, B y C, de la serie inglesa, debiendo tener reunidos, sea cualquiera el día de su presentacion, todos los cupones no vencidos en aquella fecha, ó sea desde el que vencerá en 1.º de Octubre próximo.
 La presentacion se hará con dobles facturas, que se facilitarán gratis, devolviéndose una á los interesados con el señalamiento del día del pago.
 Madrid 27 de Junio de 1881.—Por acuerdo de la Administracion, el secretario, Ricardo Sepúlveda.

La Administracion, por consecuencia del resultado de las operaciones ya realizadas y á cuenta del dividendo que por los beneficios del actual ejercicio corresponda á sus acciones, ha acordado repartir *ocho por ciento* sobre el capital desembolsado de las mismas, ó sean *veinte pesetas* á cada accion.
 El pago se realizará desde el lunes 4 de Julio por las cajas de este Banco, en Madrid, todos los dias no feriados, y por los delegados del Establecimiento en las provincias, contra el cupon núm. 1 de las acciones, presentado con facturas que se facilitarán gratis.
 Madrid 30 de Junio de 1881.—Por acuerdo de la Administracion, el secretario, Ricardo Sepúlveda.

BANCO HIPOTECARIO DE ESPAÑA.
 Préstamos al 5 por 100 de interés en cédulas.
 Préstamos al 5 y medio por 100 en metálico.
 Deseoso este Banco de promover y facilitar los préstamos en beneficio de los propietarios, ha acordado hacer á quienes lo soliciten préstamos en cédulas al 5 por 100 de interés desde el 1.º de Febrero próximo pasado. El Banco comprará las cédulas.
 Al mismo tiempo continúa haciendo préstamos al 5 y medio por 100 en metálico.
 Las condiciones comunes á unos y otros son las siguientes:
 Este Banco hace los préstamos desde cinco á cincuenta años con primera hipoteca sobre fincas rústicas y urbanas, dando hasta el 50 por 100 de su valor, exceptuando los olivares, viñas y arbolados, sobre los que sólo presta la tercera parte de su valor.
 Terminadas las cincuenta anualidades ó las que se hayan pactado, queda la finca libre para el propietario sin necesidad de ningun gasto ni tener entonces que reembolsar parte alguna del capital.
 La cantidad destinada á la amortizacion varia segun la duracion del préstamo.

ADVERTENCIA IMPORTANTE
 El prestatario que al pedir el préstamo envíe una relacion clara, aunque sea breve, de sus títulos de propiedad, obtendrá una contestacion inmediata sobre si es posible el préstamo, y tendrá mucho adelantado para que el préstamo se conceda con la mayor celeridad, si hay términos hábiles.—En la contestacion se le prevendrá lo que ha de hacer para completar su titulacion en caso de que fuere necesario.
 Admite tambien el Banco Hipotecario valores en custodia é imposiciones en cuenta corriente con interés.